

# ENSAYO

## SOBRE LA NATURALEZA Y

### SIGNIFICACIÓN DE LA

### CIENCIA ECONÓMICA

**Lionel Robbins**

La definición de Economía más utilizada y discutida en todos los manuales es la que propuso Lionel Robbins en su *Essay on the Nature and Significance of Economic Science* publicado en 1932. El ensayo es un profundo análisis de nuestra ciencia que merecería ser estudiado tanto como su sucinta y famosa definición. La presente versión electrónica que ofrece gratis el grupo eumed•net (<http://www.eumed.net/coursecon/textos/robbins/index.htm>) está basada en la edición que realizó el Fondo de Cultura Económica de México en el año 1944, con traducción de Daniel Cosío Villegas.

## INDICE

Capítulo	Título	Página
	Prólogo a la primera edición	3
.	Prólogo a la segunda edición	5
I.	Contenido de la ciencia económica	9
II.	Fines y medios	31
III.	Relatividad de las "magnitudes" económicas	46
IV.	Naturaleza de las generalizaciones económicas	63
V	Las generalizaciones económicas y la realidad	82
VI	Significación de la ciencia económica	101

## PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

La finalidad de este ensayo es doble. En primer lugar, pretende definir conceptos respecto al contenido de la Ciencia Económica y a la naturaleza de las generalizaciones que la constituyen. En segundo término, trata de explicar las limitaciones y la significación de estas generalizaciones tanto como guía para interpretar la realidad cuanto como base de prácticas políticas. En la actualidad, una vez expuestos los problemas con claridad y después de sesenta años de adelantos teóricos, no hay ya motivo para que surjan diferencias graves de opinión. Pero, porque no se han expuesto, hay confusión en muchas partes y prevalecen ideas falsas respecto de las preocupaciones del economista y la naturaleza y alcance de su competencia; de donde resulta que desmerece la reputación de la Economía y no se aprovecha plenamente el conocimiento que otorga. Este ensayo procura remediar esta deficiencia, poner en claro lo que discuten los economistas y lo que puede esperarse realmente de sus discusiones. Así, por una parte, puede considerarse como un comentario sobre los métodos y los supuestos de la teoría pura y, por otra, como una serie de prolegómenos a la aplicación práctica de la Economía.

Dado el objeto de este ensayo, es preciso hablar de generalidades. Mas en todo él he procurado mantenerme lo más cerca posible de la realidad. He descartado los refinamientos filosóficos por considerar que quedan fuera del campo en que creo tener competencia profesional; y he fundado mis proposiciones en la práctica de las mejores obras modernas que tratan de la materia. En un estudio de esta naturaleza, escrito por un economista para sus colegas, creí preferible exponer con fuerza mi tesis mediante continuas referencias a la solución aceptada de ciertos problemas y no elaborar, de la nada, una teoría de lo que debería ser la Economía. A la vez, he tratado de ser breve. Me he propuesto sugerir un punto de vista más bien que entrar en grandes detalles. Por ello, me pareció conveniente ser conciso aun a costa de sacrificar mucho material que había reunido. Mas espero publicar más tarde una obra sobre Teoría Económica general en que ampliará y ejemplificará aún más los principios que aquí expongo.

No pretendo que mis puntos de vista sean originales. Me aventuro a esperar que haya logrado dar mayor fuerza expositiva a uno que otro punto no siempre explicado con claridad. Pero, en general, he querido exponer, lo más sencillamente posible, proposiciones que son propiedad común de la mayoría de los economistas modernos. Debo mucho a las conversaciones que he sostenido con mis colegas y alumnos de la Escuela de Economía de Londres. He indicado en las notas las demás deudas que reconozco; no obstante, desearía reconocer una vez más mi deuda especial para con el profesor Ludwig von Mises, a través de sus obras, y el finado Philip Wicksteed, a través de su *Commonsense of Political Economy*. Las innumerables citas que he hecho de estas obras reflejan en forma muy imperfecta la ayuda general que me han prestado.

LIONEL ROBBINS

*The London School of Economics*, Febrero de 1932.

## PROLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Aunque hace algún tiempo que se encuentra agotada la primera edición de este ensayo, parece que aún se le solicita. Me he valido, por tanto, de la resolución del editor de reimprimirlo para hacer algunos cambios y mejoras que aconseja la experiencia habida desde su primera versión.

Al corregir la obra no me ha sido preciso modificar en forma importante su tesis general. Las críticas han tendido a centrarse sobre mi afirmación en el capítulo vi de que las comparaciones interpersonales de la utilidad carecen de validez científica. Me temo que, sin el menor deseo de ser intransigente, aquí o en otro lado, aún no se me convence en absoluto. Sostuve que la agregación o comparación de las distintas satisfacciones de distintos individuos entrañan juicios de valor y no de hechos, y que tales juicios rebasan los límites de la ciencia positiva. Nada de lo dicho por ninguno de mis críticos me ha persuadido de que mi argumento sea falso. Por consiguiente, fuera de algunas observaciones complementarias destinadas a aclarar aún más el asunto, no he alterado esta sección. Espero que mis críticos (algunos de los cuales al parecer han supuesto que era yo una persona en verdad muy combativa) no lo consideren como gesto de reto poco amistoso. Puedo asegurarles que en modo alguno estoy sobreseguro de mis ideas. Pero no obstante la disposición de algunos de ellos a referirse a esta y otras proposiciones bien conocidas con el nombre de "Economía robinsiana", no es mía esta economía, y el peso de las autoridades que la han expuesto me anima a pensar que, al menos en este caso, mis propias luces no me han hecho errar el camino.

En cambio, muchos de mis críticos han deducido de mis argumentos a este respecto ciertos preceptos prácticos que yo soy el primero en repudiar. Se ha sostenido que, porque intenté delimitar claramente el ámbito de la Economía frente a otras ciencias y el de la Economía frente a la filosofía moral, recomendé, por tanto, que el economista se abstuviera de todo interés o actividad fuera de su materia. Se ha dicho-no obstante actividades que temí se hubieran tornado notorias- que yo adelanté que el economista no debería participar en la formulación de la política del país fuera de hacer un diagnóstico muy recatado y discreto de las consecuencias de las posibles medidas a tomar. Mi amigo Lindley Fraser fué incluso inducido a recomendarme, en su artículo "¿Cómo queremos que se comporten los economistas?", una conducta más social. Por ser tantos los que malinterpretaron mis intenciones, no puedo envanecerme de no haber sido oscuro. Pero sí sostengo que dije precisamente lo contrario, y, según creí, de la manera más enfática. En una nota del capítulo v, § 6, afirmé que "argumento en favor de una mayor exactitud en la forma de presentación, no de una austeridad excesiva en el alcance de la especulación", y pasé a sugerir que los economistas tal vez tengan grandes ventajas diferenciales como sociólogos. Y en el capítulo vi, § 4, dije: "Lo anterior no significa que los economistas no debieran pronunciarse sobre cuestiones éticas, como tampoco el decir que la botánica no es la estética

significa que los botánicos no deben opinar sobre la traza de los jardines. Por el contrario, es muy de desear que los economistas hayan especulado mucho sobre estos asuntos, pues sólo así podrán apreciar las consecuencias de determinados fines de los problemas que se les sometan." Me resta agregar a esto que concuerdo con el señor Fraser en que un economista que sólo es economista y no resulta ser un genio en su profesión -y qué imprudente es suponer que somos esto último- es bastante poca cosa. Convengo también en que la Economía, por sí sola, no da la solución a ninguno de los problemas importantes de la vida, y que por esta razón una educación que consista sólo en Economía es muy imperfecta. He enseñado tanto en instituciones en que se considera lo anterior como axioma pedagógico que el que olvidara recalcarlo aún más obedece a que suponía que todos lo darían por sentado. Todo lo que sostengo es que convendría mucho separar los distintos tipos de proposiciones que entrañan las diversas disciplinas relacionadas con la acción social, con objeto de saber en todo momento con exactitud el criterio de que nos servimos para tomar una resolución. No creo que en esto no concuerde conmigo el señor Fraser.

Del mismo modo deseo hacer ver que se me malinterpreta por completo cuando se sostiene que, porque he recalcado la naturaleza convencional de los supuestos en que descansan muchas de las llamadas "mediciones" de los fenómenos económicos, "me opongo" a que se redicen operaciones de esta especie. Me parece muy importante reconocer con gran claridad que, al computar sumas como el ingreso nacional o el capital nacional, hacemos supuestos a los que no se llega mediante el análisis científico, sino que son esencialmente de carácter convencional. Pero, como dije en el cuerpo de mi ensayo, esto no significa en modo alguno que, con tal que nos demos plena cuenta del procedimiento que seguimos, se puedan objetar semejantes cálculos. Por el contrario, es evidente que en el pasado no se ha procedido así lo bastante, y que mucho se nos ofrece para el porvenir. Reconocerlo, sin embargo, no es incompatible con la opinión de que es deseable saber en todo momento cuando efectuamos un mero registro de hechos y cuándo evaluamos éstos con medidas arbitrarias; y sólo porque estas cosas se confunden con frecuencia, sostengo aún que no es inútil insistir en su diferencia.

Pero hay una parte del ensayo que me ha parecido más necesario corregir. Jamás he quedado satisfecho con el capítulo sobre la naturaleza de las generalizaciones económicas. No creo que, en el fondo, mi punto de vista sobre estos asuntos haya cambiado; pero sí creo que mi entusiasmo por hacer resaltar en la forma más viva posible la significación de ciertas innovaciones recientes me condujo en ciertos pasajes a simplificar el énfasis y a descuidar el uso de términos lógicos de manera que el sentido fuera ambiguo para otras personas; y el hecho de que algunos críticos me acusasen de "escolástica estéril" y otros de behaviorismo no me ha permitido el solaz de pensar que había esclarecido bien la posición correcta entre uno y otro extremo. Por consiguiente, he vuelto a escribir grandes trozos de este capítulo y lo he ampliado para abarcar ciertos temas más complejos, tales como el significado del supuesto de una conducta puramente racional, que en la versión

anterior omití para no sobrecargar mi exposición del tema. Me temo que ahora es más difícil, y a la vez más contenciosa, esta parte del libro. Pero aunque me doy cuenta cabal de sus imperfecciones, me tranquiliza la conciencia algo más que mi intento anterior de tratar el asunto sólo por inferencia. Ha sido escrita también de nuevo la primera parte del capítulo v, y he añadido párrafos al § 2, donde desarrollo un poco más mis razones para creer en la importancia del contraste entre las leyes cualitativas que trato en el capítulo anterior y las "leyes" cuantitativas del análisis estadístico. He agregado, además, algunos párrafos en los capítulos IV y V sobre las relaciones entre la estática y la dinámica y sobre la posibilidad de una teoría del desenvolvimiento económico, temas sobre los que parece haber una confusión innecesaria. Abrigo la esperanza de que los cambios que he hecho sean aceptables a mis amigos el profesor F. A. von Hayek, el Dr. P. N. Rosenstein Rodan y el Dr. A. W. Stonier, cuyos consejos y críticas sobre cuestiones tan difíciles me han enseñado mucho. Por supuesto que no son responsables de ningún error que se haya deslizado.

He pensado mucho sobre cómo responder a los numerosos ataques de que me ha hecho objeto el profesor E. W. Souter. He leído sus censuras con interés y con respeto. Como he dicho ya, no me convence nada de lo que dice acerca de lo que él llama el "positivismo" de mi actitud. Por lo que se refiere a este aspecto, el profesor Souter debe demoler a Max Weber y no a mí; y creo que Max Weber se tiene aún en pie. Pero concuerdo de un modo cordial con mucho de lo que dice, especialmente sobre la conveniencia de trascender las muy comunes generalizaciones de la estática elemental. En lo que no estoy de acuerdo es en la creencia de que es posible hacerlo sin sacrificar exactitud y sin considerar inútiles los fundamentos estáticos esenciales. No estoy muy familiarizado con las conclusiones de la astronomía y la física matemática de hoy en día, pero dudo que los científicos eminentes a quienes él apela compartan su opinión aparentemente muy mala de los métodos de la economía matemática, por más que piensen que sus resultados correspondieran a una etapa aún muy elemental. En esto concuerdo más o menos de todo con lo que ya ha manifestado el profesor Knight.<sup>1</sup> Y no puedo menos que pensar, además, que por lo que toca a este ensayo, alguna que otra aspereza en la exposición ha enfadado tanto al profesor Souter, que le ha hecho malinterpretar mi tesis más de la cuenta. Lo lamento, pero no sé cómo satisfacerlo. He tratado de aclarar uno o dos puntos. Pero el defenderme de todos estos malentendidos comportaría sobrecargar en tal forma de apologías personales lo que ya es un ensayo demasiado largo, que correría el riesgo de que nadie pudiera ya leerlo en absoluto. No deseo que se me crea descortés, y espero, si el tiempo me permite completar varias obras que tengo proyectadas, poder persuadir al profesor Souter que no es injustificada mi pretensión de que me ha entendido mal.

En lo demás, sólo he hecho pequeñas modificaciones. He suprimido algunas notas, cuyo interés momentáneo ha menguado, y he procurado eliminar ciertas

---

<sup>1</sup> "Economic Science in Recent Discussion", American Economic Review, xxiv, 225-238.

manifestaciones de buen humor que ya no corresponden al sentir actual. Pero como no sea hacer una versión totalmente nueva, no es posible ocultar que, por bien o por mal, este ensayo fue escrito hace algún tiempo -una gran parte de él fue concebido y redactado años antes de publicarse-, y si bien creo que tal vez valga la pena reimprimirlo, no creo que se merezca el tiempo que supondría corregirlo. Así, pues, con todas las crudezas y aristas que conserva, lo someto una vez más a las mercedes de sus lectores.

LIONEL ROBBINS

The London School of Economics, Mayo de 1935.

## I. CONTENIDO DE LA CIENCIA ECONÓMICA

§ 1. El objeto de este ensayo es exponer la naturaleza y la significación de la Ciencia Económica. Su primera tarea es, pues, delimitar el contenido de la Ciencia Económica, ofrecer una definición útil de lo que trata la Economía.

Por desgracia, no es tan sencillo como parece. Los esfuerzos de los economistas durante los últimos ciento cincuenta años han logrado establecer un conjunto de generalizaciones cuya exactitud e importancia medular sólo discuten los ignorantes o los perversos; pero no han logrado la unanimidad en cuanto a la naturaleza última de la materia común de esas generalizaciones. Los capítulos centrales de las obras clásicas de Economía presentan, con muy ligeras variantes, los principios fundamentales de la ciencia; mas los que explican el objeto de la obra todavía presentan grandes divergencias. Todos hablamos de lo mismo, si bien no nos hemos puesto todavía de acuerdo sobre el objeto de nuestra conversación<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Añadiré en seguida algunas definiciones características para que no parezca una exageración, limitándome a la literatura anglosajona, porque, como se verá más tarde, fuera de ella comienza a prevalecer un estado de cosas más satisfactorio. "La Economía es el estudio de la humanidad en los asuntos ordinarios de la vida; examina el aspecto de la acción individual y social que se relaciona más de cerca con el logro y con el uso de las condiciones materiales del bienestar" (MARSHALL, Principles, 1). "La Economía es la ciencia que trata de los fenómenos desde el punto de vista del precio" (DAVENPORT, Economics of Enterprise, 25; La Economía de la Empresa, Madrid, Aguilar). "El propósito de la Economía Política es explicar las causas generales de las que depende el bienestar material de los seres humanos" (CANNAN, Elementary Political Economy, 1). "Hablar de la Economía como de la ciencia que se preocupa del aspecto material del bienestar humano, es definirla con una amplitud excesiva." La Economía es el estudio de los métodos generales con los cuales los hombres cooperan para satisfacer sus necesidades materiales" (BEVERIDGE, "Economics as a Liberal Education", Economica, I, 3). La Economía, según el profesor Pigou, es el estudio del bienestar económico y éste, a su vez, se define como "la parte del bienestar que puede ponerse en relación directa o indirecta con la vara de medir del dinero" (Economics of Welfare, 3ª ed., 1; La Economía del Bienestar, Madrid, Aguilar). Se irá viendo, en lo

En modo alguno es esto una condición vergonzosa o imprevista. Ya Mill hizo notar hace cien años que casi siempre la definición de una ciencia se logra después de crearla y no antes. "A semejanza de la muralla de una ciudad, de ordinario se ha levantado no para servir de receptáculo a los edificios que pudieran erigirse después, sino para circunscribir a los que ya existen."<sup>3</sup> En efecto, la naturaleza misma de una ciencia impone la necesaria imposibilidad de definir su alcance hasta que no llegue a una cierta etapa de su desenvolvimiento, pues su unidad sólo se manifiesta en la de los problemas que puede resolver, unidad que no se descubre hasta haber quedado establecida la interconexión de sus principios explicativos.<sup>4</sup> La Economía moderna nace de varios campos distintos de investigaciones prácticas y filosóficas: de investigaciones sobre la balanza de comercio, de discusiones acerca de la legitimidad del interés.<sup>5</sup> Y sólo en la última época ha llegado a tener suficiente unidad para descubrir la identidad de los problemas comunes a esas investigaciones diversas. Antes, todo intento para descubrir la naturaleza última de la ciencia estaba condenado por fuerza al fracaso. Intentarlo hubiera sido perder el tiempo en vano.

Pero ensayar una delimitación precisa, una vez alcanzado este grado de unificación, no es ya perder el tiempo; se perdería dejándolo de hacer. Sólo un objetivo preciso puede hacer viable la nueva elaboración. La reflexión ingenua no

---

que sigue, la gran divergencia que ofrecen las inferencias de cada una de estas definiciones.

<sup>3</sup> Unsettled Questions of Political Economy, 120.

<sup>4</sup> "Nicht die sachlichen Zusammenhänge der 'Dinge' sondern die gedanklichen Zusammenhänge der Probleme liegen den Arbeitsgebieten der Wissenschaften zugrunde" (MAX WEBER, Die Objectivität sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis, Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre, 166).

<sup>5</sup> Ver CANNAN, Repaso a la Teoría Económica [México: Fondo de Cultura Económica, 1940], 1-31, y SCHUMPETER, Epochen der Methoden- und Dogmengeschichte, 21-38.

puede sugerir ya los problemas; los indican los vacíos en la unidad de la teoría, las insuficiencias de sus principios explicativos. Se halla uno expuesto a seguir senderos falsos si no se ha entendido en qué consiste esa unidad. Apenas puede caber duda de que uno de los peligros mayores que acechan al economista moderno es la preocupación por las cuestiones ajenas, la multiplicación de actividades que no tienen conexión alguna, o la tienen escasa, con la solución de los problemas estrictamente relacionados con su materia.<sup>6</sup>

Asimismo es indudable que la solución de los problemas teóricos centrales se alcanza con mayor rapidez en aquellos centros en que las cuestiones de esta clase están por liquidarse. Más aún, si estas soluciones han de aplicarse con fruto, si hemos de entender con corrección el alcance práctico de la Ciencia Económica, es esencial que conozcamos con exactitud los supuestos y limitaciones de las generalizaciones que establece. Es con una conciencia tranquila, pues, como podemos adelantar hacia lo que, a primera vista, parece ser el problema muy académico de encontrar una fórmula para describir el contenido general de la Economía.

§ 2. La definición de la Economía que lograría más adeptos, por lo menos en los países anglosajones, es la que la relaciona con el estudio de las causas del bienestar material. Es el elemento común a las definiciones de Cannan<sup>7</sup> y de Marshall<sup>8</sup> y elemento que aun Pareto, cuyo análisis<sup>9</sup> es tan diferente en diversos aspectos al de aquellos dos

---

<sup>6</sup> Ver cap. II, § 5, especialmente la nota de la p. 69, para una mayor elaboración de este punto.

<sup>7</sup> Wealth (1ª ed.), 17.

<sup>8</sup> Principles (8ª ed.), 1.

<sup>9</sup> Cours d'Économie Politique, 6.

economistas ingleses, sanciona usándolo. También se encuentra implícito en la definición de J. B. Clark.<sup>10</sup>

Y, a primera vista, debe admitirse que, en efecto, parece que tuviéramos con ella una definición que para fines prácticos describe lo que nos interesa. Es indudable que la palabra "económico" se usa en el lenguaje ordinario en un sentido equivalente a "material". Basta reflexionar en el significado corriente de frases como "historia económica",<sup>11</sup> "un conflicto entre ventajas económicas y políticas", para comprender cuán razonable pudiera parecer esta interpretación. Sin duda existen algunas cuestiones que quedan fuera de la definición y que, sin embargo, parecen caer dentro del campo de la Ciencia Económica; aun cuando, a primera vista, bien parece que se asemejan a los casos marginales inevitables en toda definición.

La prueba final de la validez de una definición no es, sin embargo, su aparente armonía con ciertos usos del lenguaje diario, sino su capacidad para describir exactamente el verdadero objeto de las principales generalizaciones de la ciencia.<sup>12</sup> Y cuando sometemos esa definición a esta prueba se ve que tiene deficiencias que, lejos de ser marginales o subsidiarias, equivalen nada menos que a una completa

---

<sup>10</sup> Essentials of Economic Theory, 5. Ver también Philosophy of Wealth, cap. I. Las dificultades que se examinan después se reconocen explícitamente en ese capítulo; pero, con gran asombro, en lugar de que conduzca a rechazar la definición, conduce apenas a un intento un poco extraño de cambiar el significado de la palabra "material".

<sup>11</sup> Ver, no obstante, el capítulo siguiente para un examen de la validez de esta interpretación.

<sup>12</sup> A este respecto quizás valga la pena aclarar una confusión que no sin frecuencia ocurre en las discusiones de terminología. A menudo se afirma que las definiciones científicas de las palabras empleadas, tanto en lenguaje ordinario como en el análisis científico, no debieran diferir del uso diario de esas palabras. Sin duda es un consejo muy bueno y en principio debe ser aceptado. Es cierto que se crea una gran confusión cuando una palabra se usa en un sentido dentro de la práctica de los negocios, y en otro en el análisis de esa práctica. Basta pensar en las dificultades que han creado esas divergencias respecto del significado del vocablo capital. Pero una cosa es seguir el uso diario cuando se adopta un término y otra pretender que el lenguaje ordinario es la corte suprema de apelación cuando se define una ciencia, pues, en este caso, el sentido importante de la palabra es el objeto de las generalizaciones de la ciencia. Y sólo refiriéndose a éstas puede establecerse finalmente la definición. Cualquier otro procedimiento sería intolerable.

incapacidad para exhibir el alcance o el significado de las generalizaciones más centrales de todas.

Tomemos, por ejemplo, alguna de las divisiones principales de la Economía teórica y veamos hasta qué punto la comprende la definición que examinamos. Todos estaríamos de acuerdo, por ejemplo, en que una teoría de los salarios es parte integrante de cualquier sistema de análisis económico. ¿Podemos estar satisfechos con el supuesto de que los fenómenos de que ha de ocuparse quedan bien descritos diciendo que encajan en el aspecto más material del bienestar humano?

Los salarios, en el estricto sentido de la palabra, son sumas que se obtienen por la ejecución de un trabajo bajo la vigilancia de un patrón y de acuerdo con una tarifa estipulada. En el sentido más vago en que a menudo se usa el término en el análisis económico general, equivale a ingresos provenientes del trabajo, pero no de ganancias. Ahora bien, es completamente exacto que algunos salarios son el precio de un trabajo que puede describirse como conducente al bienestar material, los salarios de un pocero, por ejemplo; pero no es menos exacto que algunos salarios, los de los miembros de una orquesta, por ejemplo, se pagan por un trabajo que no tiene ni la más remota conexión con el bienestar material. No obstante, tanto un grupo de servicios como el otro exigen un precio y caen dentro del círculo del cambio. La teoría de los salarios es tan aplicable para la explicación del último caso, como lo es para la del primero. No se limita a explicar los que se pagan por un trabajo que contribuya al aspecto "más material" del bienestar humano, cualquiera que sea el significado de la expresión.

El problema no se resuelve si del trabajo por el que se pagan salarios pasamos a las cosas en que se gastan. Podría

afirmarse que la teoría de los salarios queda incluida dentro de la definición no porque lo que produce el asalariado conduce al bienestar material de otras personas, sino porque lo que obtiene le asegura su propio bienestar; pero esto no resiste el análisis ni un instante. El asalariado puede comprar pan con su salario; mas puede también comprar un billete para asistir a un espectáculo teatral. Sería intolerable una teoría de los salarios que desconociera todas las sumas que se pagan por servicios "inmateriales" o que se gastan en propósitos "inmateriales". El círculo del cambio quedaría roto sin remedio. El proceso todo del análisis general no podría emplearse nunca. Es imposible concebir generalizaciones de alguna significación respecto a un campo delimitado en forma tan arbitraria.

No es probable que ningún economista serio haya intentado delimitar la teoría de los salarios de ese modo, por grande que haya sido su tentación de delimitar en esa forma todo el cuerpo de generalización del que ella forma parte. Sin embargo, se ha ensayado negar la aplicabilidad del análisis económico al estudio de la consecución de propósitos diversos del bienestar material. Un economista de la talla del profesor Cannan afirma que la economía política de la guerra es "una contradicción en los términos" <sup>13</sup> basándose, al parecer, en que aquélla se ocupa de las causas del bienestar material y en que la guerra no es fuente de éste, razón por la cual no puede ser objeto de estudio de la ciencia económica. Las censuras del profesor Cannan pueden aceptarse como un juicio moral sobre los usos que se dan al conocimiento abstracto; pero es bien claro, como los propios actos del profesor Cannan lo han demostrado, que lejos de que la Economía no arroje luz sobre la prosecución eficaz de la guerra moderna, es muy dudoso que quienes organizan ésta puedan prescindir de aquélla. Es una curiosa paradoja que

---

<sup>13</sup> CANNAN, An Economist's Protest, 49.

esa afirmación del profesor Cannan ocurra en una obra que, como ninguna otra publicada en lengua inglesa, hace uso del instrumental del análisis económico para aclarar varios de los más urgentes e intrincados problemas de una comunidad organizada para la guerra.

Esta costumbre de los economistas ingleses modernos de definir la Economía como el estudio de las causas del bienestar material resulta tanto más curiosa si recordamos la unanimidad con que han adoptado una definición no material de la "productividad". Se recordará que Adam Smith distinguía entre trabajo productivo e improductivo según que los esfuerzos en cuestión se tradujeran o no en la producción de un objeto material tangible. "El trabajo de algunas de las clases más honorables de la sociedad, como el de los sirvientes, no produce valor alguno y no se adhiere o plasma en un objeto permanente o en una mercancía que pueda venderse y que perdure más allá del tiempo en que el trabajo se realiza... El soberano, por ejemplo, y todos los funcionarios tanto civiles como militares que trabajan a sus órdenes, son trabajadores productivos... En el mismo rango deben clasificarse varias de las profesiones más graves e importantes y algunas de las más frívolas: sacerdotes, abogados, médicos, hombres de letras de todas clases; jugadores, bufones, músicos, cantantes, bailarines, etc..."<sup>14</sup> Los economistas modernos, y principalmente el profesor Cannan,<sup>15</sup> han rechazado esta concepción de la productividad como inadecuada.<sup>16</sup> El trabajo de los cantantes y bailarines

---

<sup>14</sup> Wealth of Nations (ed. Cannan), 315.

<sup>15</sup> Teorías de la Producción y Distribución, 33-46, y Repaso a la Teoría Económica, 41-43 [México: Fondo de Cultura Económica, 1940 y 1942].

<sup>16</sup> Aun podría afirmarse que la reacción ha ido demasiado lejos. La clasificación de Smith, cualesquiera que sean sus inconvenientes, tuvo una importancia para la teoría del capital que en

debe considerarse como "productivo" en la medida en que sea objeto de demanda, ya sea privada o colectiva. ¿Pero productivo de qué? ¿Acaso del bienestar material porque anima a los negociantes y hace acumular nuevas energías para organizar la producción de lo material? Por ahí se llega al diletantismo y al Wortspielerei. Es productivo porque tiene un valor, porque tiene una importancia específica para varios "sujetos económicos". La teoría moderna se halla tan lejos del punto de vista de Adam Smith y de los fisiócratas, que el epíteto de productivo se niega aun a la producción de objetos materiales, si carecen de valor. A la verdad, ha ido aún más lejos. El profesor Fisher, entre otros, ha demostrado concluyentemente <sup>17</sup> que el ingreso derivado de un objeto material debe considerarse en último análisis como de uso "inmaterial". Tanto de mi casa como de mi ayuda de cámara, como de los servicios de un cantante, derivo un ingreso que "perece en el momento de su producción".

Pero si esto es así, ¿no resulta equívoco seguir definiendo la Economía como el estudio de las causas del bienestar material? Los servicios de una bailarina son riqueza. La Economía trata del precio que tienen esos servicios, al igual que del que tienen los de una cocinera. La Economía, cualquiera que sea su objeto, no estudia las causas del bienestar material como tales.

Las razones principales de la persistencia de esta definición son, sobre todo, de carácter histórico. Es el último vestigio de la influencia fisiocrática. Generalmente los economistas ingleses no se interesan por las cuestiones de método y ámbito. Tal vez ha sido tomada en el noventa por ciento de los casos de alguna obra anterior sin someterla a crítica alguna. Su retención en el caso del profesor Cannan, sin

---

los últimos tiempos no siempre ha sido reconocida con claridad. Ver TAUSSIG, *Wages and Capital*, 132-51.

<sup>17</sup> *The Nature of Capital and income*, VII.

embargo, se debe a causas más positivas, por lo que resulta muy instructivo seguir la pista al proceso del razonamiento que la ha hecho admisible aun a ese intelecto tan penetrante y tan agudo.

La razón fundamental de toda definición suele encontrarse en el uso que de ella se hace en la realidad. El profesor Cannan desarrolla su definición en estrecha yuxtaposición con el examen de "Las condiciones fundamentales de la riqueza para el hombre aislado y para la sociedad";<sup>18</sup> en conexión con ese examen usa de hecho su concepto de lo que es y no es económico. Puede sugerirse que no es accidental que, si la aproximación al análisis económico se hace desde este punto de vista, la definición "materialista", como podemos llamarla, alcanza el máximo de su admisibilidad. Esto requiere una justificación un tanto detallada.

El profesor Cannan principia por contemplar las actividades de un hombre completamente aislado de la sociedad, e investiga qué condiciones determinarán su riqueza, es decir, su bienestar material. En esas condiciones una división de actividades en "económicas" y "no económicas" -actividades que encaminan a aumentar el bienestar material y actividades encaminadas a incrementar el bienestar no-material- es en cierta forma admisible. Robinson Crusoe busca su bienestar material o "económico" si cultiva patatas; sus actividades tienen un carácter no-económico si charla con el loro. Aquí surge una dificultad sobre la cual volveremos después; pero prima facie, es claro que en este sentido la distinción no resulta ridícula.

Mas supongamos que se rescata a Robinson y que de regreso en su país sube al tablado a charlar con el loro como medio de ganarse la vida. Es indudable que, en estas

---

<sup>18</sup> Este es el título del cap. II de Wealth (1ª ed.).

condiciones, esas charlas tienen un aspecto económico. Los ingresos y gastos de Crusoe pueden exponerse en función de las categorías económicas fundamentales lo mismo que gaste su paga en patatas o en filosofía.

El profesor Cannan no se detiene a investigar si su distinción resulta útil en el análisis de una economía de cambio, aunque, después de todo es aquí en donde las generalizaciones económicas tienen la utilidad práctica máxima. En lugar de eso, pasa en seguida a considerar las "condiciones fundamentales de la riqueza" de la sociedad considerada como un todo, independientemente de si está organizada sobre la base de la propiedad privada y del libre cambio o no. Y aquí, de nuevo, su definición se hace admisible: una vez más la suma de actividades sociales puede agruparse en la doble clasificación que supone. Algunas actividades se consagran a conseguir el bienestar material, otras no. Así, por ejemplo, imaginamos que las autoridades ejecutivas de una sociedad comunista deciden cuánto tiempo de trabajo se dedica a la producción de pan y qué tanto a la instalación de circos.

Pero el procedimiento, aun en este caso, y en el de Robinson, está expuesto a una objeción que de seguro será aplastante. Aceptemos el uso que el profesor Cannan hace de los términos "económico" y "no-económico" como equivalentes de lo que, respectivamente, conduce al bienestar material y al no-material. Entonces podemos decir con él que la riqueza de una sociedad será mayor cuanto mayor la proporción de tiempo que se dedique a la consecución de fines materiales y menor la dedicada a propósitos inmateriales. Podemos sostenerlo; pero debemos admitir también que usando la palabra "económico" en un sentido perfectamente normal, queda todavía un problema económico, tanto para la sociedad como para el individuo, el de optar entre esas dos

clases de actividades: un problema de cómo habrán de dividirse las veinticuatro horas del día entre esas actividades, dadas las valoraciones relativas del producto y del ocio, y las oportunidades de producción. Resta todavía el problema económico de decidir entre lo "económico" y lo "no-económico". La mitad de uno de los principales problemas de la Teoría de la Producción queda fuera de la definición del profesor Cannan.

¿No es éste un argumento bastante para justificar su abandono?<sup>19</sup>

§ 3. ¿Hacia dónde, pues, volver la cara? La situación no es en manera alguna desesperada. Nuestro examen crítico de la definición "materialista" nos ha conducido a un punto desde el cual es posible proseguir en seguida a formular una definición inmune a todas estas censuras.

Volvamos al caso más simple en que encontramos impropia esa definición: el del hombre aislado cuyo tiempo se divide entre la producción de un ingreso real y el placer del ocio. Acabamos de ver que puede decirse legítimamente que semejante división tiene un aspecto económico. ¿ En qué consiste éste?

La respuesta la encontramos al exponer las condiciones precisas que hacen necesaria esa división. Son cuatro. En primer lugar, el hombre aislado necesita tanto el ingreso real como el ocio. En segundo, de ninguno tiene lo bastante para satisfacer plenamente su necesidad de uno y de otro. En

---

<sup>19</sup> Hay otras querellas que podríamos escoger con esta definición. La expresión "bienestar material" es estrambótica desde un punto de vista filosófico. Podría admitirse la de "causas materiales del bienestar"; pero "bienestar material" parece suponer una división de los estados mentales que, por esencia, son unitarios. Para los propósitos de este capítulo, sin embargo, parece mejor ignorar estas deficiencias y concentrarse en la cuestión principal, a saber: si la definición puede de algún modo describir el contenido al cual se le pretende aplicar como un marbete.

tercero, puede consumir su tiempo en aumentar su ingreso real o en prolongar su ocio. En cuarta, y salvo en casos muy excepcionales, puede presumirse que será diversa su necesidad de los diferentes elementos constituyentes de su ingreso real y de su ocio. Por consiguiente, tiene que elegir. Tiene que economizar. La disposición de su tiempo y de sus recursos guarda una relación con su sistema de necesidades y, por ello, ofrece un aspecto económico.

Este ejemplo es típico de todo el campo de los estudios económicos. Las condiciones de la existencia humana ofrecen cuatro características fundamentales desde el punto de vista del economista. Los fines son múltiples, el tiempo y los medios para lograrlos son limitados y capaces de una aplicación optativa. Al mismo tiempo, los fines tienen una importancia diversa. Hemos aquí, criaturas conscientes, con mazos de deseos y aspiraciones, con haces de tendencias instintivas, urgiéndonos todos a la acción de modos diversos. Pero el tiempo en que estas tendencias pueden alcanzar su expresión es limitado. El mundo externo no ofrece oportunidades cabales para su logro completo. La vida es corta. La naturaleza es mezquina. Nuestros semejantes tienen otros propósitos. Y, sin embargo, nuestras vidas pueden consagrarse a la realización de cosas diferentes; nuestros bienes y los servicios de otros, a lograr diversos objetivos.

Ahora bien, al economista no le interesa necesariamente la multiplicidad misma de los fines. Si deseo hacer dos cosas y dispongo de tiempo bastante y de muchos medios para hacerlas y no requiero ni el tiempo ni los medios para hacer otra, entonces mi conducta no toma ninguna de esas formas que constituyen el objeto de la Ciencia Económica. El nirvana no es, por fuerza, la única bienaventuranza. Es tan sólo la satisfacción completa de todas las exigencias.

Tampoco la mera limitación misma de los medios es suficiente para dar nacimiento a fenómenos económicos. Si los medios de satisfacción no son susceptibles de un uso optativo, pueden entonces ser escasos, pero no pueden ser económicos. El maná que llovió del cielo puede haber sido escaso; pero no fue una actividad con un aspecto económico si fue imposible aplazar su uso o cambiarlo por otra cosa.<sup>20</sup>

El hecho de que los medios escasos de que se dispone sean susceptibles de una aplicación opcional tampoco es una condición cabal de la existencia de fenómenos como los que estamos analizando. Si el sujeto económico tiene dos fines igualmente importantes y un solo medio de satisfacerlos, su situación será semejante a la del perro de la fábula, paralizado ante dos tortas igualmente atractivas.<sup>21</sup>

Mas la conducta toma por necesidad la forma de una elección cuando el tiempo y los medios de lograr determinados fines son limitados y capaces de aplicarse optativamente y cuando los fines son susceptibles de distinguirse entre sí en un orden jerárquico de importancia. Todo acto que requiere tiempo y medios escasos para lograr un fin, supone la renuncia a usarlos para alcanzar otro fin. Por tanto, ese acto tiene un aspecto económico.<sup>22</sup> Si necesito pan, sueño y el tiempo de

---

<sup>20</sup> Quizá valga la pena subrayar la importancia de esta limitación. La aplicación de medios técnicamente similares para la consecución, en épocas diferentes, de fines cualitativamente similares da lugar a usos optativos de estos medios. Se pasaría por alto uno de los tipos más importantes de acción económica si no se entendiera así con claridad.

<sup>21</sup> Parece éste un refinamiento innecesario; por esa razón no lo incorporé en la primera edición de este Ensayo. Pero la condición de que exista una jerarquía de fines es tan importante en la teoría del valor, que parece mejor exponerla explícitamente aun a estas alturas. Ver cap. IV, § 2.

<sup>22</sup> Cp. SCHOENFELD, Grenznutzen und Wirtschaftsrechnung. 1; Hans MAYER, "Untersuchungen zu dem Grundgesetze der wirtschaftlichen Wertrechnung" (Zeitschrift für Volkswirtschaft und Sozialpolitik, 2, 123).

Debiera ser bastante claro que el "tiempo" como tal no es escaso, sino más bien nuestras potencialidades consideradas como instrumentos. Hablar de escasez de tiempo es simplemente una forma metafórica de invocar este concepto un tanto abstracto.

que dispongo no me permite lograr cuanto necesito de ambos, entonces quedará insatisfecha una parte de mis necesidades de pan y de sueño. Si durante mi existencia, que es limitada, quiero ser filósofo y matemático, pero mi capacidad para adquirir conocimientos no me permite lograr ambas cosas plenamente, entonces debo renunciar a una parte de mi deseo de ser competente en filosofía o matemáticas, o a ambos.

Ahora bien, no todos los medios para lograr los fines humanos son limitados. En el mundo exterior existen cosas tan relativamente abundantes que el uso de unas cuantas unidades para un fin no supone renunciar a otras unidades para otro. El aire que respiramos es un ejemplo de esos bienes "gratuitos". El hecho de que necesitemos aire no nos impone, salvo en circunstancias muy especiales, ningún sacrificio de tiempo o de recursos. La pérdida de un metro cúbico de aire no supone el sacrificio de otras cosas. Las unidades de aire no tienen un significado concreto para nuestra conducta. Por eso es concebible la existencia de seres vivientes cuyos "fines" sean tan limitados que todos los bienes resulten para ellos "gratuitos", es decir, sin importancia específica.

Pero en general, la actividad humana, con su multiplicidad de objetivos, no goza de esta independencia de tiempo y de recursos específicos. El tiempo de que disponemos es limitado: el día sólo tiene veinticuatro horas. Tenemos, pues, que elegir las actividades a desarrollar en esas horas. Los servicios que otras personas ponen a nuestra disposición son limitados. También lo son los medios materiales de lograr esos fines. Nos arrojaron del Paraíso. Nuestra vida no es eterna ni disponemos de medios ilimitados de satisfacción. Hacia cualquier parte que volvamos, si optamos por una cosa, debemos renunciar a otras, a las que en circunstancias

diversas no habríamos querido renunciar. La escasez de los medios para satisfacer fines de importancia variable es casi una condición omnipresente de la conducta humana.<sup>23</sup>

En esto estriba, pues, la unidad temática de la Ciencia Económica: las formas que reviste la conducta humana al disponer de medios que son escasos. Los ejemplos que hemos examinado están en armonía perfecta con esta concepción. Tanto los servicios de la cocinera como los del cantante son limitados en relación con la demanda y son susceptibles de usos distintos. Esta nueva definición abarca en su integridad a la teoría de los salarios. Igual puede decirse de la economía política de guerra. La conducción satisfactoria de la guerra supone por necesidad desviar de otros usos bienes y servicios escasos. De ahí que presente un aspecto económico. El economista estudia la distribución de medios que son escasos. Se interesa en la forma en que los diversos grados de escasez de los diferentes bienes originan distintos coeficientes de valuación entre ellos, y en la forma en que los cambios en las condiciones de escasez afectan a esos coeficientes, ya provengan de modificaciones de los fines o de los medios, de la demanda o de la oferta. **La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación.**<sup>24</sup>

§ 4. Es importante advertir de una vez ciertas deducciones que pueden derivarse de esta concepción. La que

---

<sup>23</sup> Debiera ser claro que no existe oposición entre el concepto de fin empleado aquí -el término de formas especiales de la conducta en actos de consumo final- y el concepto implícito cuando se dice que sólo existe un fin de la actividad: la elevación al máximo de la satisfacción, "utilidad", o lo que sea. Nuestros "fines" han de considerarse como los inmediatos anteriores a la consecución de este fin final. No todos ellos podrán lograrse si los medios son escasos de modo que habrá que renunciar a alcanzar algunos fines de acuerdo con la importancia relativa que ellos tengan y según la escasez de los medios.

<sup>24</sup> Cp. MENGER, Grundsätze der Volkswirtschaftslehre, 1ª ed., 51-70; MISES, Die Gemeinwirtschaft, 98 SS.; FETTER, Economic Principles, I; STRIGL, Die Okonomischen Kategorien und die Organisation der Wirtschaft, passim; MAYER, op. cit.

rechazamos, la que considera a la Ciencia Económica como el estudio de las causas del bienestar material, puede considerarse como una concepción clasificadora. Separa ciertos tipos de conducta humana -la que se encamina a conseguir el bienestar material- considerándolos como el objeto de la Economía. Los otros quedan fuera de sus investigaciones. La concepción que hemos adoptado puede llamarse analítica. No intenta escoger ciertos tipos de conducta, sino que enfoca su atención a un aspecto particular de ella, el impuesto por la influencia de la escasez.<sup>25</sup> De esto se concluye, por consiguiente, que todo tipo de conducta humana cae dentro del campo de las generalizaciones económicas en la medida en que presenta ese aspecto. No decimos que la producción de patatas es una actividad económica y que no lo es la producción de la filosofía. Más bien decimos que tiene un aspecto económico cualquier tipo de actividad en la medida en que supone la renuncia de otras cosas. La Ciencia Económica no tiene más límites que ése.

Algunos escritores, no obstante, si bien rechazan la concepción de la Economía como ciencia cuya preocupación es el bienestar material, han procurado imponer a su campo una restricción de otra naturaleza. Han insistido en que la conducta que concierne a la Economía es en esencia un cierto tipo de conducta social: la que suponen las instituciones de una economía individualista de cambio. Según este punto de vista, la que no es concretamente social en este sentido preciso, no es materia de la Economía. El

---

<sup>25</sup> Ver el artículo de Irving FISHER, "Senses of Capital" (*Economic Journal*, VII, 213), para la distinción entre definiciones analíticas y clasificadoras. Es interesante hacer notar que el cambio de la concepción de Economía que supone nuestra definición es similar al de la concepción de capital que supone la definición del profesor Fisher. Adam Smith definía el capital como un género de riqueza; el profesor Fisher nos lo haría considerar como un aspecto de la riqueza.

profesor Amonn, en particular, ha dedicado esfuerzos casi infinitos a elaborar esta concepción.<sup>26</sup>

Ahora bien, puede admitirse sin reserva que la atención de los economistas, dentro del ancho campo de nuestra definición, se enfoca principalmente sobre las complicaciones de la economía de cambio. La razón de ello es de interés. Las actividades del hombre aislado, como las de la economía de cambio, están sujetas a las limitaciones que consideramos; pero, desde el punto de vista del hombre aislado, el análisis económico es innecesario. Se dan los elementos del problema a la simple reflexión. El examen de la conducta de un Robinson puede ser extraordinariamente ilustrativo como ayuda para estudios más avanzados; mas es obvio que, desde el punto de vista de Robinson, ese examen es extra-marginal. Lo mismo sucede en el caso de una sociedad comunista "cerrada". También la comparación de sus fenómenos con los de una economía de cambio puede ser muy ilustrativa para un economista, pero para sus funcionarios ejecutivos las generalizaciones de la economía carecerán de interés. La posición de ellos será análoga a la de Robinson: su problema económico sería meramente el de aplicar la fuerza productiva a esto o a aquello. Ahora bien, como el profesor Mises lo ha subrayado, dentro de un sistema de propiedad centralizada y control de los medios de la producción, queda excluido por definición el registro que hace un mecanismo de precios y costos de los tirones y resistencias individuales. De esto se deriva, por consiguiente, que las decisiones de las autoridades ejecutivas tienen que

---

<sup>26</sup> Ver su *Objekt und Grundbegriffe der theoretischen Nationalökonomie*, 2ª ed. Las críticas de Schumpeter y de Strigl, en las pp. 110-125 y 155-156, son particularmente importantes desde este punto de vista. Con el mayor respeto por el agotante análisis del profesor Amonn, no puedo resistir la impresión de que se inclina a exagerar el grado de divergencia entre la actitud de esos dos autores y la suya.

ser por fuerza "arbitrarias",<sup>27</sup> es decir, han de basarse en sus estimaciones y no en las de los consumidores y productores. Esto simplifica inmediatamente la forma de la elección. La organización de la producción, a falta de la guía de un sistema de precios, dependerá de las valoraciones del organizador final, de la misma manera que la de una hacienda patriarcal desconectada de una economía monetaria dependerá de las estimaciones que haga el patriarca.

Pero la situación es mucho más complicada en la economía de cambio. Las consecuencias de las decisiones individuales rebasan las repercusiones que tienen sobre el individuo: puede uno darse cuenta cabal de las consecuencias para uno mismo de la decisión de gastar dinero en una forma y no en otra. Mas no es fácil seguir los efectos de esa decisión sobre todo el complejo de las "relaciones de escasez" sobre los saldos, las ganancias, los precios, el ritmo de capitalización y la organización de la producción. Por el contrario, se requiere un esfuerzo extremo del pensamiento abstracto para idear generalizaciones que nos permitan entenderlos. Por esta razón, el análisis económico es más útil en una economía de cambio y es innecesario en una economía aislada. En una sociedad estrictamente comunista, por su razón misma de ser, se ve privado de generalizaciones, excepto de las más simples. En cambio, está a sus anchas cuando en las relaciones sociales se permite al individuo tener una iniciativa independiente.

Pero una cosa es sostener que el análisis económico tiene mayor interés y utilidad en una economía de cambio y otra que su objeto se limita a ese fenómeno. Dos consideraciones pueden demostrar, de manera concluyente, lo injustificado de

---

<sup>27</sup> Ver MISES, Die Gemeinwirtschaft, 94-138. En su Economic Planning in Soviet Russia, el profesor Boris Brutzkus ha señalado muy bien la forma en que las diversas fases del experimento ruso han ejemplificado esta dificultad.

esta última pretensión. En primer lugar, es claro que la misma limitación de los medios con relación a los fines que condiciona la conducta en una economía de cambio, condiciona también la conducta ajena a ella, razón por la cual la segunda puede incluirse en las mismas categorías fundamentales.<sup>28</sup> Las generalizaciones de la teoría del valor son tan aplicables a la de un hombre aislado o a la de la autoridad ejecutiva de una sociedad comunista, como lo son a la de un hombre que actúa dentro de una economía de cambio, aun sí en los primeros casos no son tan esclarecedoras. Las relaciones de cambios son un incidente técnico, incidente que, ciertamente, da lugar a casi todas las complicaciones interesantes, pero que, a pesar de ello, es subsidiario del hecho fundamental de la escasez.

En segundo lugar, es claro que los fenómenos de la economía misma de cambio sólo pueden ser explicados penetrando esas relaciones e invocando el funcionamiento de esas leyes de la elección que se perciben mejor al observar la conducta de un hombre aislado.<sup>29</sup> El profesor Amonn parece admitir que semejante sistema de economía pura puede ser útil como auxiliar de la Ciencia Económica, aunque él mismo lo excluyese como base del sistema principal postulando que el objeto de la Economía debe definirse en función de los problemas que Ricardo examina. Es admirable la opinión de que una definición debe describir el conjunto actual de conocimientos sin señalar límites arbitrarios; sin embargo, puede preguntarse ¿por qué detenerse en Ricardo? ¿No

---

<sup>28</sup> Ver STRIGL, ob. cit., 23-28.

<sup>29</sup> El rechazo de la Economía a la Robinson que hace el profesor CASSEL en *Pensamientos fundamentales en la economía* [México: Fondo de Cultura Económica 1941], parece desafortunado, pues sólo cuando se examinan las condiciones en que vive el hombre aislado salta con claridad a la vista la importancia del requisito de que los medios escasos tengan usos optativos para que haya actividad económica, requisito ése que ya se subrayó. En una economía social cualquiera, la mera multiplicidad de los medios económicos nos conduce a menospreciar la posibilidad de que existan bienes escasos sin usos optativos.

resulta claro que las imperfecciones del sistema ricardiano se deben justamente a la circunstancia de que se detuvo en las estimaciones del mercado sin llegar a las del individuo? ¿El gran mérito de las teorías más recientes del valor no consiste en haber traspasado esa barrera?<sup>30</sup>

§ 5. Por último, podemos volver a la definición que rechazamos y compararla con la que hemos escogido ahora.

A primera vista es posible subestimar la divergencia entre ambas. La una considera como objeto de estudio de la Economía la conducta humana concebida como una relación entre fines y medios, la otra como las causas del bienestar material. Pero ¿acaso no es más o menos la misma cosa hablar de escasez de medios que de causas del bienestar material?

Tal pretensión, empero, descansaría en un equívoco. Es cierto que la escasez de materiales es una de las limitaciones de la conducta; pero no es menos importante la escasez de nuestro propio tiempo y de los servicios de otras personas. La escasez de los servicios del maestro de escuela y de los del pocero tienen, cada una, su aspecto económico. Sólo diciendo que los servicios son vibraciones materiales, o algo por el estilo, se puede estirar la definición para que abarque todo el campo; pero no sólo resultaría deficiente, sino también

---

<sup>30</sup> Las objeciones esbozadas antes, que se presentan a la definición sugerida por el profesor Amonn, debieran bastar para indicar la naturaleza de las que se hacen a las definiciones en función de fenómenos vistos a través del precio (Davenport), de la susceptibilidad a la "medición con la vara de medir del dinero" (Pigou), o de la "ciencia del cambio" (Landry, etc.). El profesor SCHUMPETER, en su *Wesen und Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, ha intentado vindicar, con una sutileza inolvidable, la última definición demostrando que es posible concebir que todos los aspectos fundamentales de la conducta íntimamente relacionada con la Ciencia Económica adopten la forma del cambio. Puede admitirse sin dificultad que esto es coneccto y que encierra una verdad fundamental para un entendimiento certero de la teoría del equilibrio; pero una cosa es generalizar la noción del cambio como una construcción y otra usarla en este sentido como un criterio. No se discute que puede funcionar en esta forma; pero ciertamente sí que esclarezca al máximo la naturaleza final del objeto de estudio de la Economía.

equívoco. En esa forma la definición puede cubrir todo el campo mas sin describirlo, pues no es la materialidad, aun de los medios materiales de satisfacción, lo que les da su condición de bienes económicos; es su relación con las valoraciones. Lo importante es su relación con determinadas necesidades y no su sustancia técnica. La definición "materialista" de la Economía disfigura, pues, la ciencia como la conocemos. Aun si no nos conduce decididamente a un equívoco en cuanto a su ámbito, deja por fuerza de darnos un concepto adecuado de su naturaleza. No parece haber argumento válido para no rechazarla.

Al mismo tiempo, es importante entender que lo que se ha rechazado no es sino una definición. No rechazamos el conjunto de conocimientos cuya descripción pretendía. El sistema de quienes la han adoptado encaja perfectamente dentro de la otra definición que se ha sugerido. No hay ninguna generalización importante del sistema del profesor Cannan, por ejemplo, que no sea compatible con la definición del objeto de la Economía en función de la disponibilidad de los medios escasos.

Es más, el mismo ejemplo que el profesor Cannan elige para ilustrar su definición encaja mucho mejor dentro del marco de la nuestra. "Los economistas -dice- convendrían que la pregunta ¿Bacon escribió la obra de Shakespeare? no es un problema económico y en que la satisfacción que los creyentes de la criptografía sentirían si eso fuera universalmente aceptado, no sería una satisfacción de carácter económico... Al contrario, convendrían en que la controversia tendría un aspecto económico si los derechos de autor fueran perpetuos y los descendientes de Bacon y de Shakespeare estuvieran disputándose la propiedad de las obras."<sup>31</sup> Exacto. Pero ¿por qué? ¿Porque la propiedad de los

---

<sup>31</sup> Wealth (1ª ed.), I.

derechos de autor supone el bienestar material? Pero todas las regalías pueden ir a parar a asociaciones de beneficencia. Es indudable que la cuestión tiene un aspecto económico simple y sencillamente porque las leyes relativas a la propiedad literaria harían escaso el uso de las obras en relación con la demanda de ellas y a su vez darían a sus propietarios un poder sobre medios de satisfacción escasos que de otra manera se habrían distribuido de modo diverso.

## II. FINES Y MEDIOS

§1. Tenemos ya una definición práctica del objeto de estudio de la Economía. El segundo paso consiste en examinar sus consecuencias. En este capítulo nos referiremos a la naturaleza de los fines y medios según los consideran la teoría y la historia económica. En el siguiente trataremos de la interpretación de diversas "magnitudes" económicas.

§ 2. Examinaremos primero la condición de los fines.<sup>32</sup>

A la Ciencia Económica, como hemos visto, le concierne el aspecto de la conducta que proviene de la escasez de medios para lograr determinados fines. Se deduce que la economía es enteramente neutral frente a los fines y que la consecución de un fin cualquiera, en la medida en que dependa de la limitación de medios, es una cuestión que interesa al economista. Los fines como tales no interesan a la Economía. Supone que los seres humanos los tienen en el sentido de que tienen tendencias que pueden definirse y comprenderse de modo que se pregunta cómo la escasez de medios condiciona el progreso hacia sus objetivos, cómo la disposición de medios escasos depende de estas valoraciones finales.

Debe ser claro, pues, que es del todo equívoco hablar de cualquier fin como "económico" en sí mismo. La costumbre de ciertos grupos de economistas de hablar de "satisfacciones económicas" es ajena al propósito central del análisis económico. Una satisfacción debe ser concebida como un producto final de la actividad. Ella misma no forma parte de la actividad que estudiamos. Sería ir muy lejos sostener la imposibilidad de concebir "satisfacciones económicas", pues tal vez pueda describirse así la que depende de la disponibilidad de medios escasos, considerándola en forma distinta de una satisfacción que depende enteramente de factores subjetivos: la satisfacción de unas vacaciones veraniegas, por ejemplo, comparada con la satisfacción de recordarlas. Esta concepción, sin embargo, no es útil, puesto que, como ya hemos visto, la limitación de medios es tan general que influye de algún modo en casi todos los tipos de conducta. Probablemente lo mejor será desecharla del todo, puesto que manifiestamente no está en armonía con las principales deducciones de nuestra definición.

---

<sup>32</sup> Las siguientes secciones se dedican a esclarecer algunas deducciones que se obtienen de considerar a la Economía como ciencia positiva. Para la cuestión de si la Economía debe aspirar a una condición normativa, ver el capítulo VI, § 4.

Se colige, además, que es hija de una equivocación la creencia, dominante entre ciertos críticos de la Ciencia Económica, de que la preocupación del economista es un tipo peculiarmente bajo de conducta. Al economista no le interesan los fines mismos, sino la forma en que el logro de ellos es limitado. Los fines pueden ser nobles o bajos, "materiales" o "inmateriales", si pudiera hablarse de ellos en esa forma. Pero sí la consecución de un conjunto de fines supone el sacrificio de otros, entonces esa actividad tiene un aspecto económico.

Todo esto resulta obvio con sólo considerar la esfera real en que se aplica el análisis económico, en lugar de aceptar las afirmaciones de quienes no saben qué es el análisis económico. Supongamos, por ejemplo, una comunidad de sibaritas, sus placeres sensuales y groseros y sus actividades intelectuales encaminadas a lo "puramente material". Es evidente que el análisis económico puede establecer categorías para describir las relaciones entre esos fines y los medios disponibles para lograrlos. Pero no es exacto, como Ruskin y Carlyle y otros críticos parecidos han afirmado, que se limite a esta clase de cosas. Imaginemos que esta reprobable comunidad recibe la visita de un Savonarola. Sus antiguos fines les repugnarán ahora; los placeres de los sentidos quedan proscritos; los sibaritas se convierten en ascetas. Sin duda que el análisis económico sigue siendo aplicable. No hay necesidad de cambiar las categorías que nos han servido para explicarlos. Todo lo que habrá sucedido es que la curva de la demanda ha cambiado. Algunas cosas serán relativamente menos escasas y otras más. La renta de los viñedos baja y sube la de las canteras de piedra para construcciones eclesiásticas. Eso es todo. La distribución del tiempo entre oraciones y obras piadosas tiene su aspecto económico del mismo modo que su distribución entre las orgías y el sueño. La "filosofía porcina". -para usar el desdeñoso epíteto de Carlyle- resulta abarcarlo todo.

Debe admitirse, para ser sinceros, que éste es un caso en el que hay que culpar en cierta medida a los economistas de sus propios reveses. Su actitud ha sido más o menos intachable, según hemos visto ya; pero sus definiciones han sido equívocas y de excusa innecesaria su actitud frente a la crítica. Aun se dice que algunos economistas de los más modernos, quienes han sido convencidos de la importancia de la Economía y de la preocupación de ella por el "aspecto más material del bienestar humano", se han limitado a comenzar sus explicaciones de Teoría Económica general con la excusa, un tanto pusilánime, de que, después de todo, el pan y la mantequilla son necesarios aun para la vida de las artistas y de los santos. Esto parece innecesario en sí mismo y, al propio tiempo, expuesto a provocar un error en quienes son propensos a considerar insignificante lo

meramente material. Sin embargo, si Carlyle y Ruskin hubieran estado dispuestos a hacer el esfuerzo intelectual necesario para asimilar el cuerpo central del análisis legado por los grandes hombres a quienes criticaron tan injustamente, habrían admitido su profunda significación para interpretar la conducta en general, aun si no hubieran podido mejorar la descripción de sus autores. Pero nunca lo hicieron, según se percibe con tanta claridad de sus críticas. No querían: era mucho más fácil y más agradable desfigurar a quienes lo hicieron. Y no había que ir muy lejos para encontrar ocasión de desfigurar una ciencia que apenas era consciente de sus alcances lejanos.

Pero si no hay ya pretexto alguno para que los detractores de la Economía la acusen de que se preocupa de fines particularmente bajos de la conducta, tampoco la hay para que los economistas adopten una actitud de superioridad por lo que toca a los temas que pueden manejar. Ya hicimos notar la actitud un tanto paradójica del profesor Cannan frente a la economía política de guerra. Y, en términos generales, ¿no tenemos razón para afirmar que desde este punto de vista, el profesor Cannan no es el más indicado para que, imitando a San Pedro, pueda decir: "no, Señor, pues nada vulgar ni sucio ha entrado jamás por mi boca"? En el primer capítulo de *Wealth*<sup>33</sup> el profesor Cannan, abandonando un tanto su posición, afirma que "el criterio de comprar y vender introduce varias cosas en la Economía que comúnmente no son motivo de su estudio ni es conveniente que lo sean. Desde que nació la historia ha existido un tráfico importante para proporcionar ciertas satisfacciones de carácter sensual que nunca se consideran cómo bienes económicos. Las indulgencias para purgar lo que de otro modo sería pecado contra la religión o la moral se han vendido algunas veces abiertamente y en todo los tiempos apenas con un tenue disfraz: ninguno las ha considerado como bienes económicos". No hay duda de que esto es muy discutible. Los economistas, al igual que otros seres humanos, pueden considerar los servicios de las prostitutas como una cosa no "buena" en el verdadero sentido ético último de la palabra; pero negar que semejantes servicios son escasos en el sentido en que usamos el término, y que, por consiguiente, hay un aspecto económico del amor alquilado, susceptible de ser tratado con las mismas categorías del análisis general que nos permiten explicar las fluctuaciones del precio de la retórica pagada, no parece estar de acuerdo con los hechos. Por lo que toca a la venta de indulgencias, en la historia económica la naturaleza de estas agradables transacciones no es objeto, seguramente, de una seria discusión. ¿Esa venta afectará o no la distribución de los ingresos, la magnitud de los gastos en otras mercancías, la dirección de la producción? No debemos evitar las consecuencias de la conclusión de que toda

---

<sup>33</sup> 1ª ed., 15.

conducta que se halla bajo la influencia de la escasez tiene su aspecto económico.

§ 3. Un ejemplo muy interesante de las dificultades que pueden surgir si descuidamos las consecuencias que hemos venido procurando esclarecer, lo tenemos en un trabajo de Sir Josiah Stamp sobre la Estética como factor económico.<sup>34</sup> Dicho autor, como la mayoría de los hombres de imaginación, se empeña en conservar intactos la campiña y los viejos monumentos. (El motivo de ese escrito fué la decisión de su empresa ferrocarrilera de no destruir un edificio del siglo XVI, Stratford Fouse, en Birmingham y dejar un espacio libre para acomodar una vía secundaria.) Al mismo tiempo, estima que la Economía se ocupa del estudio del bienestar material.<sup>35</sup> Se ve obligado, por consiguiente, a afirmar que "la indiferencia por la estética, a la larga, reduce la producción económica y que la atención del aspecto estético incrementará el bienestar económico".<sup>36</sup> Es decir, que si nosotros hacemos por que impere el reinado de la belleza, el bienestar material se nos dará por añadidura. Y sir Josiah Stamp ha puesto todo el peso de su sólida autoridad al servicio de la tarea de hacer creer en esa verdad al mundo de los negocios.

Es fácil simpatizar con la intención del razonamiento, aunque difícil aceptar que su lógica sea muy convincente. Puede ser perfectamente cierto, como pretende sir Josiah, que los amplios intereses que fomenta el estudio de los monumentos antiguos y la contemplación de los bellos objetos, sean, al mismo tiempo que estimulante de la inteligencia, sedante para el sistema nervioso, y que, en esa medida, una comunidad que ofrezca semejantes oportunidades a dichos intereses pueda ganar en otras ventajas "más materiales". Pero suponer que esto tendrá que suceder necesariamente es quizá un optimismo que no justifica la experiencia ni una probabilidad a priori. Debemos reconocer que el hecho de rechazar el confort material en favor de valores estéticos o éticos no trae consigo necesariamente una compensación material. Hay casos en que la disyuntiva es tener un pan o una azucena. La elección de uno importa el sacrificio de la otra, y aunque podamos estar satisfechos de la nuestra, no podemos engañarnos de que eso fué realmente una elección, y que tendremos más pan después. No es verdad que todas las cosas operen conjuntamente para el bien material de quienes aman a Dios. La Economía, lejos de sostener que existe una

---

<sup>34</sup> Some Economic Factors in Modern life, 1-25.

<sup>35</sup> "... Uso el término Economía como una palabra que abarca todo lo que se endereza a la obtención del bienestar material" (op. cit., 3).

<sup>36</sup> Ibid., 4.

armonía de fines en este sentido, nos hace ver en toda su amplitud ese conflicto de elección, característica permanente de la existencia humana. El economista es un trágico de verdad.

Lo que ha sucedido es, por supuesto, que la definición "materialista" a la que se adhiere ha impedido que Sir Josiah Stamp reconozca con claridad que la Economía y la estética no están in pari materia.<sup>37</sup> A la estética concierne cierta clase de fines. Lo bello es uno que se ofrece para elección, en competencia, por así decirlo, con otras cosas. A la Economía no le interesa en modo alguno ningún fin como tal. Se ocupa de los fines en la medida en que afectan la disposición de medios, los toma como proyectados en una escala de valoraciones relativas e investiga qué consecuencias se producen respecto de ciertos aspectos de la conducta.

Sin embargo, puede argüirse: ¿no es posible considerar el procurarse dinero como algo que compite con otros fines, y, si ello es así, no podemos hablar legítimamente de un fin "económico" de la conducta? Esto hace surgir problemas de gran importancia. El supuesto de que el lucro es el único motivo que nos impulsa a actuar lo examinaremos con amplitud en un capítulo posterior con objeto de determinar la parte que desempeña en el análisis económico. Mas, por el momento, puede replicarse que la objeción se apoya en una interpretación equivocada del significado del dinero. Ganar dinero, en el sentido normal de esta expresión, es una mera etapa intermedia entre una venta y una compra. Procurarse una cantidad de dinero mediante la venta de los servicios de uno o del alquiler de lo que nos pertenece no es un fin per se. El dinero es, evidentemente, un medio para una compra final. No se le busca por sí mismo, sino por las cosas en que puede gastarse, ya sean elementos constitutivos del ingreso real de ahora o del ingreso real del futuro. En este sentido ganar dinero significa obtener los medios para lograr todos esos fines que pueden lograrse mediante mercancías susceptibles de compra. Es obvio que el dinero en sí mismo es tan sólo un medio: un medio de cambio, un instrumento de cálculo. La existencia de una mayor o menor cantidad de dinero es indiferente para la sociedad desde el punto de vista estático; para el individuo sólo tiene importancia en la medida en que sirva sus objetivos últimos. Sólo el avaro, esa monstruosidad psicológica, desea la acumulación infinita de dinero. En efecto, fuera de este caso excepcional, lejos de considerar la demanda de dinero para acumulación como indefinidamente grande, tenemos la costumbre de suponer que se le desea sólo para traspasarlo. En lugar de suponer que la curva de la demanda de dinero para ese fin es una línea

---

<sup>37</sup> Es justo decir que existen pasajes en el mismo trabajo que parecen dictados por esta consideración, especialmente las observaciones de las páginas 14 a 16, sobre el equilibrio en el consumo.

recta paralela al eje y, los economistas acostumbran suponer, como primera aproximación, que adopta la forma de una hipérbola rectangular.<sup>38</sup>

§ 4. La Economía, por consiguiente, no puede concebirse como la Ética o la Estética, es decir, como disciplinas que estudian los fines en sí mismos. También es importante que el objeto de su estudio se distinga tajantemente del de las técnicas de producción, es decir, del modo de usar determinados medios. Esto da lugar a problemas de una complejidad considerable que conviene examinar con alguna amplitud.

La relación entre la Economía y las técnicas de producción ha presentado siempre grandes dificultades para los economistas que pensaban que las causas del bienestar material son el objeto de su estudio. Es claro que el bienestar material importa a esas técnicas. No obstante, la distinción entre técnica y ciencia no parece agotar la diferencia, porque mucho del conocimiento científico que está íntimamente ligado a ellas es extraño a la Ciencia Económica. ¿Cuál será, pues, la línea divisoria? Sir William Beveridge ha aclarado bastante esta dificultad en su conferencia sobre la Economía como educación liberal. "La definición de Economía como ciencia del aspecto material del bienestar humano es demasiado amplia. Una casa contribuye al bienestar humano y es material; pero si al construirla se suscita la cuestión de si la techumbre debe hacerse de papel o de otro material, el problema no tiene que ver con la Economía y sí con la técnica de construcción."<sup>39</sup> No se sortea la dificultad al intercalar la palabra "generales" en "causas del bienestar material". La Economía no es la suma de las tecnologías. Tampoco intenta elegir de cada una elementos comunes a varias. El estudio del movimiento, por ejemplo, puede ofrecer generalizaciones aplicables a más de una ocupación; pero nada tiene que ver con la Economía. Y tampoco es capaz de reemplazarla, a pesar de las esperanzas de ciertos psicólogos industriales. La conexión entre la Economía y las artes técnicas de la producción será irremisiblemente oscura mientras nos movamos dentro del ámbito de una definición del objeto de la Economía en función de las causas del bienestar material.

---

<sup>38</sup> Ver sobre estos problemas *The Commonsense of Political Economy*, de WICKSTEED, 155-157. No se niega que la adquisición de la facultad para procurarse un ingreso real pueda llegar a ser un objetivo en sí mismo, o, que si lo es, el sistema económico no se verá afectado de varias maneras. Todo lo que se discute es que calificar cualquiera de estos fines de "económicos" supone un concepto equivocado de lo que por fuerza cae bajo el dominio del análisis económico. La Economía considera como supuestos todos los fines, los cuales se "manifiestan" en las escalas de valoraciones relativas que suponen las proposiciones del análisis económico moderno.

<sup>39</sup> *Economica*, I, 3. Por supuesto que la cuestión de si la techumbre debe ser de pizarra o de teja, por ejemplo, puede depender muy bien de los precios relativos de estos materiales y, en consecuencia, tener un aspecto económico. La técnica tan sólo señala ciertos límites dentro de los cuales puede hacerse la elección. Ver p. 61.

Pero queda perfectamente definida desde el punto de vista de la definición que hemos adoptado. Las técnicas de producción deben agruparse simplemente entre los factores dados que influyen en la escasez relativa de diferentes bienes económicos.<sup>40</sup> La técnica misma de la manufactura del algodón no es parte del objeto de la Economía; pero la existencia de una determinada técnica de diversas posibilidades, junto con otros factores que influyen en la oferta, condiciona la posible respuesta a toda valoración de los artículos de algodón y, en consecuencia, influye en las adaptaciones que constituyen el objeto de estudio de la Economía.

Hasta aquí las cosas son supremamente simples; pero ahora es necesario evitar algunas malas interpretaciones posibles. A primera vista pudiera parecer que el concepto que adoptamos corre el peligro de vaciar la tina con todo y niño. Considerando la técnica como mera información ¿no corremos el riesgo de excluir del objeto de la Economía los asuntos en que el análisis económico se siente más a sus anchas? ¿Acaso la producción no es un problema de técnica? ¿Y no es la teoría de la producción una de las grandes preocupaciones del análisis económico?

La objeción parece fundada, aunque, en realidad, arranca de un grave error que importa disipar para siempre. La actitud que adoptamos frente a las técnicas de producción no elimina la conveniencia de una teoría económica de la producción,<sup>41</sup> pues las influencias que determinan la estructura de ésta no son por su naturaleza puramente técnicas. La técnica, sin duda, es muy importante; pero no es todo. Uno de los méritos del análisis moderno consiste en que nos permite poner a la técnica en el lugar que le corresponde, hecho que merece una mayor explicación. No es exagerado decir que hoy día uno de los principales peligros de la civilización nace de la incapacidad de las personas adiestradas en las ciencias naturales para percibir la diferencia entre lo económico y lo técnico.

Consideremos la conducta de un hombre aislado que dispone de una sola mercancía escasa,<sup>42</sup> por ejemplo, la conducta de Robinson Crusoe frente a

---

<sup>40</sup> El profesor KNIGHT, en un artículo reciente ("Economic Science in Recent Discussion", *American Economic Review*, XXIV, 225 ss), se queja de que no aclaro que la técnica con respecto a la Economía es simplemente una serie de datos. No puedo dejar de pensar que el pasaje anterior ha escapado a la atención del profesor Knight. Desde luego, concuerdo con sus opiniones a este respecto, aunque no acierto cómo podría expresarlo con mayor vigor del que ya he puesto.

<sup>41</sup> Es otra cuestión -de la que trataremos después: Capítulo III, § 6- la de si esta teoría ha de concebirse -como lo ha sido a veces en otros tiempos- como interesada en sumas de riqueza.

<sup>42</sup> Cp. OSWALT, *Vorträge über wirtschaftliche Grundbegriffe*, 20-41.

una cantidad de madera estrictamente limitada. Robinson no tiene suficiente madera para todos los propósitos que desea satisfacer. En ese momento su acervo de madera es irremplazable. ¿Cuáles son las influencias que determinarán el uso que haga de ella?

Ahora bien, si la madera sólo puede usarse en un solo momento y para un solo propósito, o si sólo se la necesita en un momento y para un propósito, y si suponemos que Robinson tiene tiempo bastante para utilizarla, resulta perfectamente cierto que su conocimiento de las técnicas de producción correspondientes dictará completamente la economía que haga de ella. Si la necesita sólo para hacer una fogata de ciertas dimensiones, y si sólo dispone de una cantidad de madera limitada, entonces su conocimiento de la técnica de hacer fogatas determinará sus actividades. Sus actividades a este respecto son puramente técnicas.

Pero si la necesita para más de un propósito, si además de requerirla para hacer la fogata, la necesita para cercar su cabaña y para mantener la cerca en buenas condiciones, entonces, inevitablemente, se enfrenta a un problema nuevo: el problema de cuánta madera usará para el fuego y cuánta para cercar. En estas circunstancias las técnicas de hacer fogatas y levantar cercas siguen siendo importantes, pero el problema ha dejado de ser un mero problema de técnica.<sup>43</sup> En otras palabras las consideraciones que determinan el uso de la madera no son ya puramente de orden técnico. La conducta es la resultante de tirones psicológicos en conflicto que obran dentro de un ambiente de posibilidades técnicas y materiales dadas. El problema de técnica y el problema de economía son fundamentalmente diferentes. El primero, para usar la forma tan elegante con que el profesor Mayer expresa la diferencia, surge cuando hay un fin y una multiplicidad de medios; el segundo, cuando tanto los fines como los medios son múltiples.<sup>44</sup>

Ahora bien, como ya lo hemos visto, una de las características del mundo en que vivimos es que nuestros fines son varios y que la mayoría de los medios escasos de que disponemos son susceptibles de distinta aplicación. Esto no sólo es verdad respecto a los productos escasos, sino más aún a los factores básicos de la producción. Las diversas clases de recursos naturales y mano de obra pueden usarse para una variedad casi infinita de propósitos. La resolución de abstenerse de consumir en el presente permite usar los factores primarios en más de una clase de procesos indirectos. Y

---

<sup>43</sup> Todo esto puede aclararse mucho usando unas cuantas curvas paretianas. Conocemos las posibilidades técnicas si se nos dan las curvas del costo de sustitución pero el problema no se habrá resuelto a menos que conozcamos también las curvas de indiferencia del consumo.

<sup>44</sup> Ver Hans MAYER, op. cit., 5 y 6.

por esta razón el mero conocimiento de la técnica existente no nos permite determinar el "conjunto" del aparato de la producción. Necesitamos conocer también las valoraciones finales de los productores y consumidores conectados con él. Los aspectos de la conducta que el economista estudia quedan determinados fuera del juego mutuo de los sistemas dados de fines, por una parte, y de las potencialidades materiales y técnicas, por la otra. Las consideraciones técnicas serían las determinantes únicas de la satisfacción de los fines dados sólo en un mundo en que todos los bienes fueran gratuitos; pero, en semejante mundo, el problema económico habría dejado de existir por definición.

Todo esto parece muy abstracto; mas, en realidad, sólo expresa, con un grado de generalidad propia de las cuestiones fundamentales que examinamos, hechos que nos son perfectamente conocidos. Si preguntamos concretamente por qué la producción de un artículo determinado en un lugar también determinado es la que es y no otra, nuestra respuesta no se expresa en términos que de pronto tengan un sentido técnico; la expresamos en función de precios y costos y, como todos los estudiantes de primer año lo saben, unos y otros son un reflejo de valoraciones relativas y no de condiciones meramente técnicas. Todos conocemos artículos que, desde un punto de vista técnico, podrían producirse bien fácilmente.<sup>45</sup> No obstante, no es lucrativo por el momento hacerlo así. ¿Por qué? Porque dado el precio probable, los costos son demasiado elevados. ¿Y por qué lo son tanto? ¿Acaso porque la técnica no ha progresado suficientemente? Esto sólo es cierto en un sentido histórico; pero no resuelve la cuestión fundamental de por qué, dentro de una técnica dada, los costos son demasiado altos. Y la respuesta sólo puede expresarse en términos económicos. Depende por esencia del precio necesario para pagar los factores de la producción requeridos, comparado con el precio probable del producto. Y eso puede depender de una diversidad de consideraciones. En condiciones de competencia dependerá de las valoraciones que los consumidores hagan de las mercancías que pueden producirse con esos factores. Y si los costos son demasiado elevados, eso significa que los factores de producción pueden emplearse para producir otras mercancías que se estiman más. Si la oferta de un factor determinado está monopolizada, entonces los costos elevados pueden explicarse meramente porque quienes dominan el monopolio siguen una política que conduce a que alguno de los factores que dominan quede por una temporada sin ocupación. Pero, de todos modos, el proceso de la explicación final principia justamente donde termina la descripción de las condiciones técnicas.

---

<sup>45</sup> Los aceites combustibles producidos de carbón son un caso del que se habla mucho.

Esto nos trae, aunque con mayor conocimiento de sus consecuencias, a la proposición de la que partimos. Los economistas no están interesados en la técnica misma. Su interés por ella se explica simplemente porque es una de las influencias determinantes de la escasez relativa. Las condiciones de la técnica se "manifiestan" en las funciones de productividad del mismo modo que las condiciones del gusto se "manifiestan" en las escalas de las valoraciones relativas; pero ahí cesa la conexión. La Economía es un estudio de la disposición de mercancías escasas. Las técnicas de la producción estudian las propiedades "intrínsecas" de los objetos o de los seres humanos.

§ 5. De los argumentos expuestos en las secciones anteriores se concluye que el objeto de la Economía es, esencialmente, una serie de relaciones; por una parte, entre los fines concebidos como objetivos posibles de la conducta, y, por otra, el ambiente técnico y social. Los fines mismos no forman parte de ese objeto, como tampoco el ambiente técnico y social. Son las relaciones mutuas entre ellos, y no ellos mismos, lo que importa al economista.

Si se aceptara ese punto de vista, es posible una explicación de mucho alcance de la naturaleza de la historia económica y de lo que a veces se llama economía descriptiva, explicación que esclarece la relación mutua entre esas ramas del estudio y la economía teórica y suprime todos los posibles motivos de conflicto entre ellas. La naturaleza de la teoría económica es clara: es el estudio de las consecuencias formales de estas relaciones entre fines y medios dados diversos supuestos relativos a la naturaleza de los datos reales. La naturaleza de la historia económica no debiera ser menos evidente. Es el estudio de los ejemplos más importantes en que esas relaciones se manifiestan a través del tiempo. Es la explicación de las manifestaciones históricas de la "escasez". La teoría económica describe las formas, la historia económica la sustancia.

Así, pues, tanto por lo que se refiere a la historia como a la teoría económicas, no podemos ya clasificar los fenómenos en grupos y decir: éstos son la materia de tu rama de conocimiento y éstos no. El dominio de la historia económica, lo mismo que el de la teoría, no puede restringirse a una parte cualquiera de la corriente de acontecimientos sin hacer violencia a sus propósitos internos; pero no pretende descubrir comprensivamente esa corriente de acontecimientos, como no lo pretende ninguna otra clase de historia.<sup>46</sup> Se concentra en la descripción de un cierto aspecto de ella: una

---

<sup>46</sup> Acerca de la imposibilidad de una historia sin un principio selectivo, ver RICKERT, Kulturwissenschaft und Naturwissenschaft, 28-60.

red cambiante de relaciones económicas,<sup>47</sup> el efecto sobre los valores, en el sentido económico, de los cambios en los fines y en las oportunidades técnicas y sociales de lograrlos.<sup>48</sup> Si el economista teórico, manipulando su ábaco espectral de formas relaciones inevitables, puede consolarse con la reflexión de que todo esto puede caer dentro de sus categorías, el economista historiador, libre de la subordinación de otras ramas de la historia, puede tener la certeza de que no hay ningún segmento de la trama policroma de acontecimientos que pueda carecer de interés para sus investigaciones.

Unos cuantos ejemplos debieran aclarar este asunto. Tomemos ese vasto soliviantamiento que llamamos abreviadamente la Reforma. Para el historiador de la religión tiene importancia por su influencia sobre la doctrina y la organización eclesiásticas. Desde el punto de vista del historiador político, su interés reside en los cambios en la organización política: en las nuevas relaciones de gobernantes y gobernados y en el nacimiento de los estados nacionales a que dio lugar. Para el historiador de la cultura, lo tiene por los trascendentales cambios registrados en la forma y en el objeto del arte, así como por la liberación del espíritu para la investigación científica moderna. Pero para el historiador economista significa, sobre todo, cambios en la distribución de la propiedad, en las vías del comercio, en la demanda de pescado, en la concesión de indulgencias, en la incidencia de los impuestos. El historiador economista no está interesado en los cambios, en los fines y en los medios mismos. Le interesan en la medida en que afectan las series de relaciones mutuas entre medios y fines, su verdadera función de estudio.

---

<sup>47</sup> Cf. CUNNINGHAM: "La historia económica no es tanto el estudio de una clase especial de hechos como el estudio de todos los hechos desde un punto de vista especial (Growth of English Industry and Commerce, I, 8).

<sup>48</sup> Por lo que se refiere a la relación entre Teoría e Historia Económicas, ver HECKSCHER, "A Plea for Theory in Economic History" (Economic History, I, 525-35); CLAPHAM, Tite Study of Economic History, passim; MISES, "Soziologie und Geschichte (Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik, 61, 465-512). Puede decirse que la descripción que se hace arriba acerca de la naturaleza de la Historia Económica presenta un cuadro muy idealista de lo que se encuentra en la generalidad de los tratados de Historia Económica. Puede admitirse, además, que en el pasado la Historia Económica, lo mismo que la teoría, no siempre ha logrado sus propósitos de depurarse de elementos adventicios. En particular, es innegable que la influencia de la escuela histórica alemana fué la causa de la intrusión de toda clase de elementos éticos y sociológicos que no pueden entrar, ni tomando las palabras en su más amplio sentido, dentro de la Historia económica. También es verdad que ha habido una considerable confusión entre la Historia Económica y la interpretación económica de otros aspectos de la historia -en el sentido que más arriba se ha dado a la palabra "económico"- y entre la Historia Económica y la interpretación económica de la historia en el sentido de la interpretación materialista de la historia (ver § 6 de este capítulo). Pero me aventuro a sugerir que la corriente principal de la historia económica desde Fleetwood y Adam Smith hasta el profesor Clapham admite la interpretación dada aquí más consistentemente que ninguna otra.

Examinemos ahora un cambio en el proceso técnico de producción: la invención de la máquina de vapor o el descubrimiento del transporte por ferrocarril. Acontecimientos de esta clase, a semejanza de los cambios en los fines, presentan una variedad inagotable casi de aspectos. Tienen importancia para la historia de la técnica, para la historia de las costumbres, para la historia de las artes, y así ad infinitum. Mas para el historiador economista todos estos aspectos carecen de importancia excepto si suponen una acción y una reacción en su esfera de interés. La forma exacta de la primitiva máquina de vapor y los principios físicos en que descansaban no le conciernen como historiador economista, aun cuando en el pasado ha hecho a veces gala de un interés desordenado por semejantes asuntos. Para él tiene importancia porque afectó la oferta y la demanda de ciertos artículos y de algunos factores de la producción, porque afectó las estructuras de precios e ingresos de las comunidades en que fue adoptada.

Así, también, en el campo de la "economía descriptiva" -la historia económica del presente- el principal objeto es siempre la explicación de determinadas "relaciones de escasez", aun cuando la consecución de este objeto a menudo supone, necesariamente, investigaciones muy especializadas. En el estudio de los fenómenos monetarios, por ejemplo, con frecuencia nos vemos obligados a embarcarnos en investigaciones de gran carácter técnico o legal: la forma de conceder los sobregiros, las leyes relativas a la emisión de papel moneda. Estos casos son el foco de atención para el banquero y el abogado, pero para el economista, aunque un conocimiento exacto de ellas puede ser esencial para su propósito. La adquisición de ese conocimiento está subordinada por esencia a su propósito principal de explicar, en situaciones particulares, las potencialidades de los cambios de la oferta del medio de cambio. Lo técnico y lo legal sólo interesan al economista en la medida en que tienen este aspecto.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> Consideraciones de esta clase señalan los peligros muy reales de un afán exagerado de seccionar los estudios económicos. El campo de ellos se ha dividido en los últimos años en gran número de sectores. Tenemos institutos de economía agrícola, de economía de transportes, de economía minera, etc. Es indudable que esto es conveniente hasta cierto punto. Alguna división del trabajo es esencial en el dominio de la economía aplicada y como veremos más tarde, la teoría no puede aplicarse con ventaja a la interpretación de situaciones concretas a menos que esté informada a la perfección de los cambios que se operan en industrias determinadas; pero como la experiencia demuestra, las investigaciones seccionales que se conducen independientemente están expuestas a peligros muy graves: tienden a la sustitución gradual de los intereses económicos por los tecnológicos si no se ejerce una vigilancia continua. El toco de atención se desplaza y una serie de generalizaciones que sólo tienen una significación técnica, se disfrazan de economía, lo cual es fatal, pues dado que la escasez de los medios rige para todos los fines, se concluye que una visión adecuada de las influencias que gobiernan las relaciones sociales en sus aspectos económicos sólo puede lograrse considerando el sistema económico como un todo. Las

§ 6. Veamos, por último, la relación que sostiene con la célebre interpretación materialista o "económica" de la historia, pues desde el punto de vista que hemos adoptado pueden discernirse ciertas distinciones que no siempre se admiten con claridad.

Ya hemos visto que, aunque en el pasado se ha dado a la Economía lo que pudiéramos llamar una definición "materialista", su contenido no tiene en modo alguno semejante carácter. El cambio de definición que proponemos, lejos de necesitar un cambio del contenido, sirve tan sólo para hacer más comprensible el contenido presente. El "materialismo" de la economía era un pseudo-materialismo. En realidad no era materialista.

Podría pensarse que una situación similar prevalece respecto de la interpretación "económica" o materialista de la historia, que un mero cambio de marbete de esta doctrina sería suficiente para hacerla consecuente con la concepción moderna del análisis económico. Pero no es así. La llamada interpretación "económica" de la historia no sólo es "materia lista" en el nombre; lo es en todos sus aspectos, en la sustancia. Sostiene que todos los acontecimientos de la historia o, por lo menos, los fundamentales, son atribuibles a cambios "materiales", no en el sentido filosófico de que estos acontecimientos son parte del mundo material, ni tampoco en el psicológico de que las disposiciones psíquicas son meros epifenómenos de los cambios psicológicos -aunque Marx, por supuesto, habría aceptado estas posiciones-, sino en el sentido de que la técnica material de la producción condiciona la forma de todas las instituciones sociales y de que todos los cambios en las instituciones sociales son el resultado de los cambios en la técnica de la producción. La historia es el epifenómeno de los cambios técnicos. La historia de las herramientas es la historia de la humanidad.<sup>50</sup>

---

"industrias" no existen para sí mismas en el sistema económico. Su razón de ser es la existencia de otras, de manera que su suerte sólo puede comprenderse en relación con la red toda de las relaciones económicas. En consecuencia, los estudios consagrados exclusivamente a una industria u ocupación se exponen en seguida a perder contacto con lo esencial. Puede suponerse que su atención se halla enfocada al estudio de los precios y costos, pero continuamente tienden a degenerar en una tecnología de amateur o en meros datos contables. La existencia de este peligro, sin embargo, no quiere decir que dejen de hacerse esta clase de investigaciones; pero es muy importante reconocer con toda claridad su existencia. Aquí, como en todas partes, lo importante es mantener un equilibrio adecuado. Nuestro conocimiento sería muchísimo más pobre si no fuera por la existencia de diversos institutos especializados en algunas investigaciones concretas; pero muchos graves errores podrían haberse evitado si los que las realizan hubieran tenido presente el concepto de lo que es importante económicamente hablando.

<sup>50</sup> Las distinciones que empleo en lo que sigue son muy semejantes a las usadas por el Dr. STRIGL (op. cit., 158-161). La diferencia de énfasis puede atribuirse al propósito diverso de exposición. El Dr. Strigl trata de exhibir la interpretación materialista como una teoría primitiva de lo que él llama Datenänderung. Por consiguiente, tiende a menospreciar su deficiencia al no querer tomar en

Ahora bien, correcta o equivocada, esta doctrina es ciertamente materialista y, sin duda, no se deriva de la Ciencia Económica que conocemos. Sostiene muy definitivamente que no sólo los cambios técnicos provocan modificaciones en las relaciones de escasez y en las instituciones sociales en general, proposición ésta que sería armónica con el análisis económico moderno, sino también que todos los cambios en las relaciones sociales se deben a cambios técnicos, proposición de carácter sociológico ajena del todo al alcance de las generalizaciones económicas. Supone decididamente que todos los cambios de fines, de valoraciones relativas, están condicionados por cambios en las potencialidades técnicas de la producción; es decir, supone que las valoraciones últimas son tan sólo un subproducto de las condiciones técnicas. Si éstas se alteran, los gustos y todo lo demás se altera. Si no cambian entonces los gustos y todo lo demás no se modifican. No hay cambios autónomos en el aspecto de la demanda.

Los que ocurran deben atribuirse, en último análisis, a los cambios del mecanismo técnico de la oferta. No existe un aspecto "psicológico" (o, para el caso "fisiológico") independiente de la escasez. Los hombres, sin miramiento de sus características fundamentales, innatas o adquiridas, cuando se desenvuelven en ambientes técnicos similares, poseen hábitos e instituciones similares. Esto puede ser correcto o equivocado, palabrería hegeliana o visión profunda de cosas que, por el momento, no son susceptibles de análisis científico, pero lo cierto es que eso no se puede deducir de ninguna ley de la teoría económica. Es una declaración de carácter general acerca de los motivos de la conducta humana que, desde el punto de vista de la Ciencia Económica, es del todo gratuita. El marbete de "materialista" encaja perfectamente en la doctrina; no así el de "económica". La Economía puede bien proporcionar un instrumento valioso para la explicación de la historia; pero nada hay en el análisis económico que nos autorice a afirmar que toda la historia puede explicarse en términos "económicos", si "económico" se usa como equivalente de lo técnicamente material. La interpretación materialista de la historia se ha llegado a llamar interpretación económica porque se creyó que el objeto de la Economía era estudiar las "causas del bienestar material". Una vez que se admita que ese no es el caso, la interpretación materialista debe sostenerse o rechazarse como tal. La Ciencia Económica no presta ningún punto de apoyo a sus doctrinas, ni supone las conexiones que aquélla establece. Los cambios en

---

cuenta los cambios en las valoraciones últimas, excepto en una forma derivativa de los cambios de la oferta. Por mi parte, deseo demostrar la distinción fundamental entre cualquier explicación de la historia que resulte del análisis económico que conocemos y la explicación que presenta la interpretación materialista. Por consiguiente, saco a luz este punto particular. No creo que el Dr. Strigl ponga en duda la lógica de mis distinciones, como tampoco objetaría yo el interés de su analogía.

las valoraciones relativas son datos desde el punto de vista de la Ciencia Económica.<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> Es verdad que puede sostenerse que una Comprensión cabal del análisis económico conduce a presunciones contra la interpretación materialista. Una vez que se entiende cómo los cambios de la técnica influyen directamente sobre el volumen de la demanda, es extraordinariamente difícil postular cualquier conexión necesaria entre los cambios técnicos y los cambios autónomos de la demanda. Semejante actitud de escepticismo frente a la teoría marxista no supone la negación del materialismo metafísico, aunque tampoco supone su aceptación. Supone tan sólo rechazar la creencia de que las causas que influyen el gusto y otras cosas son técnicas por naturaleza. El más intransigente behaviorista encontraría inobjetable la creencia de que en este sentido el materialismo técnico es una verdad a medias muy equívoca.

### III. RELATIVIDAD DE LAS "MAGNITUDES" ECONÓMICAS

§ 1. La escasez de determinados medios para la consecución de determinados fines condiciona, como hemos visto, el aspecto de la conducta que constituye el objeto de la Economía. Es claro, por consiguiente, que la condición de escasez de los bienes no es "absoluta". La escasez no significa una mera falta de frecuencia, sino limitación con respecto a la demanda. Los buenos huevos son escasos porque, teniendo en consideración su demanda, no son bastantes para satisfacerla; pero los huevos podridos que, esperémoslo, son muy pocos, no son escasos en el sentido que le damos a la palabra. Son redundantes. De esta concepción de la escasez se obtienen inferencias tanto para la teoría como para la práctica que procuraremos aclarar en este capítulo.

§ 2. De todo lo que hemos dicho hasta ahora se desprende que la concepción de un bien económico es, por necesidad, puramente formal.<sup>52</sup> No hay cualidad que haga de las cosas bienes económicos si se les considera fuera de sus relaciones con el hombre. Tampoco la hay que dé a los servicios un carácter económico si se desligan del fin a que sirvan. El hecho de que una cosa o un servicio sean bienes económicos depende enteramente de su relación con las valoraciones.

Así, la riqueza<sup>53</sup> no lo es por sus cualidades sustanciales, sino porque es escasa. No puede definirse la riqueza en términos físicos como pueden serlo los alimentos en función de vitaminas o de su valor en calorías. La riqueza es, por esencia, un concepto relativo. Para la comunidad de ascetas a que nos referimos en el capítulo anterior pueden existir tantos bienes de ciertas clases que en relación con la demanda de ellos cabría considerarlos gratuitos y no riqueza en sentido estricto. La comunidad de sibaritas puede resultar pobre en circunstancias similares, lo que quiere decir que los mismos bienes pueden ser bienes económicos.

De igual manera, cuando se piensa en la capacidad productiva en el sentido económico, no se quiere expresar algo de carácter absoluto susceptible de computarse físicamente. Quiere decirse capacidad de satisfacer determinada

---

<sup>52</sup> Por supuesto que las concepciones de cualquier ciencia pura son por necesidad puramente formales. Sólo obtendríamos una orientación general si intentáramos describir la Economía por deducción de los principios metodológicos generales, en lugar de describirla como resulta de considerar lo que es esencial en su objeto; pero es interesante observar cómo, arrancando de la inspección de un aparato que realmente existe para resolver problemas concretos, llegamos al fin, por las necesidades de una descripción exacta, a concepciones de plena conformidad con lo que se espera de una metodología pura.

<sup>53</sup> El término riqueza se usa aquí como equivalente de un flujo de bienes económicos; pero creo que es claro que ofrece grandes desventajas el usarlo así. Sería bien paradójico tener que sostener que la riqueza disminuiría si los bienes económicos, gracias a su multiplicación, llegaran a convertirse en bienes "gratuitos". Por eso en cualquier delimitación rígida de la Economía el término riqueza debería evitarse. Aquí se le usa simplemente para esclarecer las consecuencias de las proposiciones un tanto remotas del párrafo precedente para fines de discusión diaria.

demanda, de manera que si esa demanda cambia, la capacidad productiva, en este sentido, cambia también.

Un vívido ejemplo de lo que esto significa nos lo proporciona el informe de Winston Churchill respecto a la situación frente a la cual se hallaba el Ministerio de Armamento a las once de la mañana del 11 de noviembre de 1918, momentos en que se firmaba el armisticio. Inglaterra, después de años de esfuerzos, había alcanzado una organización suficiente para producir materiales de guerra en cantidades sin precedente. Programas enormes de producción se hallaban en diversas etapas. De pronto la situación cambió totalmente. La "demanda" sufrió un colapso: las necesidades de la guerra llegaban a su fin. ¿Qué hacer? Churchill informa que para evitar un cambio brusco se dieron instrucciones de que se terminara todo el material que hubiese sufrido ya el 60% de su transformación. "Así, pues, durante varias semanas después de terminada la guerra nuestras fábricas continuaron vomitando grandes cantidades de artillería y de todos los materiales de guerra."<sup>54</sup> "Era un despilfarro -agrega-, pero acaso prudente." Correcta o no esta última afirmación, nada tiene que ver con el problema que se examina. Lo importante es que lo que a las 10.55 de esa mañana era riqueza y capacidad productiva, a las 11.5 había dejado de serlo, convirtiéndose en una "des-riqueza", en un estorbo y en una fuente de desperdicio social. La sustancia no había cambiado: las armas eran las mismas; igual la potencialidad de las máquinas. Todo era exactamente igual, desde el punto de vista de los técnicos; mas todo era diferente para el economista. Cañones, explosivos, tornos, retortas, todo había sufrido un cambio tremendo. Los fines habían cambiado. La escasez de los medios era diferente.<sup>55</sup>

§ 3. La proporción que acabamos de examinar, concerniente a lo que puede llamarse la relatividad de las "magnitudes económicas", tiene importancia para diversos problemas de economía aplicada; tanta, en efecto, que vale la pena interrumpir de vez en cuando el curso de nuestra explicación principal con objeto de examinarlos con mayor amplitud. No puede ilustrarse mejor la forma en que los principios de la teoría pura facilitan la comprensión del significado de los problemas concretos.

---

<sup>54</sup> The World Crisis, v, 33-35.

<sup>55</sup> Quizá valga la pena hacer observar cómo nuestra práctica difiere en este punto de la que parece desprenderse del procedimiento del profesor Cannan, quien, después de definir la riqueza como bienestar material, tendría lógicamente que sostener que los ingleses no producían durante la guerra. El profesor Cannan sale de la dificultad sosteniendo que lo que produjeron eran productos, no bienestar material. (Repaso a la Teoría Económica, 46.) Desde el punto de vista de las definiciones que hemos adoptado, no se concluye que dejaran de producir, sino simplemente que no producían para satisfacer las mismas demandas que en la época de paz. Desde cualquiera de estos puntos de vista resulta clara la incompatibilidad de las estadísticas materiales de la guerra y de la paz; pero, desde el nuestro, resalta con mayor claridad la persistencia de las leyes económicas formales.

En las discusiones contemporáneas acerca de la producción en serie se halla un ejemplo conspicuo de un tipo de problema que sólo puede resolverse satisfactoriamente con la ayuda de las distinciones que hemos venido desarrollando. Esa conquista espectacular subyuga hoy las inteligencias profanas. La producción en serie se ha convertido en un cúralotodo, en un sésamo ábrete. Los ojos asombrados del mundo se vuelven hacia Ford el salvador. Se proclama el más competente de los economistas a quien ha estado boquiabierto mayor tiempo ante los transportadores de Detroit.

Por supuesto que ningún economista en sus cabales desearía negar la importancia que tienen para la civilización actual las posibilidades de la técnica manufacturera moderna. Los cambios técnicos que entregan a la puerta, aun a la de personas comparativamente pobres, los automóviles, los gramófonos y los radios, son en verdad cambios trascendentales. Pero apreciando su significado en relación con un grupo determinado de fines, es muy importante tener presente esta distinción, que las definiciones propuestas en este capítulo explican, entre la mera multiplicación de los objetos materiales y la satisfacción de la demanda. Para usar una jerga conveniente, es importante tener presente la distinción entre la productividad técnica y la de valores. La producción en serie de ciertos artículos, independientemente de la demanda de ellos, por eficiente que sea desde el punto de vista técnico, no por fuerza es "económica". Como ya hemos visto, existe una diferencia fundamental entre los problemas técnicos y los económicos.<sup>56</sup>

Podemos tener como evidente que la especialización del hombre y de la maquinaria conduce a la eficiencia técnica dentro de ciertos límites (los cuales, por supuesto, cambian cuando se modifican las condiciones de la técnica). Pero la medida en que semejante especialización es económica depende por esencia de la amplitud del mercado, es decir, de la demanda.<sup>57</sup> Cometería un desatino el herrero de una comunidad pequeña y aislada que se especializara en hacer un cierto tipo de herraduras con el fin de lograr las ventajas de la producción en serie. Después de haber hecho un número limitado de herraduras de una medida, sin duda sería mejor que dedicara su tiempo a producir herraduras de otros tamaños, es decir, unidades adicionales de las que serán solicitadas con mayor urgencia que otras de las que ya ha producido una cantidad grande.

Lo mismo acontece en el mundo entero en un momento determinado; hay límites bien definidos dentro de los cuales la producción en serie de una mercancía de cierto tipo, con exclusión de otros, se ajusta a la demanda de los consumidores. Si esa producción se lleva más allá de estos límites, no sólo habrá despilfarro en el sentido de que la capacidad productiva se usa para producir bienes de menor

---

<sup>56</sup> Ver antes pp. 57-64.

<sup>57</sup> Allyn YOUNG, "Increasing Returns and Economic Progress" (Economic Journal, XXXVIII, 528-542). Sobre el sentido en que es correcto usar el término "económico" en relación con esta cuestión, ver el cap. VI.

valor de los que podrían producirse, sino que también habrá pérdidas de carácter financiero para la empresa productora de que se trate. Una de las paradojas de la historia del pensamiento moderno es que en una época en que el crecimiento desproporcionado de ciertas ramas de la producción ha forjado más caos en el sistema económico que en ninguna otra anterior, surja la ingenua creencia de que con la producción en serie saldremos de nuestras dificultades recurriendo a ella siempre que sea técnicamente posible sin parar mientes en las condiciones de la demanda. Es la venganza de la adoración de la máquina, la parálisis del intelecto en un mundo de técnicos.

Esta confusión entre potencialidad técnica y valor económico que, según una frase del profesor Whitehead, podemos llamar la "falacia de la concreción fuera de lugar",<sup>58</sup> también inspira ciertas nociones, que hoy día prevalecen sin razón, respecto del valor del capital fijo. Se cree con frecuencia que el hecho de que grandes cantidades de dinero hayan sido inmovilizadas en ciertas formas de capital fijo hace inconveniente que caiga en desuso si cambia la demanda del consumidor, o si un invento técnico permite satisfacerla en forma más lucrativa. Esta creencia es completamente engañosa si se supone que el criterio de la organización económica es el de la satisfacción de la demanda. Si compro un boleto de ferrocarril para trasladarme de Londres a Glasgow y a la mitad de mi viaje recibo un telegrama anunciándome que la cita deberá tener lugar en Mánchester, no me conduzco racionalmente si continúo mi viaje hacia el norte sólo porque he "invertido capital" en el boleto, capital que ya no puedo recuperar. Es cierto que el boleto sigue siendo "eficiente técnicamente", puesto que me concede el derecho de ir hasta Glasgow; pero ahora mi destino ha cambiado. La facultad de continuar mi viaje hacia el norte ha dejado de tener todo valor para mí. Continuarlo sería irracional. En Economía, como ya lo hacía notar Jevons, lo pasado ha pasado para siempre.

Se hacen consideraciones exactamente similares cuando se trata del actual estado de la maquinaria para cuyos productos ha cesado la demanda o que ha dejado de ser tan costeable, teniendo en cuenta cuanto sea menester, como otras clases de maquinaria. Aun cuando ésta pueda ser tan eficiente técnicamente como lo fué antes de esos cambios, su situación económica, no obstante, es diferente.<sup>59</sup> Es indudable que la disposición de los recursos habría sido diversa de haberse previsto el cambio de la demanda o de las condiciones de costo que

---

<sup>58</sup> Science and the Modern World, 64.

<sup>59</sup> Compárese con PIGOU, Economics of Welfare (3a ed.), 190-192; la Economía del Bienestar, Madrid, Aguilar. Quizá valga la pena hacer notar que la mayor parte de las discusiones contemporáneas del llamado problema de los transportes omite por completo estas consideraciones elementales. Si existe un subsidio oculto para los autotransportes por la vía del presupuesto de gastos públicos para caminos, es cuestión que atañe al ministro de Hacienda. No es un buen argumento para hacer que el público viaje en tren cuando prefiere hacerlo por carretera. Si queremos conservar los ferrocarriles que son incosteables dentro de las condiciones actuales de la demanda, debemos concederles un subsidio como si se tratara de monumentos antiguos.

condujeron al desalojamiento. En este aspecto no carece de sentido hablar de despilfarro debido a la ignorancia, aunque para ello existen dificultades. Pero una vez que el cambio ha ocurrido lo que ha sucedido antes es del todo indiferente, y es un despilfarro seguir tomándolo en consideración. El problema consiste en ajustarse a la nueva situación. Cuando se hayan tenido en cuenta todas las críticas fundadas a la teoría subjetiva del valor, quedará como uno de sus méritos inconmovibles el enfocar su atención sobre este hecho tan importante para la economía aplicada como lo es en la más pura de las teorías.

Podemos examinar ciertos equívocos en relación con los efectos económicos de la inflación como un último ejemplo de la importancia que para la Economía aplicada tienen las proposiciones que hemos estado considerando. Es un hecho bien conocido que durante los períodos de inflación existe a menudo, por un tiempo, una extraordinaria actividad en las industrias de la construcción. Los tipos de interés artificialmente bajos sirven con frecuencia de estímulo a la reparación general del capital fijo. Se construyen nuevas fábricas; las viejas se reequipan. Esta actividad extraordinaria y espectacular fascina al lego de modo que cuando se discuten los efectos de la inflación no pocas veces se le atribuye esto como una de sus virtudes. Cuántas veces se oye decir, por ejemplo, que si la inflación alemana fué bastante penosa mientras existió, por lo menos hizo posible que la industria alemana se proveyera de un nuevo equipo. En efecto, nada menos que el profesor F. B. Graham ha prestado su autoridad a esta misma opinión.<sup>60</sup>

Pero, por razonable que todo esto parezca, se funda en la misma cruda concepción materialista que las otras falacias que hemos examinado. Pues la eficiencia de cualquier sistema industrial no consiste en la existencia de grandes cantidades de modernísimo equipo sin miramiento de la demanda de sus productos o del precio de los factores de la producción necesarios para su explotación lucrativa, sino en el grado de adaptación de la organización de todos los recursos con miras a satisfacer la demanda. Ahora bien, puede demostrarse<sup>61</sup> que durante las épocas de inflación los tipos de interés artificialmente bajos tienden a alentar la expansión de ciertas clases de producción capitalista en tal medida que, al agotarse el estímulo, no es posible seguir operándolas lucrativamente. Los recursos líquidos se disipan y se extinguen al mismo tiempo. Cuando la crisis viene, el sistema se para en seco con una carga de capital fijo demasiado costosa para hacerlo funcionar lucrativamente y con una

---

<sup>60</sup> Exchange, Prices and Production in Hyperinflation: Germany 1920-23, 320: "Por lo que se refiere a la producción, las estadísticas dan un escaso apoyo para sostener que los males de la inflación no fueron otros que males de la distribución." El profesor Graham admite de mala gana en su conclusión que "la inversión en bienes duraderos tomó un aspecto extraño en las etapas posteriores de la inflación", aun cuando parece creer que la "calidad" del equipo puede deteriorarse sin detrimento de su "cantidad".

<sup>61</sup> Ver MISES, Teoría del Dinero y del Crédito (Madrid: Aguilar, 1936), v; HAYEK, La Teoría Monetaria y el Ciclo Económico (Madrid: Espasa-Calpe, 1936), y Prices and Production; STRIGL, "Die Produktion Unter der Einflusse einer Kreditexpansion" (Schriften des Vereins für Sozialpolitik, 173, 187-211).

merina relativa de "capital líquido" que origina que el tipo de interés sea inflexible y opresivo. La magnífica maquinaria que tanto impresionó a los corresponsales de periódicos sigue allí, pero sus ruedas no producen ninguna ganancia. El material está allí; pero ha perdido su importancia económica. Consideraciones de esta clase pudieron haberse estimado muy lejanas de la realidad durante la época de la inflación alemana o en la de la estabilización; pero comienzan a parecer menos paradójicas después de algunos años de una "escasez de capital" crónica en ese desdichado país.<sup>62</sup>

§ 4. Ya es tiempo de volver a consideraciones más abstractas. Tenemos que examinar ahora la influencia de nuestras definiciones sobre el significado de la Estadística Económica.

Esta emplea dos clases de unidades de cálculo: unidades físicas y unidades de valor. El cómputo se hace por peso y recuento o por valuación, es decir, por toneladas de carbón o por el valor en libras esterlinas que tiene ese carbón. ¿ Qué sentido debe atribuirse a estos cómputos desde el punto de vista del análisis económico?

Lo que ya se ha dicho es suficiente en cuanto al cómputo físico. No es necesario elaborar aún más la proposición de que el cómputo físico puede ser impecable como un registro de los hechos, y, hasta cierto punto, útil, no obstante que para el economista no tenga otra significación que la de una valoración relativa. Sin duda que, admitiendo cierta permanencia empírica de las valoraciones relativas, algunas series físicas tienen una significación directa para la economía aplicada; pero esto es un accidente desde el punto de vista lógico. El significado de las series depende siempre de las valoraciones relativas.

Por lo que se refiere al cómputo en unidades de valor, existen otras dificultades más sutiles que debemos resolver.

Los precios de las diferentes mercancías y factores de la producción son, de acuerdo con la moderna teoría del precio, expresión de una escasez relativa o, en otras palabras, valoraciones marginales.<sup>63</sup> Puede concebirse que, dada una distribución inicial de los recursos, cada individuo que entra en el mercado posee una escala de valoraciones relativas, de manera que el juego del mercado sirve para que se armonicen las escalas individuales y la del mercado, según se expresan en precios relativos.<sup>64</sup> Los precios, por consiguiente, expresan en dinero una gradación de los diversos bienes y servicios que afluyen al mercado. Un

---

<sup>62</sup> Ver BONN, Das Schicksal des Deutschen Kapitalismus, 14-31; BRESCIANI-TURRONI, Il Vicendi del Marco Tedesco.

<sup>63</sup> Ver capítulo IV, § 2.

<sup>64</sup> Para una descripción cabal de este proceso, ver especialmente WICKSTEED, Commonsense of Political Economy, 212-400.

precio dado, en consecuencia, sólo tiene sentido en relación con otros precios en vigor en ese momento. Nada significa tomado en sí mismo. Sólo significa algo en la medida en que expresa en dinero cierto orden de preferencias. Como ya lo decía Samuel Bailey hace más de cien años: "Del mismo modo que no podemos hablar de la distancia de un objeto sin referirlo a otro con el cual se relaciona, tampoco podemos hablar del valor de una mercancía sino con referencia a otra con la cual la comparamos. Una cosa no puede ser valiosa por sí misma, sin referirla a otra, del mismo modo que una cosa no puede estar distante por sí misma, sin referirla a otra".<sup>65</sup>

De esto se concluye que el término "magnitud económica", que, por razón de continuidad y para sugerir ciertas asociaciones definidas hemos usado ahora en este capítulo, es, en realidad, muy equívoco. Es verdad que el precio expresa la cantidad de dinero que se precisa dar para obtener a cambio una determinada mercancía, aunque su importancia es la relación entre esta cantidad de dinero y otras cantidades similares. Y las valuaciones que el sistema de precios expresa no son, en manera alguna, cantidades; son un arreglo de cierto orden. Es completamente innecesario suponer que la escala de precios relativos mide otra cosa que no sean cantidades de dinero. El valor es una relación, no una medida.<sup>66</sup>

Pero si esto es así, se deduce que sumar los precios o ingresos individuales para constituir agregados sociales es una operación con un significado muy limitado. Los precios e ingresos, considerados singularmente, son susceptibles de ser sumados como cantidades de dinero gastado, y el total tendrá una significación monetaria definida; pero no lo son como expresión de un orden de preferencias, de una escala relativa. Su suma carece de significado. Lo tienen tan sólo en relación uno con otro. La estimación del ingreso social puede tener un significado preciso para la teoría monetaria; pero más allá de ese límite, sólo tiene una importancia convencional.

Es importante comprender con exactitud tanto el alcance como las limitaciones de esta conclusión. Quiere decir que una suma comprensiva de precios no significa sino una corriente de pagos en dinero. Tanto el concepto del ingreso mundial expresado en dinero como el del ingreso nominal nacional tienen una significación

---

<sup>65</sup> A Critical Dissertation on Value, 5.

<sup>66</sup> Es fundamental percibir la naturaleza ordinal de las valuaciones que un precio supone. Es difícil exagerar su importancia. Con una navajada de Occan se expulsan para siempre del análisis económico los últimos vestigios de! hedonismo psicológico. La concepción se halla implícita en el uso que hace Menger del término Bedeutung en su exposición de la teoría del valor, aunque el mérito principal de su presentación explícita y de su elaboración subsecuente corresponde a escritos posteriores. Ver especialmente CUHEL, Zur Lehre von den Bedürfnissen, 186-216; PARETO, Manuel d'Économie Politique, 540-42, y HICKS y ALLEN, "A Reconsideration of the Theory of Value" (Economica, 1934, 51-76). En este importante artículo se demuestra que las más refinadas concepciones de la teoría del valor, complementaridad, sustituibilidad, etc., pueden abordarse sin recurrir a la noción de una función de utilidad determinada.

estricta sólo para la teoría monetaria: el uno en relación con la teoría general del cambio indirecto; el otro con la teoría ricardiana de la distribución de los metales preciosos. Pero, por supuesto, esto no excluye una importancia convencional. Si queremos suponer que las preferencias y la distribución no cambian rápidamente dentro de períodos cortos y que ciertas variaciones de precios pueden considerarse particularmente significativas para la mayoría de los sujetos económicos, entonces podemos conceder sin duda alguna a los movimientos de esos agregados un cierto significado arbitrario que no deja de tener aplicación en algunos casos. Y los mejores estadísticos es todo lo que reclaman para tales estimaciones. Lo único que deseamos es subrayar la naturaleza esencialmente arbitraria de los supuestos necesarios. No tienen una exacta contrapartida en la realidad y tampoco se derivan de las principales categorías de la teoría pura.

Podemos percibir el alcance de todo ello si consideramos por un momento el uso que puede hacerse de semejantes agregados al examinar los probables efectos de cambios drásticos en la distribución. De tiempo en tiempo se hace un cómputo del ingreso nominal total que se acumula en un sector determinado y, con apoyo en esos totales, se hacen estimaciones de los efectos de grandes cambios en una dirección igualitaria. Los intentos más conocidos de este tipo son las estimaciones que han hecho el profesor Bowley y sir Josiah Stamp.<sup>67</sup>

Ahora bien, en la medida en que tales estimaciones se contraen a determinar el monto inicial de poder de gasto disponible para la redistribución, son valiosas e importantes. Y esto es, naturalmente, todo lo que han pretendido los distinguidos estadísticos que las han presentado. Más allá de este límite resulta fútil atribuirles una significación precisa, pues, por el hecho mismo de la redistribución, las valoraciones relativas se alterarían por fuerza. El conjunto del aparato productivo sería diferente. La corriente de bienes y servicios tendría una composición diversa. En efecto, si pensamos un poco más en el problema, podemos ver que un cálculo de esta clase tendrá que sobreestimar muy burdamente la cantidad de fuerza productiva que semejantes cambios pondrían en libertad, pues una proporción importante de los elevados ingresos de los ricos se debe a la existencia de otros ricos. Los abogados, los médicos, los propietarios de precios únicos, etc., disfrutaban de ingresos elevados porque existen otras personas con grandes ingresos que estiman sus servicios en mucho. Si se redistribuyen los ingresos nominales, su lugar en la escala relativa sería completamente diferente, aunque la eficiencia técnica de los factores afectados fuera igual. Con un volumen constante de dinero y con una velocidad constante de la circulación, es casi seguro que el principal resultado inicial sería una elevación de los precios de los artículos que consume la clase trabajadora. Los cómputos en dinero -pesimistas como suele frecuentemente suponérseles- tienden a encubrir esa conclusión, tan obvia como resulta del censo de ocupaciones. Si computamos la proporción de la población que por ahora produce ingresos reales para el rico y que podría destinarse a producir un ingreso real para el pobre, veríamos con facilidad que el aumento disponible sería insignificante. Es probable que caigamos en la exageración si

---

<sup>67</sup> BOWLEY, The Division of the Product of Industry; STAMP, Wealth and Taxable Capacity.

ensayamos obtener mayor precisión mediante cálculos hechos en dinero, y cuanto mayor sea el grado de desigualdad inicial, mayor será el grado de exageración.<sup>68</sup>

§ 5. Otra consecuencia del concepto del valor como expresión de un orden de preferencia es que las comparaciones de los precios no tienen un significado exacto, a menos que sea posible el cambio entre las mercancías cuyos precios se comparan.

De ahí se concluye que comparar los precios de una mercancía determinada en diferentes épocas del pasado es una operación que, por sí misma, no da necesariamente resultados que tengan un significado nuevo. El hecho de que el pan costara el año pasado 5 centavos y éste cueste sólo 3, no significa por fuerza que la escasez relativa del pan durante este año sea menor que la escasez relativa del mismo el año pasado. Lo que tiene interés no es la comparación entre los 5 centavos del año anterior y los 3 de éste, sino la comparación entre los 5 centavos y el resto de los precios del año pasado, y la comparación entre los 3 centavos y los otros precios de! año actual, pues son éstas las relaciones que trascienden a la conducta; son las únicas que suponen un sistema unitario de valoraciones.<sup>69</sup>

En una época se creyó que podrían evitarse estas dificultades corrigiendo los precios individuales por razón de las variaciones en el "valor del dinero". Y puede admitirse que esas correcciones bastarían si permanecieran inalterables las relaciones entre cada mercancía y todas las demás, excepto la que se considera, alterándose tan sólo la oferta del dinero y la de manda u oferta de esa mercancía particular. Es decir, si las relaciones originales de los precios fueran:

---

<sup>68</sup> Esto, por supuesto, no es necesariamente así. Si en lugar de gastar sus ingresos en los costosos servicios de doctores, abogados, etc., el rico tuviera la costumbre de gastarlos para sostener un amplio séquito de allegados a quienes sostuvieran los esfuerzos de otros, el cambio en los ingresos nominales podría liberar factores que, desde el punto de vista de las nuevas condiciones de la demanda, representarían mucha capacidad productiva. Pero, en realidad, no ocurre en esa forma. Aun si el rico mantiene, en efecto, un gran séquito, sus cortesanos dedican la mayor parte de su tiempo a cuidarse los unos de los otros. Cualquiera que haya vivido en una casa en que hubiera más de un sirviente reconocerá la fuerza de esta consideración.

<sup>69</sup> El examen clásico de todo esto sigue siendo todavía el capítulo de Samuel BAILEY, "Sobre la comparación de mercancías en diferentes épocas" (op. cit., 71-93). Bailey exagera a tal grado que no menciona las relaciones del valor anticipadas a través del tiempo; pero su posición es inexpugnable en todo lo demás y sus demostraciones son de lo más elegante que pueda hallarse en el campo todo del análisis teórico. Aun el más blasé puede resistir apenas un estremecimiento ante la exquisita delicadeza con que exhibe las ambigüedades de la primera proposición de los Principios de Ricardo. Uno de los daños efectivos que se han causado al progreso de la Ciencia Económica, por solidaridad con los clásicos ingleses, y quizá por sus ataques a Ricardo y a Malthus, es haber dejado en el olvido la obra de Bailey. Difícilmente puede tomarse por una exageración sostener que la teoría de los números índices se emancipa apenas hoy de los errores en que no habría caído de haber atendido a la proposición fundamental de Bailey.

$$P_a=P_b=P_c=P_d=P_e\dots\dots \quad (1)$$

y en el siguiente período:

$$P_a=\frac{1}{2}P_b=\frac{1}{2}P_c=\frac{1}{2}P_d=\frac{1}{2}P_e\dots\dots\dots \quad (2)$$

entonces la cuestión sería simple y la comparación tendría algún sentido. Pero semejante relación es imposible excepto como resultado de una serie de accidentes compensatorios. Esto no se debe tan sólo a que la demanda y las condiciones de la producción de las otras mercancías pueden cambiar, sino a que casi cualquier cambio concebible, real o monetario, acarrea diferentes cambios en la relación de un bien particular frente a cada una de las otras mercancías. Es decir, que excepto en el caso de un accidente compensatorio, cualquier cambio conducirá no a un nuevo conjunto de relaciones del mismo orden de la ecuación (2), sino más bien a un conjunto de relaciones del orden siguiente:

$$P_a=\frac{1}{2}P_b=\frac{1}{4}P_c=\frac{3}{4}P_d=P_e\dots\dots\dots \quad (3)$$

Desde hace tiempo se ha admitido que ésta debe ser la situación cuando hay cambios reales. Si la demanda de a cambia, es muy improbable que la demanda de b, c, d, e,... cambie en una forma tal que el cambio de la relación entre a y b sea equivalente al cambio de la relación entre b y c . . . y así sucesivamente. Con los cambios de la técnica los factores de la producción que se liberan de la producción de a no se distribuirán probablemente entre b, e, d, en proporciones tales que se conserve  $P_b:P_c::P_c:P_d\dots$ . Pero, como puede demostrarse por un razonamiento muy elemental,<sup>70</sup> lo mismo sucede cuando se trata de cambios "monetarios". Es casi imposible concebir un cambio "monetario" que no afecte en forma diferente los precios relativos; pero si así fuera, la idea de una "corrección" precisa de los cambios de precios en el tiempo es ilusoria.<sup>71</sup> La conclusión de Samuel Bailey sigue siendo válida: "Cuando decimos que un artículo tuvo en una

---

<sup>70</sup> Ver sobre todo HAYEK, Prices and Production, III.

<sup>71</sup> No siempre se admite que la dificultad de atribuir un significado preciso a la idea de los cambios de valor cuando hay más de dos mercancías y las relaciones de cambio entre una y el resto no cambian en la misma proporción, no se limita a la idea de cambios en el "valor del dinero". El problema de concebir cambios en el "poder adquisitivo" del lingote de hierro es tan insoluble como el de concebir cambios en el poder adquisitivo del dinero. La diferencia es de carácter práctico. El hecho de que las valuaciones relativas determinen la producción hace innecesario preocuparse para fines prácticos de los cambios de poder adquisitivo del lingote de hierro, mientras que, por toda clase de razones, unas buenas, otras malas, estamos obligados a preocuparnos bastante de los efectos de los cambios "monetarios".

época tal valor, queremos decir que se cambiaba por una cantidad determinada de otra mercancía; pero la expresión es inaplicable al hablar de una sola mercancía en dos épocas diversas".<sup>72</sup>

Es importante entender el significado exacto de esta proposición. No niega la posibilidad de relaciones de precios intertemporales. Es bien claro que en todo momento la anticipación de lo que serán los precios futuros influye de manera inevitable en las valoraciones actuales y en las relaciones mutuas de los precios.<sup>73</sup>

Es posible cambiar bienes presentes por bienes futuros, y puede concebirse una dirección equilibrada de los cambios de precios a través del tiempo. Esto, además de cierto, es importante; pero aun cuando hay y debe haber una conexión entre los precios actuales y las previsiones de los precios futuros, no existe una conexión necesaria o una relación recíproca de valor importante entre los precios actuales y los pasados. La concepción de una relación de equilibrio a través del tiempo es hipotética. Sólo puede entenderse en la medida en que las previsiones resulten justificadas. Los datos cambian a lo largo de la historia, y aun cuando en cada momento puede haber tendencias hacia un equilibrio, no obstante, ese equilibrio hacia el cual se encaminan esas tendencias no es el mismo de momento a momento. Existe una asimetría a través del tiempo. El futuro -es decir, el futuro aparente- afecta al presente; pero el pasado no viene al caso. Los efectos del pasado son ahora, simplemente, parte de los datos. Por lo que se refiere al acto de valoración, lo pasado es para siempre pasado.

Aquí, de nuevo, como en el caso de las consideraciones que hicimos respecto de los agregados, no se tiene la intención de negar la utilidad práctica y la importancia de las comparaciones de ciertos precios en el tiempo, o el valor de las "correcciones" de estos precios con ayuda de números índices convenientemente preparados. No se discute seriamente que la técnica de los números índices es de gran utilidad práctica para ciertas cuestiones de economía aplicada, por una parte y, por otra, para la interpretación de la historia. No se niega que pueda llegarse a conclusiones prácticas importantes dada la inclinación a hacer suposiciones arbitrarias respecto al significado de ciertos precios. Todo lo que se desea subrayar es que semejantes conclusiones no se derivan de las categorías de la teoría pura y que por fuerza presuponen un elemento convencional que depende de suponer cierta constancia empírica de los datos<sup>74</sup> o de juicios arbitrarios de

---

<sup>72</sup> Op cit., 72.

<sup>73</sup> Ver FETTER, *Economic Principles*, 101 ss. y 235-277. También HAYEK, "Das Intertemporales Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des Geldwertes" (*Weltwirtschaftliches Archiv*, 28, 33-76).

<sup>74</sup> Como ocurre en las discusiones de los cambios del ingreso real y del costo de la vida. Para todo esto ver HABERLER, *Der Sinn der Indexzahlen*, passim. La conclusión del doctor Haberler es definitiva: "La ciencia es culpable de traspasar sus límites necesarios (esto es, expresa un juicio de valor) si intenta sentar para otros cuál de dos ingresos reales es el 'mayor'. Decidirlo, decidir qué ingreso real ha de preferirse, es una tarea que sólo puede hacer quien lo disfruta, es decir, el individuo como sujeto económico." La traducción es muy libre, pues no existe [en lengua inglesa]

valor respecto de la importancia relativa de ciertos precios particulares y de ciertos sujetos económicos.

§ 6. La interpretación de la estadística económica no es el único sector de los estudios económicos al que afecta esta concepción del objeto de nuestra ciencia. La disposición y elaboración del cuerpo central del análisis teórico también se modifica de manera considerable. Este es un ejemplo interesante de la utilidad de esta clase de investigación, partiendo de la intención de expresar con más precisión el objeto de nuestras generalizaciones llegamos a un punto de vista que nos permite no sólo señalar lo que es esencial y lo que es accidental en ellas, sino también expresarlas de modo que su contenido esencial reciba mucha mayor fuerza. Veamos cómo acontece esto.

El estudio tradicional de la Economía, por lo menos entre los economistas de habla inglesa, se inicia con una investigación de las causas determinantes de la producción y la distribución de la riqueza.<sup>75</sup> Se divide a la Economía en dos partes principales: la teoría de la producción y la teoría de la distribución, cuya tarea ha sido explicar las causas que determinan la magnitud del "producto total" y las que determinan las proporciones en que se distribuye entre los diferentes factores de la producción y entre las varias personas. Pocas diferencias han existido en cuanto al contenido de estos dos grandes sectores; pero siempre las ha habido grandes acerca de la colocación de la teoría del valor. En general, sin embargo, hasta fechas muy recientes, ésta ha sido la principal línea divisoria de la materia de nuestro estudio.

Ahora bien, es indudable que existe un argumento *prima facie* sólido en favor de este procedimiento. Como el profesor Cannan afirma,<sup>76</sup> los problemas en que estamos interesados desde el punto de vista de la política social, son -o por lo menos aparentan ser- los que se relacionan con la producción y la distribución. Si examinamos el establecimiento de un impuesto o la concesión de un subsidio, las cuestiones que procuramos investigar (ya sea que entendamos o no lo que queremos) son: ¿Cuáles serán los efectos de esa medida sobre la producción? ¿Cuáles sobre la distribución? Natural era, por consiguiente, que en el pasado los

---

un equivalente del muy útil contraste alemán entre *Naturaleinkommen* y *Realeinkommen*, a no ser que usemos "ingreso real" [Real Income] como equivalente de *Naturaleinkommen* y el "ingreso psíquico" de Fetter en sustitución del *Realeinkommen* de los alemanes.

<sup>75</sup> Ver CANNAN, *Historia de las Teorías de la Producción y Distribución*, II [México: Fondo de Cultura Económica, 1942].

<sup>76</sup> Las cuestiones realmente fundamentales de la Economía son las siguientes por qué todos nosotros, en conjunto, estamos tan bien como estamos, y por qué algunos estamos mucho mejor y otros mucho peor que el promedio." (CANNAN, *La Riqueza*, 3ª ed., v. [Barcelona: Labor, 1936].

economistas trataran de disponer sus generalizaciones para dar respuesta a estas dos preguntas.<sup>77</sup>

No obstante, nos parecerá muy explicable que desde este punto de vista la división tradicional tenga deficiencias muy serias si tenemos presente lo ya dicho respecto a la naturaleza del objeto de nuestra ciencia y a la relatividad de las "magnitudes" que examina.

No debiera ser necesario a estas alturas referirnos a lo inadecuados que resultan los diversos elementos técnicos que casi inevitablemente se deslizan dentro de un sistema forjado sobre este principio. Todos hemos sentido, con el profesor Schumpeter, una sensación casi de vergüenza por las increíbles banalidades de la llamada teoría de la producción: las tediosas discusiones acerca de las diversas formas de propiedad de la tierra, de la organización de las fábricas, de la psicología industrial, de la educación técnica, etc., etc., que se presentan aún en los mejores tratados sobre teoría general arreglados sobre ese plan.<sup>78</sup>

Existe, sin embargo, una objeción más importante a este procedimiento: la de su necesaria imprecisión. Las generalizaciones científicas, si aspiran a la categoría de leyes, deben ser susceptibles de expresarse con toda exactitud. Eso no quiere decir, como veremos en un capítulo posterior, que lo sean con una exactitud cuantitativa. No necesitamos dar valores numéricos a la ley de la demanda para colocarnos en una posición que nos permita usarla para deducir de ella consecuencias importantes. Necesitamos, sin embargo, formularla de modo que nos permita ligarla a relaciones formales capaces de ser concebidas con exactitud.<sup>79</sup>

Ahora bien, como acabamos de ver, la idea de cambios en el volumen total de la producción no tiene un contenido preciso. Es posible, si se desea, atribuir ciertos valores convencionales a determinados índices y decir que un cambio de la producción se define con un cambio de este índice. Para ciertos propósitos esto puede ser recomendable, aunque no hay ninguna justificación analítica para este procedimiento, ni se desprende de nuestra concepción de bien económico. No puede llegar a tener el rango de una ley la clase de generalización empírica que puede hacerse en relación con las causas que afectarán la producción en este

---

<sup>77</sup> Es otra cosa si sus generalizaciones resuelven estos problemas especialmente el que se refiere a la distribución personal (ver CANNAN, *Economic Outlook*, 215-253, y *Repaso a la Teoría Económica*, 253-295; ver también DALTON, *Inequality of Incomes*, 33-158). El caso es que se creen en la obligación de resolverlas; pero el hecho de que no lo hagan no desacredita necesariamente ni a los economistas ni a sus generalizaciones. Existen vigorosas razones para suponer que causas extraeconómicas determinan, en parte, la distribución personal.

<sup>78</sup> Ver SCHUMPETER, *Das Wesen und der Hauptinhalt der Theoretischen Nationalökonomie*, 156.

<sup>79</sup> Ver EDGEWORTH *Mathematical Psychics*, 1-6; KAUFMANN, "Was kan die mathematische Methode in der Nationalökonomie leisten?" (*Zeitschrift für Nationalökonomie*, 2, 754-779).

sentido. Una ley debe referirse a conceptos y relaciones definidas, y un cambio del volumen de la producción no es un concepto definido.

En realidad, hasta ahora no ha sido elaborada una "ley" de la producción en este sentido que verdaderamente merezca ese nombre.<sup>80</sup> Siempre que las generalizaciones de los economistas han llegado a tener el carácter de leyes, no se han referido a nociones tan vagas como el producto total, sino a conceptos perfectamente definidos: el de precio, oferta, demanda, etc. El sistema ricardiano que constituye a este respecto el arquetipo de todos los subsecuentes es, esencialmente, un examen de las tendencias hacia el equilibrio de cantidades precisas y de relaciones recíprocas. No es un simple accidente que las generalizaciones de la Economía hayan adquirido la forma de leyes científicas siempre que sus discusiones se refieren a tipos separados de bienes económicos y a relaciones de cambio entre bienes económicos.<sup>81</sup>

Los economistas tienden en los últimos años a abandonar más y más el orden tradicional. Ya no se emprenden investigaciones para descubrir las causas determinantes de las variaciones de la producción y de la distribución; se investiga, más bien, conocidos ciertos datos iniciales, lo concerniente a las condiciones del equilibrio de diversas "magnitudes" económicas,<sup>82</sup> también lo relativo a los efectos de las variaciones de aquellos datos. En lugar de dividir el cuerpo central del análisis en una teoría de la producción y en otra de la distribución, tenemos una teoría del equilibrio, una teoría de la estática comparativa y una teoría del cambio dinámico. En lugar de considerar el sistema

---

<sup>80</sup> La aproximación más cercana a una ley de la producción se halla incorporada en la celebrada teoría del óptimo de la población rural. Arranca ella de la ley perfectamente precisa de los rendimientos decrecientes, que se relaciona con las variaciones de productividad en combinaciones proporcionadas de los factores individualmente considerados y parece lograr una precisión similar en relación con las variaciones de todos los factores humanos en un ambiente material fijo. De hecho, sin embargo, introduce conceptos de promedios y agregados a los cuales es imposible conceder significado sin recurrir a supuestos convencionales. Sobre la teoría del óptimo, ver mi "Optimum Theory of Population", en London Essays in Economics, editado por Dalton y Gregory. En ese ensayo examino las dificultades de promediar, aunque entonces no percibí el alcance completo de la diferencia metodológica general entre una proposición que se refiere a promedios y otra a cantidades precisas. Por eso es insuficiente mi reiteración sobre este punto.

<sup>81</sup> Es importante no reiterar con exceso la excelencia del procedimiento pasado. La teoría monetaria, por ejemplo, aunque en muchos aspectos la rama más desarrollada de la teoría económica, ha empleado continuamente pseudo-conceptos de la especie que acabamos de declarar sospechosa: nivel de precios, movimientos de las paridades del poder adquisitivo, etc. Pero es aquí, justamente, donde las dificultades de la teoría monetaria han persistido y sus recientes progresos se encaminan a eliminar toda dependencia de estas ficciones.

<sup>82</sup> Sobre los diversos tipos de equilibrio considerados, ver KNIGHT, Risk, Uncertainty and Profit, 143, nota (Riesgo, Incertidumbre y Beneficio, Madrid, Aguilar); WICKSELL, Lectures on Political Economy I (Lecciones de Economía Política, Madrid, Aguilar), y ROBBINS, "On a Certain Ambiguity in the Conception of Stationary Equilibrium" (Economjc Journal, XL, 194-214).

como una máquina gigantesca destinada a elaborar un agregado de productos y en vez de proceder a investigar qué causas hacen que ese producto sea mayor o menor y en qué proporciones se divide, lo consideramos como una serie de relaciones interdependientes, aunque conceptualmente discretas, entre los hombres y los bienes económicos. También investigamos en qué condiciones esas relaciones son constantes y cuáles son los efectos de los cambios, de fines o de medios, en los cuales median y cómo ha de esperarse que tengan lugar esos cambios en el transcurso del tiempo.<sup>83</sup>

Esta tendencia, como ya hemos visto, aunque en su forma más completa es en verdad moderna, tiene su origen en la primitiva literatura de la economía científica. El Cuadro Económico de Quesnay era esencialmente un intento de aplicación de lo que ahora se conoce con el nombre de análisis del equilibrio. Y aunque la gran obra de Adam Smith profesaba tratar de las causas de la riqueza de las naciones, e hizo, en realidad, muchas observaciones muy importantes en cualquier historia de la economía aplicada sobre la cuestión general de las condiciones de la opulencia, no obstante, desde el punto de vista de la historia de la economía teórica, el logro central de ese libro fué su demostración del modo en que la división del trabajo tendía a mantenerse en equilibrio mediante el mecanismo de los precios relativos. Esta demostración, como lo ha comprobado Allyn Young,<sup>84</sup> está en armonía con el aparato más refinado de la moderna escuela de Lausanne. La teoría del valor y de la distribución fué realmente la parte fundamental del análisis de los clásicos, aun cuando ensayaran esconder sus propósitos bajo otros nombres. Y la teoría tradicional acerca de los efectos de los impuestos y de los subsidios siempre se presentó en términos consistentes del todo con el procedimiento de la estática comparativa moderna. Así, pues, si bien la apariencia de la teoría moderna puede ser nueva, su substancia es continuación de lo que era más esencial en la vieja. La disposición moderna simplemente hace explícitos los fundamentos metodológicos de las teorías anteriores y generaliza el procedimiento.<sup>85</sup>

---

<sup>83</sup> Ver PARETO, Manuel d'Economie Politique, 147; también mi artículo "Production" en la Encyclopaedia of the Social Sciences. En la primera edición de este ensayo incluí la teoría de la estática comparativa y la del cambio dinámico bajo un solo título, el de "Teoría de las Variaciones". Ahora pienso que es mejor dejar explícitos los dos tipos de la teoría de la variación. Para un mayor esclarecimiento, ver el capítulo IV, § 7.

<sup>84</sup> Op. cit., 540-542.

<sup>85</sup> El cambio se inicia con la aparición de la teoría subjetiva del valor. Mientras la teoría del valor se expresó con función de costos, fué posible considerar la materia de la Economía como algo social y colectivo, y examinar las relaciones de precio simplemente como un fenómeno de mercado. Cuando se comprendió que estos fenómenos del mercado dependen en realidad de la interacción de elecciones individuales y que los fenómenos sociales mismos en función de los cuales se explicaban -los costos- eran, en último análisis, el reflejo de la elección individual -la valoración de diversas oportunidades (Wieser, Davenport) -, este enfoque principió a ser menor y menos conveniente. La obra de los economistas matemáticos en este aspecto sólo establece de un modo particularmente audaz un procedimiento que es, en realidad, común a toda la teoría moderna.

A primera vista podría pensarse que estas innovaciones corren el riesgo de resultar demasiado austeras y que suponen la renuncia a una teoría de conjunto genuinamente luminosa. Semejante creencia sólo podría apoyarse en un desconocimiento de las potencialidades del nuevo procedimiento. Puede afirmarse con seguridad que no hay nada que encajara dentro del viejo marco que no pueda exponerse más satisfactoriamente dentro del nuevo. La única diferencia consiste en que en todas las fases del nuevo ordenamiento nos damos cuenta exactamente de las limitaciones y el alcance de nuestro conocimiento. Si nos salimos de la esfera del análisis puro y adoptamos cualquiera de los supuestos convencionales de la economía aplicada, sabemos con exactitud dónde nos encontramos. Nunca corremos el riesgo de tomar como una deducción de nuestras premisas fundamentales algo que se ha deslizado al recurrir a un supuesto convencional.

Podemos tomar como un ejemplo de las ventajas de este procedimiento el tratamiento moderno de la organización de la producción. El viejo era muy poco satisfactorio: unas cuantas generalizaciones rígidas acerca de las ventajas de la división del trabajo tomadas de Adam Smith y quizá ilustradas con unos ejemplos de Babbage; en seguida, unas extensas divagaciones sobre las "formas" industriales y el "emprendedor", con una serie de observaciones rigurosamente anticientíficas y gratuitas sobre las características nacionales y, quizá, concluyendo con un capítulo sobre localización. No hay necesidad de insistir en la mediocridad de todo esto; pero quizá sea justo precisar con exactitud sus considerables deficiencias positivas. Sugiere que desde el punto de vista del economista la "organización" es una cuestión interna de disposición industrial (o agrícola) -si no interna para una firma determinada, sí para "la" industria- si bien, como podría haberse esperado, muy rara vez se define satisfactoriamente lo que es "la" industria. Al mismo tiempo, tiende a dejar completamente fuera el elemento regulador de toda la organización productiva: la relación recíproca de precios y costos. Esta cuestión se estudia en un sector diferente: el del "valor". Como casi todo profesor de estudiantes educados en los viejos libros de texto puede darse cuenta, el resultado era que una persona podía tener un extenso conocimiento de la teoría del valor y de sus copiosos refinamientos y estar en aptitud de discurrir muy ampliamente acerca del tipo de interés y sus posibles "causas", sin siquiera haber entendido la parte fundamental que desempeñan los precios, los costos y los tipos de interés en la organización de la producción.

Esto es imposible en el tratamiento moderno. En él la discusión de la "producción" es una parte integral de la teoría del equilibrio. Se demuestra cómo se distribuyen los factores de la producción entre la producción de los diferentes bienes por el mecanismo de precios y costos; cómo, dados ciertos datos fundamentales, los tipos de interés y los márgenes de precios determinan la distribución de los

factores entre la producción para el presente y la producción para el futuro.<sup>86</sup> La doctrina de la división del trabajo, tan desagradablemente tecnológica hasta ahora, se convierte en un rasgo integral de una teoría del equilibrio móvil a través del tiempo. Aun el problema de la organización y administración "internas" llega a tener relación con una red externa de precios y costos relativos; y puesto que ésta es la forma como las cosas funcionan en la práctica, lo que a primera vista parece la mayor lejanía de la teoría pura, de hecho nos procura un acercamiento mucho mayor a la realidad.

---

<sup>86</sup> Las mejores exposiciones se encuentran en WICKSELL, Lectures on Political Economy, I, 100-206 (Lecciones de Economía Política, Madrid, Aguilar); Hans MAYER, "Produktion", en el Handwörterbuch der Staatswissenschaften.

#### IV. NATURALEZA DE LAS GENERALIZACIONES ECONÓMICAS

§ 1. Ya hemos examinado suficientemente el contenido de la Ciencia Económica y los conceptos fundamentales que se asocian a él; pero aún no hemos visto la naturaleza de las generalizaciones con las cuales se relacionan esos conceptos. Tampoco hemos examinado todavía la naturaleza y derivación de las leyes económicas. Este es, pues, el propósito del presente capítulo. Cuando lo hayamos terminado, nos encontraremos en una situación que nos permitirá pasar a nuestra segunda tarea principal: la investigación de las limitaciones y de la significación de este sistema de generalizaciones.

§ 2. El objeto de este ensayo es llegar a conclusiones fundadas en el análisis de la Ciencia Económica tal cual es. Su propósito no consiste en descubrir cómo debiera enfocarse esa disciplina -controversia ésta que puede considerarse concluida, por lo menos entre gente de buen juicio, aun cuando tendremos ocasión de referirnos a ella en passant<sup>87</sup> -, sino más bien a la significación que debe atribuirse a los resultados que ya ha logrado. Al principiar nuestras investigaciones será conveniente, por tanto, que en vez de ensayar derivar la naturaleza de las generalizaciones económicas de las categorías puras del objeto de nuestra ciencia,<sup>88</sup> (2) procedamos, antes bien, a examinar ejemplos tomados del análisis actualmente en uso.

Las proposiciones más fundamentales del análisis económico son las de la teoría general del valor. No importa de qué "escuela" particular se trate; tampoco la disposición que se dé al contenido de la ciencia: el cuerpo de proposiciones que explican la naturaleza y la determinación de las relaciones entre bienes determinados del primer orden tendrán una posición cardinal en todo el sistema. Sería prematuro decir que es completa la teoría de esta parte del contenido de nuestra ciencia; pero es palpable que se ha hecho bastante para justificar que consideremos como establecidas las proposiciones centrales. Debemos proceder a investigar, por consiguiente, en qué descansa su validez.

No debiera ser necesario gastar mucho tiempo en demostrar que no descansa en una mera apelación a la "historia". La frecuente concomitancia en el tiempo de ciertos fenómenos puede sugerir un problema por resolver. La concomitancia no puede considerarse por sí misma como una relación causal definida. Pudiera demostrarse que siempre que las condiciones postuladas en cualquiera de los simples corolarios de la teoría del valor han existido en la realidad, se ha observado, también en la realidad, que a ellas le siguen las consecuencias deducidas. Así, por ejemplo, siempre que en mercados relativamente libres se han fijado precios, ha seguido o la evasión o una especie de caos distributivo que

---

<sup>87</sup> Ver más abajo § 4, y capítulo v, § 3.

<sup>88</sup> Ver STRIGL, op. cit., pp. 121 ss., para un ejemplo de una semejante derivación que logra sustancialmente resultados similares.

asociamos con las "colas" de la última guerra o de las revoluciones francesa o rusa<sup>89</sup> para adquirir alimentos. Pero esto no probaría que los fenómenos en cuestión guardan una relación de causalidad que los ligue entre sí íntimamente. Tampoco proporcionaría ningún fundamento serio para predecir el sentido de sus relaciones futuras. No habría razón suficiente para suponer que "la historia se repite" si falta un fundamento racional para suponer esa conexión íntima. Pues si hay algo que la historia, no menos que la lógica elemental, demuestra de verdad, es que la inducción histórica es la peor base de la profecía si no cuenta con la ayuda del juicio analítico.<sup>90</sup> Dice cualquier pelmazo: "la historia demuestra"... y nos resignamos a la predicción de lo imposible. Uno de los grandes méritos de la moderna filosofía de la historia consiste en que ha repudiado toda pretensión de esta clase y aun considera que la fundamentum divisionis entre la historia y las ciencias naturales consiste en que aquélla no procede por vía de generalizaciones abstractas.<sup>91</sup>

Igualmente claro es que nuestra creencia no descansa en los resultados del experimento sujeto a control. Es del todo cierto que la intervención gubernamental dentro de condiciones de las que podría decirse que tienen cierta semejanza con las condiciones de los experimentos sujetos a control ha ejemplificado en más de una ocasión el caso particular que acabamos de mencionar. Sería muy superficial, sin embargo, suponer que los resultados de estos "experimentos" pueden aducirse para justificar una proposición de aplicabilidad tan amplia, para no mencionar las proposiciones centrales de la teoría general del valor. Es indudable que un grupo de generalizaciones económicas erigidas sobre una base de esta clase resultaría muy frágil. Y, sin embargo, nuestra creencia en estas proposiciones es tan completa como la que se apoyara en cualquier número de experimentos sujetos a control.

Pero, entonces, ¿en qué descansa?

No se requiere un gran conocimiento del análisis económico moderno para comprender que la teoría del valor descansa en el supuesto de que las diferentes cosas que un individuo desea tener poseen para él una importancia diversa y

---

<sup>89</sup> Si algún lector de este libro duda de la exactitud de los hechos, debe consultar el trabajo sobre los recientes experimentos ingleses relacionados con la aplicación de semejantes medidas, *British Food Control*, por sir William BEVERIDGE.

<sup>90</sup> "La noción vulgar de que los métodos seguros en asuntos políticos son los de la inducción baconiana -que el verdadero guía no es el razonamiento general, sino la experiencia específica-, se mencionará algún día entre las características más inequívocas de una pobre condición de las facultades especulativas de cualquier época en que se haya acreditado. . . Debe enviarse a aprender los rudimentos de alguna de las ciencias físicas más fáciles a todo aquel que use un argumento de esa clase. Semejantes razonadores ignoran el hecho de la pluralidad de causas en el caso especial que proporciona el ejemplo más señalado de ello." (John STUART MILL, *Logic*, X, 8.)

<sup>91</sup> Ver RICKERT, ob. cit., 78-101, *Die Grenzen der Naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, Passim. Ver también MAX WEBER, op. cit., passim.

pueden ser dispuestas, por consiguiente, en un orden determinado. Esta noción puede expresarse en varias formas y con diversos grados de precisión, desde el simple sistema de necesidades de Menger y de los primeros austriacos, hasta las más refinadas escalas de valoraciones relativas de Wicksteed y Schönfeld y los sistemas de indiferencia de Pareto, Hicks y Allen. Pero, en último análisis, se reduce a que podemos juzgar si diferentes experiencias posibles son para nosotros de una importancia mayor, menor o equivalente. De este hecho elemental de la experiencia podemos derivar la idea de la sustituibilidad de distintos bienes; de la demanda de un bien en función de otro; de la distribución equilibrada de bienes entre usos diversos; del equilibrio de cambio y de la formación de los precios. Al pasar de la descripción de la conducta de un solo individuo al examen de los mercados, hacemos, naturalmente, otros supuestos subsidiarios: se trata de dos o más individuos; la oferta está en manos de un monopolio o de vendedores múltiples; las personas que intervienen en el mercado conocen o ignoran lo que está sucediendo en otros sectores del mismo; el marco jurídico del mercado prohíbe este o aquel modo de adquisición o de cambio, etc. Suponemos, asimismo, una determinada distribución inicial de la propiedad.<sup>92</sup>

Pero el supuesto principal implícito es siempre el de las escalas de valoración de los distintos sujetos económicos. Mas esto, acabamos de verlo,<sup>93</sup> es realmente el supuesto de una de las condiciones indispensables para que haya actividad económica, ya que es un elemento esencial de nuestra concepción de la conducta que tiene un aspecto económico.

Todas las proposiciones hasta ahora mencionadas se relacionan con la teoría de la valoración de determinados bienes. En la teoría elemental del valor y del cambio no se investigan las condiciones de producción continua. Si suponemos que la producción ocurre, surge un nuevo grupo de problemas cuya explicación requiere nuevos principios. Nos hallamos frente al problema de explicar, por ejemplo, la relación entre el valor de los productos y el valor de los factores que los producen: el problema de la imputación. ¿Cuál es aquí la sanción de las soluciones que se han propuesto?

Como es bien sabido, el principio fundamental de explicación, complementario de los principios de la valoración subjetiva en la teoría más estrecha del valor y del cambio, es el llamado a veces ley de los rendimientos decrecientes. Ahora bien, ésta es simplemente una forma de plantear el hecho evidente de que los diferentes factores de la producción se sustituyen unos a otros de un modo imperfecto. El producto aumentará, pero no proporcionalmente, si se aumenta la cantidad de trabajo sin aumentar la cantidad de tierra. Para lograr una producción doble sin aumentar al doble tanto la tierra como el trabajo, es necesario aumentar en más del doble uno de los dos factores. Esto es obvio. Si no fuera así, todo el trigo del mundo podría obtenerse de una hectárea de tierra. Esto se deduce

---

<sup>92</sup> Para todo esto ver las luminosas observaciones del doctor STRIGL, *Die Okonomischen Kategorien und die Organization der Wirtschaft*, 85-121.

<sup>93</sup> Ver I, § 3.

asimismo de consideraciones más íntimamente relacionadas con nuestras concepciones fundamentales. Debe definirse una clase de factores escasos como la que integran los que se substituyen mutuamente de una manera perfecta. Es decir, la diferencia entre los factores debe definirse esencialmente como una capacidad imperfecta para sustituirse entre sí. La ley de los rendimientos decrecientes, por consiguiente, se desprende del supuesto de que existe más de una clase de factores escasos de la producción.<sup>94</sup> El principio complementario de que los rendimientos pueden aumentar dentro de ciertos límites se desprende también de manera directa del supuesto de que los factores son relativamente indivisibles. Sobre la base de estos principios y con la ayuda de supuestos subsidiarios semejantes a los ya mencionados (la naturaleza de los mercados y el marco jurídico de la producción, etc), es posible construir una teoría del equilibrio de la producción.<sup>95</sup>

Volvamos a consideraciones más dinámicas. La teoría de las ganancias, en el sentido restringido del término en que se le viene usando en la teoría reciente, es, por esencia, un análisis de los efectos de la incertidumbre en cuanto a la futura disponibilidad de bienes escasos y de factores escasos. Vivimos en un mundo en el que las cosas que necesitamos no sólo son escasas, sino que su acaecimiento mismo es materia de duda y conjetura. Proyectando para el futuro tenemos que escoger, no entre cosas ciertas, sino entre una serie de probabilidades estimadas. Claro es que la naturaleza de esta misma serie puede variar, surgiendo, por consiguiente, no sólo una valoración relativa de diferentes clases de incertidumbres entre sí, sino también de series distintas de incertidumbres similarmente comparadas. De estos conceptos pueden deducirse varias de las más complicadas proposiciones de la teoría de la economía dinámica.<sup>96</sup>

Y así podría proseguirse. Demostraríamos que el uso del dinero puede deducirse de la existencia del cambio indirecto y que la demanda de dinero puede deducirse de la existencia de las mismas incertidumbres que acabamos de examinar.<sup>97</sup> Podríamos examinar las proposiciones de la teoría del capital y del interés y

---

<sup>94</sup> Ver ROBINSON, *Economics of Imperfect Competition*, 330-31 (la Economía de la Competencia Imperfecta, Madrid, Aguilar). Por mi parte, aprendí inicialmente esta forma de expresar las cosas en una conversación que tuve hace varios años con el profesor Mises. Pero, que yo sepa, la señora Robinson es la primera que expone la cuestión tan sucinta y claramente en letras de molde. Creo que el libro de la señora Robinson ha contribuído enormemente a convencer a muchos, escépticos hasta aquí, de la utilidad y significación de la clase de razonamiento abstracto que arranca de postulados muy simples, materia de la presente discusión.

<sup>95</sup> Ver, por ejemplo, la *Theorie des Produktion*, de SCHNEIDER, *passim*.

<sup>96</sup> Ver KNIGHT, *Risk, Uncertainty and profit* (Riesgo, Incertidumbre y Beneficio, Madrid Aguilar); HICKS, "The Theory of Profit" (*Economica*, 31, 170-190).

<sup>97</sup> Ver MISES, *The Theory of Money* (Teoría del Dinero y del Crédito, Madrid, Aguilar), 147 y 200; LAVINGTON, *The English Capital Market*, 29-35; HICKS, "A suggestion for Simplifying the Theory of Money", *Economica*, 1934, 1-20.

reducirlas a conceptos elementales del tipo que venimos discutiendo aquí; pero es innecesario prolongar más la discusión. Los ejemplos que hemos examinado bastan para dejar establecida la solución que buscamos. Las proposiciones de la teoría económica, como las de toda teoría científica, son evidentemente deducciones de una serie de postulados. Los principales de ellos son todos supuestos que en alguna forma entrañan hechos simples e indiscutibles de la experiencia relativa a la forma en que la escasez de bienes, objeto de nuestra ciencia, se manifiesta en el mundo de la realidad. El principal postulado de la teoría del valor es el hecho de que los individuos pueden disponer sus preferencias en un orden determinado y que de hecho así lo hacen. El postulado principal de la teoría de la producción no es otro que el de la existencia de más de un factor de la producción; el principal de la teoría de la dinámica es el hecho de que no estamos seguros de las escaseces futuras. No son éstos postulados cuya contrapartida en la realidad admita una prolongada discusión en cuanto se entienda plenamente su naturaleza. Para establecer su validez no necesitamos expertos controlados; constituyen tan a menudo nuestra experiencia diaria, que exponerlos es cuanto necesitamos para reconocerlos como evidentes. El peligro consiste, en realidad, en llegar a considerarlos tan obvios que pase a creerse que nada importante puede derivarse de su examen cuidadoso. Sin embargo los complicados teoremas del análisis dependen en última instancia de postulados de esta clase. Y la aplicabilidad general de las más amplias proposiciones de la Ciencia Económica se deriva de la existencia de las condiciones que esos postulados suponen.

§ 3. Por supuesto que es cierto, como hemos visto, que el desarrollo de aplicaciones más complicadas de estas proposiciones supone el uso de una gran diversidad de postulados subsidiarios respecto a las condiciones del mercado, al número de quienes intervienen en el cambio, al estado de derecho, al *mínimum sensible*<sup>98</sup> de compradores y vendedores, etc., etc. La verdad de las deducciones que se hagan de esta estructura depende, como siempre, de su consistencia lógica. Su aplicabilidad a la interpretación de una situación particular depende de que en ella existan los elementos postulados. Es asunto por investigar si la teoría de la competencia o del monopolio es aplicable a una situación determinada. En la aplicación de los principios económicos debe tenerse tanto cuidado al investigar la naturaleza de nuestro material, como se tiene en la aplicabilidad de los principios generales de las ciencias naturales. No se presume que cualquiera de las muchas posibles formas de las condiciones de competencia o de monopolio deben existir siempre necesariamente; pero si bien es importante entender cuántos son los supuestos subsidiarios que surgen por fuerza a medida que nuestra teoría se hace más y más complicada, igualmente lo es entender con qué amplitud son aplicables los principales supuestos en los que descansa. Como ya hemos visto, los principales lo son siempre y cuando existan las condiciones que dan origen al fenómeno económico.

---

<sup>98</sup> Ver p. 137.

Podría sostenerse que consideraciones de esta clase debieran capacitarnos para descubrir la falacia implícita en una opinión que ha desempeñado un gran papel en discusiones habidas en la Europa continental. Se ha afirmado a veces que las generalizaciones de la Economía son esencialmente de carácter "histórico-relativo", que su validez se limita a ciertas condiciones históricas y que, fuera de éstas, nada tienen que ver con el análisis del fenómeno social. Este punto de vista es un error peligroso. Sólo podría aceptársele mediante una deformación tan completa del uso de las palabras que llegaría a ser totalmente equívoco. Es muy cierto que para aplicar con fruto las proposiciones más generales de la Economía es importante completarlas con una serie de postulados subsidiarios derivados del examen de lo que a menudo puede legítimamente calificarse de material relativo. Es indudable que, a menos que así se haga, se cometerán graves errores; pero es inexacto que los principales supuestos sean histórico-relativos en el mismo sentido. Verdad es que descansan en la experiencia y que se refieren a la realidad; pero es una experiencia de un grado tan amplio de generalidad, que los supuestos quedan colocados en una clase muy diferente a la más propiamente llamada histórico-relativa. Nadie, en realidad, impugnará la aplicabilidad universal de un supuesto como el de la existencia de escalas de valoración relativa, o el de los diferentes factores de la producción, o el de los diversos grados de incertidumbre respecto del futuro, aun cuando puede haber lugar a discutir el mejor modo de describir su exacta naturaleza lógica. Y nadie que haya examinado realmente el tipo de deducciones que pueden lograrse de semejantes supuestos puede poner en duda la utilidad de partir de este plano. Sólo una falta de comprensión de esto y una preocupación demasiado privativa por los supuestos subsidiarios, puede dar lugar a sostener la opinión de que las leyes económicas se hallan limitadas a ciertas condiciones de tiempo y espacio que tienen un carácter puramente histórico, etc. Santo y bueno si semejantes puntos de vista se interpretan sólo en el sentido de que las aplicaciones del análisis general suponen la aceptación de supuestos subsidiarios de naturaleza menos general, y de que antes de aplicar nuestra teoría general a la interpretación de una situación particular debemos estar muy bien seguros de los hechos. Estará de acuerdo con nosotros todo profesor que haya observado a los buenos estudiantes superintoxicados con la excitación de la teoría pura. Aun puede admitirse que a veces es justificada la crítica que los mejores historiadores enderezan a los economistas clásicos; pero son del todo equívocas si se interpretan, como ha sucedido notoriamente en la historia de las grandes controversias metodológicas, en el sentido de que las amplias conclusiones derivadas del análisis general son tan limitadas como sus aplicaciones particulares, es decir, que las generalizaciones de la Economía Política sólo fueran aplicables al caso de Inglaterra durante la primera época de la reina Victoria y otras cosas parecidas. Hay, quizá, un sentido en el cual es correcto decir que todo conocimiento científico es histórico-relativo. Tal vez en alguna otra existencia todo ello sería inaplicable; pero, si es así, entonces necesitamos un nuevo término para designar lo que normalmente se llama histórico-relativo. Lo mismo por lo que se refiere al conjunto de conocimientos que es la Economía general. Si es histórico-relativo, entonces necesitamos otra palabra para describir lo que se conoce como estudios histórico-

relativos.

Aclarado esto, el punto de vista implícito en la llamada concepción "ortodoxa" de la ciencia desde los tiempos de Senior y Cairnes resulta abrumadoramente convincente. Es difícil averiguar por qué ha habido tanto alboroto, por qué alguien pudo haber creído que valía la pena poner en duda toda la posición. Y por supuesto que si examinamos la verdadera historia de la controversia, se aclara bien que la ocasión del ataque no fué principalmente de índole científica ni filosófica. Puede haber sucedido que de tiempo en tiempo un historiador impresionable haya sido ultrajado por el imperfecto refinamiento de algún economista de segunda fila y, más probablemente, por algún negociante o por un político que repetía de segunda mano lo que suponía que los economistas habían afirmado. En ocasiones puede haber sucedido también que un lógico puro haya sido ofendido por el uso incauto de términos filosóficos de parte de un economista ansioso de reivindicar una serie de conocimientos que creía verdaderos e importantes. Pero en general los ataques no han venido de estos sectores; antes bien, han sido de carácter político. Procedían de personas con intereses políticos que deseaban seguir un camino que habría revelado imprudente el conocimiento de la ley en la esfera económica. Este fué el caso, seguramente, de la mayoría de los líderes de la joven escuela histórica,<sup>99</sup> la brigada de choque del ataque contra el liberalismo internacional en la era bismarckiana. Así ocurre hoy día con las escuelas menores que adoptan una actitud semejante. La única diferencia entre el institucionalismo y el historicismo es el mayor interés del segundo.

§ 4. Si el argumento que se ha expuesto antes es correcto, el análisis económico viene a ser, como lo subrayara Fetter,<sup>100</sup> la explicación de las consecuencias que produce la necesidad de elegir en diferentes circunstancias dadas. En la mecánica pura se exploran los efectos que se derivan de que los cuerpos tengan ciertas propiedades. En Economía pura examinamos la de que existan medios escasos susceptibles de usos diversos. El supuesto de las valoraciones relativas, como hemos visto, es el fundamento de todas las complicaciones posteriores.

Se piensa a veces, aun hoy en día, que esta noción de la valoración relativa depende de la validez de determinadas doctrinas psicológicas. Las regiones fronterizas de la Economía son el paraíso de las mentes adversas al esfuerzo que exige pensar con exactitud; por eso, en años recientes se ha consumido en ellas tiempo ilimitado en atacar los llamados supuestos psicológicos de la Ciencia Económica. La psicología -se dice- progresa muy rápidamente; por consiguiente, si la Economía descansa en determinadas doctrinas psicológicas, nada más explicable que cada cinco años, más o menos, se escriban libros vehementes para demostrar que, puesto que la moda ha cambiado en la psicología, la Economía necesita "revisarse desde sus cimientos". Y no se ha desperdiciado la oportunidad, como era de esperarse. Los economistas profesionales, absortos en

---

<sup>99</sup> Compárese MISES, Kritik des Interventionismus, 55-90.

<sup>100</sup> Economic Principles, IX, y 12-21.

la agitada tarea de descubrir nuevas verdades, han desdeñado, en general, replicar. Y el público profano, siempre ansioso de escapar a la necesidad de admitir las consecuencias de tener que elegir en un mundo de escasez, se ha dejado embaucar: cree que estas cuestiones -en realidad tan poco dependientes de las verdades de la psicología en boga como las tablas de multiplicar- son todavía cuestiones abiertas sobre las cuales el hombre ilustrado, quien naturalmente no es nadie si no se las da de psicólogo debe desear aplazar su juicio.

Por desgracia, las afirmaciones incautas de los mismos economistas han dado pretexto no pocas veces a semejantes críticas. Es bien sabido que algunos de los fundadores de la moderna teoría subjetiva del valor adujeron la autoridad de las doctrinas del hedonismo psicológico como sanción a sus proposiciones. No así los austriacos. Los cuadros mengerianos fueron construidos desde el principio en términos que no suponían cuestiones psicológicas.<sup>101</sup> Bóhm-Bawerk repudiaba explícitamente cualquier filiación con el hedonismo psicológico y puede decirse que hizo lo indecible para evitar esta clase de errores.<sup>102</sup> Pero los nombres de Gossen y Jevons y Edgeworth, para no decir nada de sus seguidores ingleses, son un recordatorio suficiente de un linaje de economistas muy competentes que tuvieron pretensiones de esa suerte. El libro de Gossen, *Entwicklung der Gesetze der menschlichen Verkehrs*, invoca, ciertamente, postulados hedonísticos. Una teoría del placer y el dolor antecede a la de la utilidad y el cambio en la *Theory of Political Economy* de Jevons. Edgeworth comienza su *Mathematical Psychics* con un párrafo que mantiene la concepción del "hombre como una máquina de placer".<sup>103</sup> Aun se ha intentado presentar la ley de la utilidad marginal decreciente como un caso especial de la ley Weber-Fechner.<sup>104</sup>

Pero es de fundamental importancia distinguir entre la práctica real de los economistas y la lógica que ella supone, y su apología ocasional ex post facto. Los críticos de la ciencia económica dejan de hacer, justamente, esta distinción. Con un exagerado celo suelen revisar la fachada, pero se encogen ante la tarea intelectual de examinar la estructura interna. Tampoco se molestan en enterarse de los modos más recientes de presentar la teoría que atacan. Este procedimiento tiene, sin duda, ventajas estratégicas, pues en polémicas de esta clase los errores de buena fe son un excelente acicate para una retórica efectiva y nadie que se hallase enterado de la reciente teoría del valor podría seguir sosteniendo honestamente que tiene una conexión esencial con el hedonismo psicológico ni con ninguna otra marca de Fach-Psychologie. Si los críticos psicológicos de la

---

<sup>101</sup> Ver MENGER, *Grundsätze*, 1ª ed., 77-152.

<sup>102</sup> Ver *Positive Theorie des Kapitals*, 4ª ed., 232-246.

<sup>103</sup> *Mathematical Psychics*, 15.

<sup>104</sup> Para una refutación de esta opinión, ver MAX WEBER, "Die Grenznutzenlehre und das psychophysische Grundgesetz" (*Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, XXIX, 1909).

Economía se hubieran molestado en hacer estas cosas, habrían percibido con prontitud que los adornos hedonísticos de las obras de Jevons y de sus partidarios son accidentes en la estructura principal de una teoría que, como el desarrollo paralelo de Viena demostraba, es susceptible de presentarse y defenderse en términos en manera alguna hedonísticos. Como ya hemos visto, lo único que supone la idea de las escalas de valoración es que los bienes tienen usos diversos y que éstos poseen una importancia distinta para la acción, de manera que en una situación dada se preferirá un uso a otro y un bien a otro. No discutimos por qué las criaturas humanas atribuyen valores determinados a cosas determinadas. Eso queda reservado a los psicólogos y quizá aun a los fisiólogos. Todo cuanto necesitamos suponer como economistas es el hecho evidente de que diferentes posibilidades ofrecen incentivos diversos y que esos incentivos pueden disponerse según el orden de su intensidad.<sup>105</sup> Los varios teoremas que pueden derivarse de esta concepción fundamental pueden, incuestionablemente, explicar una múltiple actividad social, que ninguna otra técnica podría explicar. Pero lo consiguen sin arrogarse una psicología determinada, sino considerando las cosas que la psicología estudia como los datos de sus propias deducciones. En este caso, como sucede con frecuencia, los fundadores de la Ciencia Económica construyeron algo más universal en su aplicación que lo que ellos mismos pretendieron.

Pero ahora surge la cuestión de fijar en qué medida es legítimo aun este procedimiento. Debiera ser claro, después de cuanto se ha dicho, que aun cuando no es cierto que las proposiciones de la Economía analítica descansan en una psicología determinada, suponen incuestionablemente elementos que son de naturaleza psicológica o, quizá, mejor dicho, de naturaleza psíquica. El nombre con que a menudo se les conoce -teoría subjetiva o psicológica del valor- lo reconoce, en efecto, explícitamente. Y como ya hemos visto, es evidente que el fundamento de esta teoría es un hecho psíquico: las valoraciones del individuo. En los últimos años, sin embargo, en parte como resultado de la influencia del behaviorismo, en parte a causa del deseo de asegurar la mayor austeridad posible en la exposición analítica, se han levantado voces para urgir que se descarte este armazón de subjetividad. El método científico --se insiste- exige que no se tome en consideración nada que no sea capaz de observación directa. Podemos estimar la demanda tal como se revela en una conducta susceptible de ser observada en el mercado; pero no podemos ir más allá. La valoración es un proceso subjetivo; no podemos observarla. Por consiguiente, queda fuera de una explicación científica. Nuestras construcciones teóricas deben apoyarse en datos que puedan observarse. Tal es, por ejemplo, la actitud del Profesor Cassel;<sup>106</sup> en los últimos

---

<sup>105</sup> Ya se ha reiterado bastante -III, § 4- que esto no supone la posibilidad de medir valoraciones.

<sup>106</sup> The Theory of Social Economy, 1ª ed. inglesa, I, 50-51 (Economía Social Teórica, Madrid, Aguilar).

trabajos de Pareto<sup>107</sup> hay pasajes que se prestan a una interpretación semejante. Es ésta una actitud muy frecuente entre los economistas que han caído bajo la influencia de la psicología behaviorista, o entre aquellos a quienes atemoriza un ataque de los exponentes de este culto extraño.

A primera vista parece muy admisible. Es muy seductora la afirmación de que nada debemos hacer que no hagan las ciencias físicas; pero es dudoso si la realidad lo justifica. Después de todo, nuestra tarea es explicar ciertos aspectos de la conducta, y es muy problemático que lo podamos hacer sin involucrar elementos psíquicos. Es bien seguro que, plazca o no al deseo de máxima austeridad, si entendemos términos como elección, indiferencia, preferencia y otros semejantes en función de la experiencia interna. La idea de un fin, fundamental para nuestra concepción de lo económico, no puede definirse tan sólo en función de la conducta exterior. Por lo menos la mitad de la ecuación, digámoslo así, debe tener carácter psíquico si hemos de explicar las relaciones que nacen de una escasez de medios y una multiplicidad de fines.

Semejantes consideraciones serían decisivas en la medida en que se acepte como correcta la definición del contenido de la Economía propuesta en este ensayo; pero podría decirse que eran simplemente un argumento para rechazar esa definición y sustituirla por otra que sólo se refiere a cosas "objetivas" y observables, como los precios en un mercado, los tipos de cambio, etc. Esto es claramente lo que encierra el procedimiento del profesor Gasset: el célebre *Ausschaltung der Wertlehre*.

Pero aun restringiendo el objeto de la Economía a la explicación de cosas observables, como los precios, descubriremos que, en realidad, es imposible explicarlas a menos que invoquemos elementos de naturaleza subjetiva o psicológica. Tan pronto como se formulan específicamente, resulta bien claro que los procesos más elementales de la determinación de los precios deben depender inter alia de lo que la gente piensa que ocurrirá con los precios. Las funciones de demanda -que el profesor Gasset considera nos permiten prescindir de elementos subjetivos -deben concebirse no sólo relacionándose con los precios que prevalecen ahora, o que pudieran prevalecer en los mercados de hoy, sino también en relación con toda una serie de precios que el público espera que prevalezcan en el futuro. Es evidente que lo que el público espera que suceda en el futuro no es susceptible de observación por métodos puramente behavioristas. No obstante, como el profesor Knight y otros han demostrado, es del todo necesario considerar semejantes anticipaciones si queremos entender alguna vez la mecánica del cambio económico. Es fundamental para una explicación cabal de los precios competitivos; resulta indispensable para explicar, aun superficialmente, los precios monopólicos. Es bien fácil presentar esas anticipaciones como parte de

---

<sup>107</sup> Particularmente en el artículo sobre "Economie Mathématique", en *Encyclopédie des Sciences Mathématiques*, París, 1911.

un sistema general de escalas de preferencia,<sup>108</sup> pero nos engañamos al suponer que semejante sistema toma en cuenta los datos observables. ¿Cómo puede observarse lo que un hombre piensa acerca de lo que va a suceder?

Precisa concluir, entonces, que habremos de incluir elementos psicológicos si queremos realizar nuestra tarea como economistas: dar una explicación suficiente de todas las cuestiones que cada definición del objeto de nuestra ciencia cubre necesariamente. No podemos dejarlos fuera si queremos que nuestra explicación resulte adecuada. En verdad parece que al investigar este problema central de una de las partes más avanzadas de las ciencias sociales hubiéramos dado con una de las diferencias esenciales entre éstas y las ciencias físicas. No corresponde a este ensayo explorar esos problemas más profundos de metodología; pero puede sugerirse que si este caso es típico -y algunos mirarían el método de la teoría de los precios como muy próximo al límite de las ciencias físicas-, entonces el método de las ciencias sociales que tratan de la conducta -que en cierto sentido es intencionado- nunca podrá ser asimilado del todo al método de las ciencias físicas. No es realmente posible entender los conceptos de elección, de relación recíproca de medio a fin, conceptos fundamentales de nuestra ciencia, por medio de la observación de datos externos. La concepción de una conducta intencionada en ese sentido no entraña por necesidad un indeterminismo final, aunque supone eslabones psíquicos -no físicos- en la cadena de una explicación causal y que por ese motivo no son, necesariamente, susceptibles de observación por métodos behavioristas. El reconocimiento de ello no requiere en lo más mínimo renunciar a la "objetividad" en el sentido de Max Weber. Era esto exactamente lo que Max Weber pensaba cuando escribió sus célebres ensayos.<sup>109</sup> Todo lo que la explicación "objetiva" de la conducta supone (es decir, el wertfrei, para usar la frase de Weber) es la consideración de ciertos datos: valoraciones individuales, etc., cuyo carácter no es meramente físico. El hecho de que esos datos mismos tengan la naturaleza de los juicios del valor no obliga a considerarlos como tales. Para el observador no son juicios de valor. Lo que importa a las ciencias sociales no es si los juicios individuales de valor son correctos en el sentido final de la filosofía del valor, sino si se les hace y si son eslabones esenciales en la cadena de la explicación causal. La cuestión debe resolverse por la afirmativa si la argumentación de este párrafo es correcta.

§ 5. Pero ahora surge la cuestión de si las generalizaciones de la Economía, además de descansar en este supuesto fundamental de las valoraciones relativas, no dependen también de un supuesto psicológico más general: el de una conducta completamente racional. ¿No es correcto definir el objeto del estudio de la

---

<sup>108</sup> Ver, por ejemplo, HICKS, "Gleichgewicht und Konjunktur" (Zeitschrift für Nationalökonomie, IV, 441-455).

<sup>109</sup> MAX WEBER, "Die Objectivität socialwissenschaftlichen und socialpolitischen Erkenntnis: Der Sinn der Wertfreiheit der soziologischen und ökonomischen Wissenschaft", en Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre.

Economía como el disponer racional de bienes?<sup>110</sup> ¿No puede decirse en este sentido que la Economía depende de otro supuesto psicológico más discutido que los examinados hasta ahora? Es asunto algo intrincado que merece atención, por sí solo y por lo que revela acerca de los métodos de la Economía en general.

Ahora bien, en la medida en que la idea de la acción racional lleva consigo la de una acción propia éticamente hablando, y algunas veces se la usa en este sentido en las discusiones ordinarias, puede decirse desde luego -después se dirá algo más- que en el análisis económico no interviene semejante supuesto. Como acabamos de ver, el análisis económico es *wert frei* en el sentido weberiano. Los valores que toma en cuenta son valoraciones de individuos. Queda fuera de su alcance si en un sentido ulterior son valoraciones válidas. Si la palabra racionalidad ha de usarse de modo que suponga este significado, entonces puede decirse que el concepto a que se refiere no entra en el análisis económico.

Pero si con el término racional sólo quiere decirse "consistente", entonces es indudable que un supuesto de esta clase debe intervenir en algunas explicaciones analíticas. La célebre generalización de que, en estado de equilibrio, la importancia relativa de las mercancías divisibles es igual a su precio, supone que cada elección final es congruente con todas las demás en el sentido de que si prefiero A a B y B a C, también prefiero A a C. En pocas palabras, que en un estado de perfecto equilibrio queda excluida la posibilidad de obtener alguna ventaja de ulteriores "operaciones de arbitraje interno".

Existe también un sentido más amplio en que el concepto de racionalidad como equivalente de consistencia queda sobrentendido en el examen de las condiciones de equilibrio. Puede ser irracional una congruencia completa entre mercancías en el sentido a que acabamos de referirnos, justamente porque el tiempo y la atención que tales comparaciones tan exactas requieren (en opinión del sujeto económico correspondiente) se pueden utilizar mejor en otra forma. Es decir, puede haber un costo de sustitución del "arbitraje interno" que, más allá de cierto punto, exceda a la ventaja. La utilidad marginal de no preocuparse por la utilidad marginal es un factor que han tomado en cuenta los principales representantes de la teoría subjetiva del valor a partir de Böhm-Bawerk. No es éste un descubrimiento reciente. Puede considerársele en un sentido formal consintiendo un cierto margen (o estructura de márgenes) de incongruencia entre valoraciones particulares.

Es completamente cierto que el supuesto de la racionalidad perfecta figura en

---

<sup>110</sup> En su interesante panfleto titulado *Economics is a Serious Subject*, la señora Joan Robinson me reprocha no haber hecho esta limitación. (La palabra que usa es "prudente", pero creo que no discutiré la interpretación que doy a su significado.) Es cierto que en diversas fases he hilvanado una actitud negativa frente a semejante proposición; pero no me referí al problema explícitamente por temor de que se dijera que examino demasiado los problemas laterales. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado. El párrafo siguiente es un intento de datar en forma más positiva esta cuestión. Es, sin embargo, un problema cuya solución presenta muy serias dificultades y estoy muy lejos de creer que ofrezco un análisis definitivo.

explicaciones de esta clase; mas no lo es que las generalizaciones económicas se limiten a la explicación de las situaciones en que la acción es perfectamente congruente. Los medios pueden ser escasos en relación con los fines aun cuando éstos sean incompatibles. El cambio, la producción, las fluctuaciones, todo acontece en un mundo en que las personas no se dan cuenta plena de las consecuencias de lo que hacen. A menudo resulta incongruente (irracional en este sentido) desear la inmediata satisfacción plena de la demanda de los consumidores y, al mismo tiempo, estorbar la importación de artículos extranjeros por medio de tarifas u otros obstáculos parecidos. No obstante, así se hace con frecuencia. ¿Quién se atrevería a afirmar que la Ciencia Económica es incompetente para explicar la situación que se provoca?

Hay un sentido en el cual, por supuesto, la palabra racionalidad puede usarse, sentido que hace legítimo sostener que antes de que la conducta humana tenga un aspecto económico, se supone al menos una cierta racionalidad: el equivalente a conducta "encaminada a un fin". Como ya hemos visto, si no concebimos la conducta encaminada a un fin, es discutible que tenga algún sentido la concepción de las relaciones entre medios y fines que estudia la economía. Así, pues, podría afirmarse que no existirían fenómenos económicos si no existiera una acción con un propósito.<sup>111</sup> Mas decir esto no equivale en manera alguna a que toda acción intencionada sea completamente consistente. En verdad puede afirmarse que cuanto más consciente de sí misma es la acción enderezada a un propósito, más congruente es necesariamente; pero esto no quiere decir que sea necesario suponer ab initio que siempre es congruente o que las generalizaciones económicas se limitan a ese sector de la conducta, quizá pequeño, en que todas las inconsistencias han sido resueltas.

El hecho es, naturalmente, que el supuesto de la perfecta racionalidad en el sentido de completa congruencia es tan sólo uno de los muy numerosos supuestos de carácter psicológico que se introducen en el análisis económico en diversas etapas de su aproximación a la realidad. El de la perfecta previsión, que a menudo conviene adoptar, es de naturaleza parecida. El propósito de estos supuestos no es alentar la creencia de que el mundo de la realidad corresponde a las explicaciones en que figuran, sino el de que nos permitan estudiar aisladamente tendencias que en el mundo sólo operan en conjunción con otras

---

<sup>111</sup> Es en este sentido, según creo, en el que el profesor Mises usa el término cuando afirma que toda conducta (Handeln) debe concebirse como racional por oposición a las reacciones meramente vegetativas (Grundprobleme der Nationalökonomie, 22 y 24). La insistencia del profesor Mises en este uso del término es consecuencia necesaria de su insistencia en que la conducta no debe dividirse de acuerdo con patrones éticos para los propósitos de las ciencias sociales. Es decir, que no debe dividirse en racional e irracional, dando a estas palabras una significación normativa. Quienes han criticado al profesor Mises suponiendo que usa la palabra en otros sentidos, no han puesto realmente suficiente atención en el contexto de su reiteración. Se supone gratuitamente que el autor de Kritik des Interventionismus no se ha dado cuenta de que la conducta puede ser irracional en el sentido de incongruente.

varias, y luego, por contraste y por comparación, volver a aplicar el conocimiento así obtenido a la explicación de situaciones de mayor complejidad. El método de la Economía pura tiene, en este sentido por lo menos, su contrapartida en el método de todas las ciencias físicas que han ido más allá de la etapa de la recolección y clasificación.

§ 6. Consideraciones de esta clase nos permiten estudiar también la muy reiterada acusación de que la Economía supone un mundo de hombres a quienes sólo preocupa su propio interés y hacer dinero. Vale la pena examinarla con más detenimiento, por estúpido y exasperante que pueda parecer a todo buen economista. Aunque falsa, hay en ella un cierto recurso expositivo de análisis puro que de no explicarse en detalle puede dar origen a censuras de esta clase.

El absurdo generalizado de creer que el mundo de que se ocupa el economista se halla poblado de egoístas o de "máquinas de placer" debiera quedar aclarado ya después de lo que hemos dicho. El concepto fundamental del análisis económico es la idea de las valoraciones relativas; y, según dijimos ya, si suponemos que los diferentes bienes tienen distintos valores en diversos márgenes, no consideramos como parte de nuestro problema explicar por qué existen esas valoraciones. Las tomamos como datos. Por lo que a nosotros se refiere, nuestros sujetos económicos pueden ser egoístas puros, altruistas puros, ascetas puros, sensuales puros o, lo que es más probable, una mezcla de todos estos impulsos. Las escalas de las valoraciones relativas son tan sólo un medio formal conveniente de presentar características permanentes del hombre tal como es en la realidad. La renuencia a reconocer la primacía de estas valoraciones es simplemente negarse a entender el significado de los últimos sesenta años de la Ciencia Económica.

Ahora bien, las valoraciones que determinan transacciones específicas pueden ser de grados diversos de complejidad. En mi compra de pan puedo estar interesado nada más en la comparación entre el pan y las otras cosas comprendidas en el círculo de cambio dentro del que gasto mi dinero; pero también puedo estarlo en la felicidad de mi panadero, pues entre él y yo pueden existir ciertos lazos que me hagan comprarle el pan y no a su competidor, quien está dispuesto a venderlo un poco más barato. Igual puede suceder, exactamente, al tratar de vender mi trabajo o alquilar mi casa, ya que puedo interesarme sólo en las cosas que recibo como resultado de la transacción, o también en la experiencia de trabajar en una forma y no en otra, o en el prestigio o descrédito, en la sensación de virtud o vergüenza al alquilar mi propiedad de este modo antes que de otro.

Nuestra concepción de las escalas de valoración relativa considera todo esto. Y las generalizaciones que describen el equilibrio económico se formulan en una forma que lo destaca de un modo explícito. Todos los estudiantes de primer año, desde los días de Adam Smith, han aprendido a expresar el equilibrio en la distribución de grados concretos de trabajo en función de una tendencia, no para aumentar al máximo las ganancias nominales o en dinero, sino las ventajas netas

de las diversas soluciones a la mano.<sup>112</sup> Como ya hemos visto, también la teoría del riesgo, y su influencia sobre el mercado de capitales, depende en esencia de supuestos de esta clase. Pero a menudo es conveniente, por necesidades de la exposición, arrancar de la primera aproximación de que la valoración es de un orden muy simple y de que en un lado existe una cosa que se desea o se ofrece y en el otro el dinero que ha de obtenerse o darse a cambio de ella. La aclaración de ciertas proposiciones complicadas, como la teoría de los costos o el análisis de la productividad marginal, permite una economía de los términos. No hay la menor dificultad para prescindir, en el momento oportuno, de estos supuestos y pasar al análisis expuesto en términos de completa generalidad.

Esto, pues, es cuanto existe tras el *homo oeconomicus*: el supuesto ocasional de que en ciertas relaciones de cambio todos los medios, por así decirlo, están de un lado y del otro todos los fines. Si, por ejemplo, para demostrar las circunstancias dentro de las cuales se forma un precio en un mercado limitado, se supone que en él compro siempre al que me vende más barato, ello no quiere decir en manera alguna que en mí actúan necesariamente motivos egoístas. Por el contrario, es bien sabido que la relación impersonal postulada se observa en su forma más pura cuando los fiduciarios, cuya situación no permite el lujo de relaciones más complicadas, tratan de conseguir las mejores condiciones para lo que administran: el negociante es alguien mucho más complicado. Todo esto significa que mi relación con los comerciantes no entra en mi jerarquía de fines. Yo (que puedo actuar por mí mismo, o en nombre de mis amigos o de alguna institución cívica o de beneficencia) los miro como meros medios. De otro modo: si se supone -como se hace normalmente para demostrar por contraste todo cuanto traen las influencias en equilibrio- que siempre vendo mi trabajo en el mercado más caro, no puede suponerse que el dinero y mi propio interés son mis objetivos finales, pues bien puede ser que yo trabaje a beneficio de alguna institución filantrópica. Sólo se supone, por lo que se refiere a esa transacción, que mi trabajo es apenas un medio para lograr un fin, sin que pueda ser considerado como un fin en sí mismo.

Si se aceptara más esta idea, si se comprendiera más generalmente que el hombre económico sólo es un artificio de la exposición -una primera aproximación usada con mucha cautela en una etapa de la argumentación, la cual, ya en pleno desarrollo, ni se utiliza ni se requiere en modo alguno como justificación de su método- sería poco probable que existiera semejante espantajo universal. Por supuesto que, en general, se cree que tiene una mayor significación, que se esconde tras todas esas generalizaciones de "las leyes de la oferta y la demanda", mejor llamadas teoría de la estática comparativa, cuya explicación es con tanta

---

<sup>112</sup> Ver CANTILLON, *Essai sur la Nature du Commerce* (Ed. Higgs), 21 (Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio en General, México, Fondo de Cultura Económica, 1950. Adam SMITH, *Riqueza de las Naciones*, I, X; SENIOR, *Political Economy*, 200-216; McCULLOCH, *Political Economy*, 364-378; J. S. MILL, *Economía Política*, 5ª ed., I, 460-483; MARSHALL, *Principios*, 8ª ed., 546-558, para tomar una muestra representativa de lo que debía ser considerada como la más genuina tradición inglesa. Ver WICKSTEED, *Commonsense of Political Economy*, Primera Parte, *passim*, para una versión moderna de estas doctrinas.

frecuencia hostil al deseo de poder creer en la posibilidad de repicar y andar en la procesión. Y por esta razón se le ataca con furia. Si fuera el Hombre Económico el que cierra la entrada al país de las hadas, entonces sí parecería que un poquillo de psicología -no importaría mucho de qué marca- pudiera esperarse que la abriera de par en par. Cuánto prestigio, qué fama de una penetración realmente honda en la motivación humana, no debiera esperarse de semejante espectacular revelación!

Esta creencia, por desgracia, es hija de una falsa interpretación. Los postulados de la teoría de las variaciones no suponen a los hombres animados sólo por la idea de ganar o perder dinero. Lo único que suponen es que el dinero desempeña una parte en la valoración de las opciones dadas y que si en una posición de equilibrio el incentivo del dinero varía, las valoraciones de equilibrio tienden a alterarse. El dinero no puede ser considerado como un factor predominante en la situación que contemplamos. Los postulados, entonces, son aplicables en la medida en que aquél juega algún papel.

Una simple ilustración aclarará esto plenamente. Supongamos que se concede un pequeño subsidio a la fabricación de un artículo que se produce en condiciones de libre competencia. Su producción tenderá a aumentar de acuerdo con teoremas bien conocidos. La magnitud del aumento dependerá de consideraciones de elasticidad que no necesitamos examinar. Ahora bien, ¿de qué depende esta generalización? ¿Del supuesto de que sólo consideraciones de una ganancia monetaria animan a los productores? De ninguna manera. Podemos suponer que toman en consideración todas las "otras ventajas y desventajas" con las que nos han familiarizado Cantillon y Adam Smith. Pero si suponemos que antes de que se concediera el subsidio existía una situación de equilibrio, también debemos suponer que su concesión debe romperlo. Esta supone un empeoramiento de las condiciones en que el ingreso real se obtiene en este renglón de los negocios. Es una proposición muy elemental la de que la demanda tiende a aumentar si el precio se reduce.

Existe, quizá, un refinamiento de esta conclusión que necesita presentarse de manera explícita. Puede muy bien suceder que no se observe ningún movimiento primario si el cambio de que se trata es muy reducido.<sup>113</sup> ¿Contradice esto a nuestra teoría? De ningún modo. La idea de las escalas de valoración no supone que cada unidad física de una mercancía que cae dentro del alcance de la valoración efectiva debe tener por fuerza una significación propia para la acción. Dentro del supuesto de la jerarquía de las opciones, no ignoramos el hecho de que debe alcanzarse el mínimo sensible para que el cambio sea efectivo.<sup>114</sup> Las alteraciones de uno o dos centavos en un precio pueden no afectar los hábitos de

---

<sup>113</sup> Por movimiento primario debe entenderse un movimiento en la línea de producción afectada; por movimiento secundario, expansiones o contracciones del gasto en otras líneas. Como se dice después, algunos movimientos secundarios son casi inevitables.

<sup>114</sup> Compárese WICKSTEED, op. cit, Segunda Parte, I y II.

un sujeto económico determinado; pero esto no quiere decir que una modificación de un peso no sea efectiva. Tampoco quiere decir que, dada la limitación de recursos, la necesidad de gastar más o menos en una cosa no afecta inevitablemente la distribución del gasto, aun si en el renglón de gastos directamente afectado permanece inalterable la cantidad demandada.

§ 7. La naturaleza del análisis económico parecerá más clara a la luz de todo lo que se ha dicho. Consiste en deducciones derivadas de una serie de postulados de los cuales los más importantes son hechos casi universales de la experiencia en todos los casos en que la actividad humana tiene un aspecto económico; el resto lo constituyen supuestos de naturaleza más limitada y descansan en las características generales de situaciones particulares o tipos de situaciones para cuya explicación ha de usarse la teoría.

A veces se piensa, sin embargo, que semejante concepción es esencialmente de carácter estático, que sólo se refiere a la descripción de posiciones finales de equilibrio, dejando fuera de su campo las variaciones. Un conocimiento de esta clase tiene muy escaso valor explicativo, puesto que el mundo de la realidad no se halla en estado de equilibrio, sino, antes bien, tiene la apariencia de cambio incesante. Esta creencia, que evidentemente comparten muchos, necesita examinarse más.

Es muy cierto, por otra parte, que las proposiciones elementales del análisis económico son descripciones de un equilibrio estacionario. Principiamos por examinar condiciones no de completa quietud como en la estática -de la cual, por analogía, se toma con frecuencia el nombre de esta parte de nuestro estudio-, sino condiciones en que las diversas "corrientes" de actividad no muestran tendencia a cambiar, o que sólo cambian dentro de un ciclo recurrente.<sup>115</sup> Así, pues, podemos examinar las condiciones de un simple mercado en que las fundamentales de la oferta y la demanda no se alteran día a día, e inquirir en qué condiciones las cantidades cambiadas diariamente permanecen invariables aunque las partes que intervienen en el cambio se hallen en libertad de variar sus convenios de compraventa. O bien, podemos considerar el caso en que la producción tiene lugar, pero en el cual los datos fundamentales -es decir, las valoraciones de los sujetos económicos, las posibilidades técnicas de la producción y la oferta final de

---

<sup>115</sup> El profesor Souter, en sus interesantes observaciones sobre la relación entre la estática y la dinámica (Prolegomena to Relativity Economics, 11-13), parece suponer que la posibilidad del cambio recurrente dentro de un equilibrio estacionario pasa desapercibida a quienes operan con este concepto. Me atrevo a creer que es un error. Los cambios de esta clase han sido tomados en cuenta. En la descripción que hace el profesor Schumpeter de una sociedad estacionaria en el capítulo I de su Teoría del Desarrollo Económico [México, Fondo de Cultura Económica, 1944], no se supone, en verdad, que el trigo se cosecha todo el año, y las complicaciones particulares de este concepto de equilibrio intertemporal las ha examinado con gran amplitud el profesor HAYEK en su artículo "Intertemporale Gleichgewicht System", Weltwirtschaftliches Archiv, 28, 33-76.

factores- no cambian, e inquirir dentro de qué condiciones no habría tendencia a que cambiara la corriente de la producción. Y así sucesivamente.

No hay necesidad de ensayar toda la lista de posibilidades, pues cualquiera de los libros de texto más rigurosos -Lecciones de Economía Política, de Wicksell, o los *Eléments*, de Walras, entre otros- proporcionan ejemplos de lo que examinamos.

Pero es del todo equivocado suponer que nuestras investigaciones se limitan a estos preliminares esenciales. Una vez que hemos investigado con rigor las condiciones de las corrientes constantes y, de aquí, hemos aprendido a entender por contraste las condiciones en que las corrientes tenderán a modificarse, podemos dar un paso más en nuestra investigación y examinar las variaciones.

Podemos hacerlo en dos formas. En primer lugar, comparar las posiciones de equilibrio suponiendo pequeñas variaciones en los datos. Así, por ejemplo, podemos suponer la creación de un impuesto, un descubrimiento que modifique los métodos técnicos, un cambio de gustos, etc., y ensayar descubrir en qué aspectos difiere una posición de equilibrio de otra. El llamado análisis clásico, imperfecto como descripción completa de estados finales de equilibrio, proporciona una gran variedad de útiles comparaciones de diferencias de esta clase. Esta parte de nuestra teoría ha sido llamada con frecuencia la teoría de la estática comparativa.<sup>116</sup>

Pero podemos ir más lejos: no sólo comparar dos estados finales de equilibrio suponiendo variaciones determinadas, sino también intentar trazar el camino realmente seguido por las diferentes partes de un sistema si se conoce un estado de desequilibrio. Este es, por supuesto, el significado del análisis del "período" de Marshall. Dentro de esta categoría cae también una gran parte de lo más importante de la teoría monetaria y bancaria. Y al hacer todo esto no suponemos que sea necesario el equilibrio final. Suponemos que en diferentes partes del sistema funcionan algunas tendencias hacia la restauración de un equilibrio respecto a ciertos puntos de referencia limitados. Pero no necesitamos suponer que el efecto combinado de estas tendencias será por fuerza equilibrador. Es fácil concebir configuraciones iniciales de los datos que no tienen una tendencia hacia el equilibrio, sino que, antes bien, tienden a una oscilación acumulativa.<sup>117</sup>

---

<sup>116</sup> La frase, según creo, se debe al doctor SCHAMS. Ver su "Komparative Statik" (*Zeitschrift für Nationalökonomie*, II, 27-61); pero el procedimiento arranca desde la época de los economistas clásicos, según se indicó antes.

<sup>117</sup> Ver el luminoso artículo del Dr. ROSENSTEIN-RODAN, "The Rôle of Time in Economic Theory" (*Economica*, nueva serie, I, 77).

En todo esto, como es evidente para quien se halle enterado de los métodos del análisis económico, es fundamental el conocimiento de los principios estáticos.<sup>118</sup>

Examinamos el cambio comparando las pequeñas diferencias de equilibrio o los efectos de diferentes tendencias hacia ese equilibrio, pues es difícil ver qué otro procedimiento podría adoptarse. Pero deberá ser igualmente obvio que estudiamos estos problemas estáticos no por sí mismos, sino con objeto de aplicarlos a la explicación del cambio. Existen ciertas proposiciones de economía estática que son importantes por sí solas; pero apenas se exagera al afirmar que su significación principal reside en su aplicación a la economía dinámica. Estudiamos las leyes del "reposo" con objeto de entender las leyes del cambio.

Pero ahora la cuestión surge: ¿no podemos siquiera ir más allá? ¿Las operaciones dinámicas descritas hasta aquí se relacionan con el estudio de los efectos de determinadas variaciones de los datos? ¿No podemos abandonar todo esto y explicar los cambios mismos de los datos? Esto da origen a cuestiones que pueden ser examinadas más convenientemente en otro capítulo.

---

<sup>118</sup> El profesor Souter no ha entendido correctamente mi actitud hacia Marshall a este respecto, sin duda a causa de la crudeza de mi exposición. Una vez tuve el atrevimiento de decir que consideraba la condición estacionaria como un instrumento teórico superior al método estático ("On a Certain Ambiguity in the Conception of Stationary Equilibrium", *Economic Journal*, XL, 194). Sin embargo, con esto no quise decir que consideraba el análisis del equilibrio estacionario como un fin en sí mismo, y superfluas las investigaciones dinámicas en el sentido que se indica, lo cual, por supuesto, era la principal preocupación de Marshall. Aplaudo cordialmente los grandes méritos que el profesor Souter reclama en esto para Marshall. En muchos aspectos lo único que hacemos es reconquistar penosamente el terreno que él conquistó hace treinta años. Y convengo, como ya lo he subrayado más arriba, que la razón de ser de las investigaciones estáticas es la explicación del cambio dinámico. Todo lo que quiso decir en las frases que el profesor Souter objeta con tanto vigor era que si queremos llevar adelante estas investigaciones dinámicas, estaríamos mejor dotados si nos empapamos de todas las consecuencias del completo equilibrio estacionario, y no si nos aventuramos con un conocimiento obtenido del examen de posiciones parciales de equilibrio. Convengo que sería erróneo hablar de que Marshall no estuviera enterado de las complicaciones de una completa interdependencia, aun cuando creo que con frecuencia pasaba por alto algunas cosas que subsecuentes investigaciones han aclarado, razón por la cual me inclino a convenir que con objeto de estudiar diversas clases de cambio tenemos que hacer abstracción -como lo hacía Marshall- de todas las remotas posibilidades de interdependencia. Pero si creo legítimo afirmar que es mejor hacer esto habiendo precisado y reconocido explícitamente todas las dificultades, que proceder directamente a resolver los problemas dinámicos dejando que el lector se provea intuitivamente de los fundamentos estáticos. No creo mancillar la alta estimación que todas las personas juiciosas deben sentir por Marshall, al sostener que la Economía habría progresado más de lo que ha progresado si en lugar de considerarlos como una carga que había que evitar a sus lectores hubiera él establecido rigurosamente todos los supuestos de su método; hemos tenido que reaprender tantas cosas que no creyó que valiera la pena establecer explícitamente. Sin duda que aun esto es discutible. Es fácil comprender el deseo de ser inteligible para algunos representantes competentes del mundo de los negocios, quienes, a pesar de su competencia, se mostrarían impacientes por la rigurosa severidad del análisis; y los profesores, por lo menos, deben estar agradecidos a Marshall por haber producido una obra que impedirá a los principiantes verse arrastrados por el camino de las matemáticas fáciles; pero es muy difícil no estar de acuerdo con Keynes en que es una lástima que Marshall no publicara otras monografías semejantes a *Papers on the Pure Theory of International and Domestic Values*. ¿Estará en desacuerdo con esto el profesor Souter?

## V. LAS GENERALIZACIONES ECONÓMICAS Y LA REALIDAD

§ 1. Es característico de las generalizaciones científicas que se refieran a la realidad. Ya sea que se formulen en términos hipotéticos o categóricos, se distinguen de las proposiciones de la lógica pura y de las matemáticas por el hecho de que, en cierto sentido, se refieren a lo que existe o a lo que puede existir y no a relaciones puramente formales.

A este respecto, es claro que las proposiciones de la Economía coinciden exactamente con las de las otras ciencias. Como ya hemos visto, son deducciones de simples supuestos que reflejan hechos muy elementales de la experiencia general. Si las premisas se refieren a la realidad, las deducciones de ellas derivadas deben tener un punto similar de referencia.

Esto demuestra, por consiguiente, que la creencia frecuentemente expuesta por los críticos de la Economía de que ésta es un mero sistema de deducciones sin relación con la realidad se basa en un mal entendimiento. Debe reconocerse que el conocimiento de los hechos, base de las deducciones económicas, tiene una diferente importancia de la que tiene el conocimiento de los hechos base de las deducciones de las ciencias naturales. Hay que admitir, que, por esta razón, los métodos de la Ciencia Económica -si bien no su consistencia lógica- difieren frecuentemente de los métodos de las ciencias naturales. Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que sus generalizaciones tengan un carácter "meramente formal", o que pueda considerárselas como deducciones "escolásticas" de definiciones establecidas arbitrariamente. Por el contrario, puede afirmarse que existe menos fundamento para dudar de su contenido real que para dudar del que tienen las generalizaciones de las ciencias naturales. En Economía, como hemos visto, conocemos los últimos elementos constitutivos de las generalizaciones fundamentales por una familiaridad inmediata. En las ciencias naturales sólo los conocemos por inferencia. Hay mucho menos fundamento para dudar de la contrapartida que en la realidad tiene el supuesto de las preferencias individuales que de la del supuesto del electrón.<sup>119</sup> Es cierto que deducimos demasiado de las definiciones; pero no es exacto que éstas sean arbitrarias.

Lo anterior demuestra, también, que es un craso error considerar al economista, cualquiera que sea el grado de su "pureza", preocupado sólo con la deducción. Es innegable que gran parte de su trabajo la realiza a través de un elaborado proceso de deducción, pero es completamente inexacto suponer que ésa es su única tarea, o siquiera la principal. La ocupación del economista es interpretar la realidad. El trabajo de descubrimiento consiste no en explicar premisas determinadas, sino en percibir los hechos que son su base. El proceso de descubrir esos elementos en una experiencia común que proporciona la base de nuestro tren de razonamiento deductivo es descubrimiento económico en el mismo grado en que lo es sacar nuevas inferencias de premisas viejas. La teoría actual

<sup>119</sup> Ver la discusión clásica sobre la cuestión en *Character and Logical Method of Political Economy*, de CAIRNES, 2ª ed., 81-99. Ver también HAYEK, *Collectivist Economic Planning*, 8-12.

del valor se ha desarrollado en los últimos tiempos por una elaboración progresiva de deducciones obtenidas de premisas muy simples; pero el gran descubrimiento, la revolución mengeriana, de que parte esta etapa del progreso, fué el descubrimiento de las premisas mismas. Igual ha sucedido con los otros principios que hemos examinado. La percepción y la selección de la base del análisis económico son una parte tan esencial de la Economía como el análisis mismo. Esto, además, es lo que le da su significación.

§ 2. Al mismo tiempo debe admitirse que las proposiciones que hemos establecido hasta aquí son de carácter muy general. Si determinado bien es escaso, sabemos entonces que su uso habrá de ajustarse a ciertas leyes. Si su tabla de demanda es de cierto orden, entonces sabemos que las alteraciones de la oferta moverán su precio en determinado sentido. Pero, como ya hemos descubierto,<sup>120</sup> en el concepto de escasez nada hay que nos autorice a atribuirle a una mercancía en particular. Nuestras deducciones no nos autorizan a decir que el caviar es un bien económico y que la carroña es una desutilidad. Todavía nos aclaran menos acerca de la intensidad de la demanda del caviar o de la demanda para librarnos de la carroña. Desde el punto de vista de la Economía pura, estas cosas las condicionan, por una parte, valoraciones individuales y, por otra, los datos técnicos de la situación que se examina. Y tanto las valoraciones individuales como los datos técnicos quedan fuera de la esfera de la uniformidad económica. Para usar la expresiva frase de Strigl, estas cosas constituyen, desde el punto de vista del análisis económico, el elemento irracional del mundo de nuestro razonamiento.<sup>121</sup>

Pero, ¿no es deseable trascender semejantes limitaciones? ¿No debemos aspirar a colocarnos en una posición que nos permita atribuir valores numéricos a las escalas de valoración y establecer leyes cuantitativas de la oferta y la demanda? Esto da lugar, en forma ligeramente distinta, a algunas de las cuestiones que dejamos sin respuesta al terminar el último capítulo.

Semejante conocimiento sería, sin duda, útil; pero un momento de reflexión permitiría precisar que estamos entrando a un campo de investigación en el que no existe ninguna razón para suponer que han de descubrirse uniformidades. Son de naturaleza heterogénea las "causas" que hacen que las valoraciones finales dominantes en un momento sean lo que son: no hay razón para suponer que los efectos resultantes revelen una uniformidad significativa en el tiempo y en el espacio. Puede sostenerse, sin duda, que hay un sentido en el cual toda muestra del universo escogida al azar es el resultado de causas determinadas; mas no hay ningún fundamento para suponer que el estudio de una muestra escogida al azar dé origen a generalizaciones de alguna importancia. Las ciencias no proceden así. Ese, o algo muy parecido, es, empero, el supuesto que yace en la esperanza de

---

<sup>120</sup> Ver II, §§ 1, 2 y 3

<sup>121</sup> STRIGL, Op. cit., 18.

que las categorías formales del análisis económico puedan recibir contenido sustancial del valor constante y permanente.<sup>122</sup>

Un simple ejemplo lo aclarará bien. Tomemos la demanda de arenques. Supongamos que nos hallamos frente a una orden que les fija un precio, inferior al que hasta ahora ha regido en el mercado. Supongamos que pudiéramos decir: "de acuerdo con las investigaciones de Pérez (1907-1908), la elasticidad de la demanda del arenque común (*Clupea harengus*) es de 1.3; por consiguiente, es de esperar que la orden que fija el precio deje un excedente de la demanda sobre la oferta de dos millones de barriles. ¡Qué agradable sería poder decir cosas como ésta! ¡Qué lisonjero para nuestra propia estimación, habitualmente algo deteriorada vis-a-vis la de los profesores de ciencias naturales! Qué impresionante para el gran negociante! ¡ Qué persuasivo para el público en general!

Pero ¿podemos esperar alcanzar posición tan envidiable? Supongamos que en 1907-08 Pérez hubiera acertado, y que, dado un cambio de precio en ese año, la elasticidad de la demanda fuera de 1.3. Esta clase de cálculos groseros no es muy difícil en realidad, y puede tener gran utilidad para ciertos propósitos. Pero ¿qué razón hay para suponer que Pérez desenterraba una ley constante? El arenque satisface, sin duda, ciertas necesidades fisiológicas susceptibles de una descripción muy exacta, aunque no es, en modo alguno, el único alimento capaz de satisfacerlas. La demanda de arenques, sin embargo, no es una simple derivación de las necesidades. Es, como si dijéramos, una función de un gran número de variables aparentemente independientes. Lo es de la moda, y por moda entendemos algo más que los efímeros resultados de una campaña pro consumo de arenques. Su demanda podría alterarla mucho un cambio en las opiniones teológicas de los sujetos económicos que intervienen en el mercado. Es una función de la disponibilidad de otros alimentos; también de la cantidad y calidad de la población; asimismo de la distribución de los ingresos dentro de la comunidad, de los cambios del volumen de dinero. La transformación de los medios de transporte modificará el área de la demanda de arenques. Los descubrimientos del arte culinario pueden modificar su deseabilidad relativa. ¿Se puede suponer razonablemente que los coeficientes derivados de la observación de un mercado determinado de arenques, en un tiempo y lugar particulares, tengan una significación permanente, a no ser como historia económica?

Es posible, desde luego, ampliar con diversos artificios el área de observación para que abarque más tiempo. En lugar de observar el mercado de arenques unos cuantos días, pueden reunirse estadísticas del cambio de precios y de las alteraciones de la oferta y la demanda durante un período de años, "ajustarlas" para tener en cuenta los movimientos estacionales, el aumento o disminución de la población, etc., etc., y usarlas para obtener una cifra que represente la elasticidad media de todo el período. Y dentro de ciertos límites, semejantes

---

<sup>122</sup> Nótese la limitación "valor constante y permanente". Deben examinarse las observaciones que se hacen más abajo sobre el valor positivo de las investigaciones de esta clase antes de rechazar por drástica en exceso la conclusión del texto.

cálculos tienen su utilidad. Son un medio conveniente de describir ciertas fuerzas que operan en esa época histórica. Como veremos después, pueden ser una guía para determinar lo que puede acontecer en el futuro inmediato. Si se quiere utilizar eficientemente la más refinada herramienta del análisis económico, es necesario tener ideas, así sean aproximadas, de la elasticidad de la demanda en mercados concretos; mas no hay razón para considerarlas como leyes inmutables. Por más exactamente que describan el pasado no hay ninguna presunción de que deban continuar describiendo el futuro. Las cosas han sucedido en el pasado de cierto modo y pueden seguir ocurriendo así en el futuro por un corto tiempo; pero no hay ningún fundamento para suponer que el modo en que sucedieron en el pasado es el resultado de causas homogéneas. Tampoco lo hay para suponer que sus cambios en el futuro deberán atribuirse a causas que han operado en el pasado. Si quisiéramos servir de algo en materia de arenques, no debemos pensar nunca en apoyarnos en investigaciones como la que realizó en 1907-8 el desdichado de Pérez. Tenemos que rehacer todo de nuevo sobre la base de datos más recientes. Por importantes que puedan ser esas investigaciones -y nada de lo que aquí se dice sobre su carácter metodológico debe tomarse como una negación de su valor práctico muy considerable- no se puede reclamar para sus resultados el carácter de las llamadas leyes "estadísticas" de las ciencias naturales.<sup>123</sup>

Pero, podría preguntarse, ¿acaso la diferencia entre los resultados de semejante investigación y los postulados de que dependen las principales generalizaciones de la Economía no es sólo una diferencia de grado más bien que de especie? Ya hemos demostrado que de no existir una jerarquía de fines, sino que todos tuvieran igual importancia, los resultados de la conducta serían completamente indeterminados, y aun las generalizaciones más elementales de la teoría del valor serían inaplicables. No existe garantía de que no suceda así. El hecho de que las condiciones que permiten aplicar esas proposiciones persistan es sólo cuestión de probabilidad. En la misma forma justa es posible demostrar analíticamente que pueden concebirse circunstancias en las que la curva de la demanda registre una inclinación positiva. Con todo, si esto fuera frecuente, muchas de las más aceptadas generalizaciones de la teoría educativa serían inaplicables. De nuevo, es una cuestión de probabilidad que no sea así. ¿Cuál es la diferencia esencial entre este supuesto y el de que la elasticidad de la demanda de arenques es de 1.3?

El argumento es de peso. Y puede aceptarse que, en este sentido, la diferencia es una diferencia de grado más bien que de género. Mas a esto puede replicarse que la diferencia de grado es tan grande que se justifica considerarla como una diferencia de especie. Pudiera ocurrir que las valoraciones fueran de una naturaleza tan peculiar que la conducta resultara indeterminada; pero ello es tan extraordinariamente improbable que estamos justificados para desdeñar la posibilidad. No lo es tanto que la función de la demanda pueda ser positiva; pero existe una vigorosa probabilidad de que no sea ésa la regla sino la excepción. Por

---

<sup>123</sup> En HALBERSTAÉDTER, Die Problematik des Wirtschaftlichen Prinzips, pueden encontrarse observaciones muy interesantes sobre los problemas examinados antes.

otra parte, cuando se estudia la valoración de productos determinados y la elasticidad de la demanda derivada de ellos, existe seguramente, por las razones ya expuestas, una enorme probabilidad de que no sea de esperar la constancia. He aquí, en verdad, lo histórico-relativo in excelsis. El hecho de que podamos disponer nuestras preferencias conforme a cierto orden es de un grado de generalidad tan superior al orden de preferencias momentáneo de cualquier individuo que estamos plenamente justificados para considerarlas de diferente carácter por lo menos en nuestra esfera de raciocinio. Y aunque pueda sostenerse que en el futuro se harán más valiosos trabajos para indagar estos valores momentáneos, parece más importante, si ha de conservarse el sentido de las proporciones, que sus limitaciones sean admitidas y no que se insista en la similitud formal con los amplios fundamentos cualitativos que constituyen la base de la ciencia tal como es. Quizá esta sea otra de las diferencias metodológicas entre las ciencias naturales y las sociales. En aquéllas la transición de lo cualitativo a lo cuantitativo es fácil e inevitable. En las ciencias sociales, por razones que ya se han expuesto, en cierto sentido, es casi imposible y la acompañan peligros y dificultades. Probablemente se ocasione menos daño, teniendo en cuenta lo que ya ha sucedido, subrayando las diferencias entre las ciencias sociales y las naturales, que insistiendo en sus semejanzas.<sup>124</sup>

§ 3. Si esto es cierto de los intentos para otorgar valores cuantitativos definidos a conceptos elementales como son las funciones de la demanda y de la oferta, lo es más aún de los intentos para formular leyes "concretas" del movimiento de fenómenos más complejos como el de fluctuación de los precios, la dispersión del costo, el ciclo económico, etc., etc. Durante los últimos diez años estas cuestiones se han multiplicado con el nombre de institucionalismo, "economía cuantitativa", "economía dinámica" y no sé cuántas cosas más;<sup>125</sup> no obstante, la mayor parte de las investigaciones han estado condenadas al fracaso desde el principio y hubiera sido igual no haberlas emprendido nunca. La teoría de la probabilidad, sobre la que descansa la estadística matemática moderna, no justifica promediar cuando las condiciones son de tal naturaleza que no permiten suponer que operan causas homogéneas de diferentes clases. Este es el procedimiento normal, empero, de mucha de la obra de esta especie. La correlación de tendencias sujetas a influencias del carácter más diverso se las analiza como "leyes cuantitativas". No obstante que los promedios se derivan de fenómenos que ocurren bajo las circunstancias más heterogéneas de tiempo y espacio, se espera que el resultado tenga alguna significación. En el libro del profesor Wesley

---

<sup>124</sup> En todos los asuntos examinados en esta sección debo mucho a mis conversaciones con el doctor Machlup.

<sup>125</sup> Sobre el aspecto del institucionalismo que se discute después debiera consultarse el ensayo del profesor Wesley MITCHELL, "The Prospects of Economics", en *Trend of Economics* (ed. Tugwell). Sobre la posición general de la escuela, ver MORGENSTERN, "Bemerkungen über die Problematik der Amerikanischen Institutionisten", en *Saggi di Storia e Teoria Economica in onore e ricordo di Giuseppe Prato*, Turín, 1931; FETTER, art. "America", *Wirtschaftstheorie der Gegenwart*, 1, 31-60. Ver también la reseña de *Trend of Economics*, por el profesor Allyn YOUNG, reimpresa en su *Economic Problems New and Old*, 232-260.

Mitchell, *Business Cycles*,<sup>126</sup> por ejemplo, por cuya magnífica colección de datos los economistas están, con razón, muy agradecidos, después de una prolongada y valiosa descripción del curso de las fluctuaciones cíclicas en diferentes países desde fines del siglo XVIII, se obtiene un promedio de la duración de todos los ciclos, y se traza una curva normal logarítmica de acuerdo con el método Davies para la distribución de la frecuencia de 166 casos observados. ¿Qué significado puede tener semejante operación? Las observaciones se refieren a muy diferentes condiciones de tiempo y de espacio, y hasta de marco institucional, de la actividad económica. Si acaso tiene algún sentido reunir las, será sólo por contraste. No obstante, el profesor Mitchell, que nunca se cansa de menospreciar los métodos y resultados del análisis ortodoxo, parece creer que al tomarlas en conjunto y trazar una curva muy complicada para su distribución de frecuencia, está construyendo algo importante, algo más que una simple serie de líneas rectas y curvas sobre media página de su célebre tratado.<sup>127</sup> Lo cierto es que nos ha proporcionado un comentario más mordaz sobre la metodología de la "economía cuantitativa" que el que el más ambicioso de sus críticos hubiera podido desear.

No hay necesidad de detenernos a examinar la futilidad de estos grandiosos proyectos. Después de todo, y a pesar de su reciente popularidad, no son nuevos, y un movimiento que continuamente invoca una lógica pragmática puede ser sometido a una comprobación pragmática. Hace aproximadamente cien años que Richard Jones, en su conferencia inaugural del King's College de Londres,<sup>128</sup> dió el grito de rebelión contra la "abstracción formal" de la economía ricardiana con argumentos que, si expresados con mayor suavidad, son más o menos parecidos a los expuestos por los defensores de los "métodos inductivos" desde aquel día. El tiempo ha pasado y los "rebeldes" se han convertido en una banda de expertos muy respetable, en pontífices de cátedra, en honorables corresponsales del Kaiser y en directores de costosos institutos de investigación... Ya hemos tenido la escuela histórica, y ahora tenemos a los institucionalistas. Con excepción de uno o dos lugares privilegiados, puede afirmarse con seguridad que hasta la terminación de la guerra los círculos universitarios alemanes estaban dominados por esta clase de opiniones. Y si en los últimos años no han conseguido el predominio, por lo menos han extendido su poderío a Norteamérica. Y, sin embargo, sus esfuerzos no han cristalizado en ninguna "ley" merecedora de este nombre ni en ninguna

---

<sup>126</sup> *Business Cycles*, 2ª ed., 419.

<sup>127</sup> Ver MORGENSTERN, "International vergleichende Konjunkturforschung", *Zeitschrift für die Gesamte Saatswissenschaft*, LXXXIII, 261. En la segunda edición de su libro, el profesor Mitchell intenta refutar las críticas del doctor Morgenstern, en una nota muy extensa; pero, a mi modo de ver, fuera de afirmar que sus observaciones sobre China se refieren a ciudades costeras (¡), no hace sino reiterar que la "distribución de observaciones alrededor de su tendencia central es una cuestión de mucho interés teórico". (*Business Cycles*, 2ª ed., 420.)

<sup>128</sup> Richard JONES, *Collected Works*, 21 y 22. La comparación no es completamente justa para Jones, que pudo haber tenido mucha razón en algunas de sus críticas del sistema ricardiano. El verdadero precursor de la "economía cuantitativa" moderna fué sir Josiah Child, quien intentó demostrar que la concomitancia de millonarios y de tipos de interés reducidos era un índice de que los primeros eran un resultado de los segundos.

generalización cuantitativa de validez permanente. A lo más, una cierta cantidad de material estadístico interesante y varias monografías útiles sobre ciertas situaciones históricas. Pero ninguna "ley concreta", ninguna uniformidad sustancial de "conducta económica". Todas las aplicaciones realmente interesantes de la técnica estadística moderna a la investigación económica han sido realizadas no por los institucionalistas, sino por hombres que han optado por las complejidades del análisis teórico "ortodoxo". Y después de cien años, la depresión más grande de la historia los encuentra estériles e incapaces de hacer un comentario útil; un rumbo se tuerce y sus dispersiones se deforman.<sup>129</sup> Entretanto, unos cuantos pensadores aislados, gracias al despreciado aparato de la teoría deductiva, han llevado nuestro conocimiento de la teoría de las fluctuaciones hasta un punto en el cual los fatales acontecimientos de los últimos años pueden ser explicados en términos generales. No es improbable, además, que dentro de los próximos años se halle una solución completa al acertijo de las depresiones.

§ 4. Pero ¿qué decir, entonces, de los más detallados estudios realistas? Habiendo descubierto la persistencia de la escasez, la multiplicidad de factores de la producción, el desconocimiento del futuro y los otros postulados cuantitativos de su teoría, ¿puede excusarse el economista de la obligación de mantener un mayor contacto con la realidad?

La respuesta es francamente negativa y se halla implícita en la práctica de todos los economistas que han contribuido más al desenvolvimiento de la Ciencia Económica, desde Adam Smith y Cantillón. Los exponentes de la llamada tradición ortodoxa nunca han sido enemigos de los estudios realistas. Como Menger hizo notar hace algunos años -cuando las controversias metodológicas habían llegado a su punto álgido-, la escuela analítica nunca ha sido la provocadora de estas controversias.<sup>130</sup> La Economía no es una de esas ciencias sociales que siempre está discutiendo el método antes de conseguir sus fines; no habría habido controversia metodológica de no ser por la escuela histórica, excepto la relativa al status de proposiciones concretas. El método de la "ortodoxia" ha sido siempre esencialmente católico. Los ataques, los intentos de exclusión, han venido siempre de la otra parte. Los analíticos han reconocido constantemente la importancia de los estudios realistas, y han contribuido mucho al desarrollo de la técnica de investigación. Es notorio, en efecto, que la obra más importante de esta clase ha sido hecha no por este o aquel grupo "rebelde" que duda de la aplicación a la economía de las leyes elementales del pensamiento, sino por los hombres mismos que eran objeto de su ataque. En la historia de la Economía aplicada, los trabajos de un Jevons, de un Menger y de un Bowley, son más acreedores de

---

<sup>129</sup> El descrédito de la escuela histórica en Alemania se debe, en gran parte, a la incapacidad de sus representantes para entender las perturbaciones monetarias de la guerra y de la post-guerra. No es improbable que a la completa incapacidad de la "economía cuantitativa" para entender o predecir la gran depresión, le siga una revulsión similar. Sería muy difícil, en realidad, imaginar una revelación más completa y conspicua.

<sup>130</sup> Die Irrthümer des Historismus, Prefacio, III y IV.

nuestra atención que los trabajos, digamos, de un Schmoller, un Veble o un Hamilton. Y esto no es una casualidad. Las fructíferas investigaciones realistas sólo pueden emprenderlas quienes tienen un dominio pleno de los principios analíticos y una noción de lo que puede y no puede legítimamente esperarse de estas actividades. Pero, ¿cuáles son, entonces las esperanzas legítimas a este respecto? Podemos reunir las en tres grupos.

El primero y más obvio es la verificación de la aplicabilidad de los diversos tipos de construcción teórica a situaciones concretas. Como ya hemos visto, la validez de una teoría determinada es una cuestión de si se deriva lógicamente de los supuestos generales que hace; pero su aplicabilidad a una situación dada depende de la amplitud con que sus conceptos reflejan realmente las fuerzas que operan en esa situación. Ahora bien, las manifestaciones concretas de la escasez son diversas y cambiantes, y a menos que se tenga un cuidado continuo de las palabras que se usan para describirlas, hay un peligro constante de que el campo de aplicación de un principio particular pueda ser concedido erróneamente. La terminología de la teoría y la de la práctica, pueden, de hecho, cubrir diferentes campos, aunque en apariencia sean idénticas.

Un simple ejemplo aclarará esto. De acuerdo con la teoría monetaria pura, el valor del dinero debe bajar si la cantidad de dinero en circulación aumenta y no varían otros factores. Esta proposición se deduce de los hechos más elementales de la experiencia científica, y su exactitud es independiente de una comprobación inductiva ulterior; pero su aplicabilidad a una situación dada depende de una correcta comprensión de lo que debe considerarse como dinero, cuestión ésta que sólo pueden descubrir los hechos. Fácil es que la significación concreta del término "dinero" se haya alterado con el tiempo. Si en este caso, conservando el término original, procedemos a interpretar una nueva situación en función de su contenido primitivo, podemos cometer un serio error. Y hasta puede concluirse que la teoría es falaz. Es bien sabido que ha pasado así repetidas veces en el curso de la historia de la teoría. La incapacidad de la escuela "monetaria" para lograr una aceptación permanente de su teoría bancaria y de los cambios, en otros aspectos tan superior a la de sus oponentes, se debió sin duda a su ineptitud para percibir la importancia de incluir el crédito bancario en su concepto del dinero. Sólo mediante un constante examen y revisión de la modificación de los hechos<sup>131</sup> pueden evitarse semejantes equivocaciones.

En segundo lugar e íntimamente ligado con esta primera función de los estudios realistas, podemos esperar la aportación de aquellos postulados auxiliares cuyo papel en la estructura del análisis fué discutida en el capítulo anterior. Podemos descubrir tipos de la configuración de los datos adecuados a un estudio analítico posterior inspeccionando los diferentes campos de la actividad económica.

---

<sup>131</sup> En los libros *Canadian Balance of International Indebtedness*, del profesor Jacob VINER, e *International Trade*, del profesor TAUSSIG, hallamos ejemplos clásicos de este tipo de investigación.

Nuevamente podemos tomar un ejemplo de la teoría monetaria. Un examen de la práctica actual de los bancos de emisión nos permitirá percibir con claridad que los efectos sobre el medio circulante (en el más amplio sentido) de aumentos determinados a la reserva de metales preciosos dependerá de la naturaleza exacta de la ley y de la práctica relativa a los requisitos de la reserva. Debe concluirse, por consiguiente, que la completa elaboración de la teoría monetaria requiere la introducción de supuestos optativos, tomando nota de las diversas posibilidades que existen a este respecto. Es claro que las reflexiones generales sobre el carácter de los bancos de emisión no agotan esas posibilidades fácil y necesariamente. Sólo un estudio muy cuidadoso de los hechos revelará qué supuestos tienen una contrapartida en la realidad, y cuáles, por consiguiente, conviene más hacer.

Por último, no sólo hay que esperar de los estudios realistas un mero conocimiento de la aplicación de teorías particulares determinadas, y de los supuestos que las hacen apropiadas a situaciones también determinadas, sino, al mismo tiempo, la determinación de los puntos en que la teoría pura necesita reformularse y ampliarse. Esto plantea nuevos problemas.

Las fluctuaciones económicas, que han llegado a ser conocidas con el nombre de ciclo económico, nos proporcionan el mejor ejemplo del residuo inexplicable. La teoría elemental del equilibrio, como es bien sabido, no da ninguna explicación del fenómeno del auge y de la depresión. Explica las relaciones de un sistema económico en estado de reposo. Según hemos visto ya, ampliando un tanto los supuestos de que arranca, puede establecer diferencias entre las relaciones resultantes de la diversa configuración de los datos; pero sin una mayor elaboración no explica la existencia, dentro del sistema económico, de las tendencias que conducen a un desarrollo desproporcionado. Tampoco explica las discrepancias entre la oferta y demanda totales en el sentido en que estos términos se usan en la célebre ley de los mercados.<sup>132</sup> No obstante, es incuestionable que semejantes discrepancias existen, y que cualquier intento para interpretar la realidad exclusivamente en términos de semejante teoría debe dejar por fuerza un residuo de fenómenos no susceptibles de ser comprendidos en sus generalizaciones.

Este es un caso típico en que los estudios empíricos nos ponen frente a frente de las insuficiencias de ciertas generalizaciones, y quizá la principal función de los estudios realistas, en relación con la teoría, consiste en la revelación de deficiencias de esta índole.<sup>133</sup> El economista teórico que desea poner a salvo las consecuencias de su teoría, debe "comprobar" continuamente, a través de la explicación de situaciones concretas, las generalizaciones que ha elaborado. Las

---

<sup>132</sup> Para todo esto ver HAYEK, La Teoría Monetaria y el Ciclo Económico, I y II, passim.

<sup>133</sup> En el párrafo siguiente examinaremos otra función importante, esta vez en relación con la práctica.

fallas de la estructura de la teoría quedan al descubierto normalmente al examinar los casos particulares.

Pero esto no quiere decir en modo alguno que las soluciones de los problemas así presentados son el resultado de una mera multiplicación de las observaciones de las divergencias de esta clase. No es esa la función de la observación, y toda la historia de las diversas "rebeliones inductivas" demuestra que han resultado completamente infructuosos cuantos estudios se han basado en esa creencia. Esto es en particular exacta de la teoría del ciclo económico. No se logró ningún progreso importante mientras los investigadores de este problema se contentaron con la multiplicación de series estadísticas y la acumulación de coeficientes de correlación. Los progresos no comenzaron a realizarse hasta que surgieron hombres preparados para emprender la tarea bien distinta de empezar donde el análisis teórico elemental termina y derivar de la introducción de los nuevos supuestos de naturaleza cualitativa elemental que ya hemos examinado una explicación de las fluctuaciones compatible con los supuestos de ese análisis. No puede haber mejor ejemplo de la correcta relación entre las dos ramas de estudio. Los de un género realista pueden plantear los problemas a resolver; pueden comprobar el grado de aplicabilidad de la respuesta cuando ésta se halla en proceso de formulación; pueden sugerir supuestos para una mayor elaboración teórica. Pero la teoría, y sólo la teoría, es capaz de dar la solución. Todo intento de invertir la relación conducirá de modo inevitable al nirvana de la observación y descripción sin propósito.

Más todavía: no hay razón -y esto nos trae al punto de que partimos- para creer que las generalizaciones que pueden elaborarse para explicar los residuos así descubiertos pudieran tener un carácter no general. Por razones que ya hemos examinado, es vano el deseo de dar un contenido particular y permanente a las categorías del análisis puro. Sometiendo a prueba la teoría pura, aplicándola a situaciones concretas y refiriéndola a las dificultades residuales de la teoría pura, podemos esperar un progreso continuo y una aplicación de nuestro instrumental analítico; pero lo que no debe esperarse de semejantes estudios es un criterio que nos permita decir qué bienes son económicos y qué valores deben atribuirse a ellos en situaciones diferentes. Decir esto no equivale a abandonar la esperanza de resolver cualquier problema genuino de la Economía; es apenas reconocer lo que está y lo que no está dentro de las necesarias fronteras del objeto de nuestro estudio. Pretender lo contrario es una baladronada pseudocientífica.

§ 5. Pero reconocer que las leyes económicas son de carácter general no equivale a negar la realidad de las necesidades que describen ni a quitarles su valor como medio de interpretación y predicción. Por el contrario, habiendo delimitado cuidadosamente la naturaleza y alcance de semejantes generalizaciones, con la mayor seguridad podemos reconocerle, dentro de este campo, su carácter necesario.

Las leyes económicas describen consecuencias inevitables. Las que anuncian se

deducen necesariamente si los datos en que se apoyan se presentan. En este sentido son iguales a las otras leyes científicas y son, como éstas, incapaces de "suspensión". Si dentro de una situación determinada los hechos son de cierto orden, estamos autorizados para deducir con absoluta seguridad que otros que ella nos permite describir se hallan también presentes. Quienes hayan comprendido el alcance de las proposiciones expuestas en el capítulo anterior, no tienen que ir muy lejos a buscar la razón. Si la "situación dada" se ajusta a cierto modelo, también tienen que estar presentes otras características, pues su presencia es "deducible" del modelo originalmente adoptado. El método analítico es simplemente una manera de descubrir las consecuencias ineludibles de la ordenación compleja de los hechos, consecuencias cuya contrapartida en la realidad no es inmediatamente discernible como la contrapartida de los postulados originales. Es un instrumento para "sacudir" todas las consecuencias de los supuestos. Sus conclusiones son inevitables e ineludibles si la correspondencia entre los supuestos originales y los hechos queda garantizada.

Todo esto se torna bien claro si recurrimos al procedimiento del análisis diagramático. Supongamos, por ejemplo, que queremos poner al descubierto los efectos de un pequeño impuesto sobre los precios. Si hacemos ciertos supuestos respecto a la elasticidad de la demanda y las condiciones del costo, y los trasladamos al diagrama, podemos leer en seguida, por así decirlo, los efectos sobre los precios,<sup>134</sup> pues se hallan implícitos en los supuestos originales. El diagrama sólo ha puesto al descubierto las consecuencias ocultas.

Esta inevitabilidad del análisis económico es la que le da su gran valor de prognosis. Ya se ha reiterado lo bastante el hecho de que la ciencia Económica no tiene medio de predecir de la nada la configuración de los datos en un momento determinado. No puede predecir los cambios de las valoraciones; pero conocidos los datos de una situación particular, puede obtener conclusiones inevitables respecto a sus consecuencias. Y si los datos permanecen inalterables, éstas podrán entenderse con certeza. Y tiene que ser así, pues se hallan implícitas en los datos originales.

Aquí es, justamente, donde podemos percibir una nueva función de la investigación empírica; puede descubrir los cambios de los hechos que hacen viable la predicción en cualquier situación. Como ya hemos visto, es muy improbable que aquella pueda descubrir la ley de los cambios, pues los datos no están sujetos a influencias de causas homogéneas. Puede, sin embargo, procurarnos una información importante para el momento particular de que se trata; puede darnos alguna idea de la magnitud relativa de las diferentes fuerzas que operan; procurarnos una base para conjeturas en relación con las direcciones potenciales del cambio. Y este es incuestionablemente uno de los principales usos de los estudios aplicados: no descubrir leyes empíricas en un campo en que no tienen razón de ser, sino darnos de momento a momento el conocimiento de la variación de los datos sobre los que, en una situación dada, pueda apoyarse la

---

<sup>134</sup> Ver, por ejemplo, DALTON, Public Finance, 2ª ed., 73.

predicción. La investigación no puede desplazar al análisis formal; pero sí sugerir en diferentes situaciones qué análisis formal es propio y procurarnos en ese momento un contenido para las categorías formales.

Por supuesto que las consecuencias enunciadas no se presentan necesariamente si los otros factores cambian. Esta simpleza elemental, necesariamente implícita en cualquier predicción científica, debe tenerse presente al discutir esta clase de prognosis. El estadista que dijo: "¡maldito el *ceteris paribus!*", conquistó entusiastas simpatías entre los críticos de la Economía. Ningún hombre sensato se atrevería a sostener que las leyes de la mecánica se invalidarían si un terremoto interrumpiera el experimento para ilustrarlas. No obstante, una gran mayoría del público ignorante, y buen número de sedicentes economistas, critican de continuo proposiciones que descansan sobre bases mucho menos endebles.<sup>135</sup> Se establece un arancel protector sobre la importación de mercancías, cuyas condiciones de producción interna permiten asegurar que si los otros factores no cambian, el efecto de semejante protección será un alza del precio. Por razones tan adventicias como el progreso de la técnica, la disminución del precio de las materias primas, la reducción de salarios, etc., los costos se reducen y el precio no se eleva. A los ojos del público ignorante y de los economistas "institucionalistas", las generalizaciones de la Economía se invalidan. Las leyes de la oferta y la demanda se suspenden. Las falsas pretensiones de una ciencia que no toma en consideración los hechos, quedan vacías de contenido, etc., etc., y, sin embargo, ¿quién se atreverá a pedir a los que se dedican a cualquier otra ciencia que hagan una predicción del curso completo de una historia incontrolada?

---

<sup>135</sup> Ver, por ejemplo, las diversas "refutaciones" estadísticas de la teoría cuantitativa de la moneda que han aparecido en los últimos años. A este respecto, lo único que necesita repetirse es el comentario de Torrens sobre Tooke. "La Historia de los Precios puede considerarse como un estudio psicológico. Tooke inició sus trabajos como discípulo de Horner y Ricardo, aprovechándose de la luz refleja de su alianza con esos nombres célebres; pero la acumulación de datos lo condujo a un laberinto de errores, dada su capacidad para recolectar hechos contemporáneos que se impuso a sus facultades perceptivas y lógicas. Incapaz de percibir que un principio teórico, si bien puede imponer de manera irresistible el asentimiento en las circunstancias que coincidan con las premisas de que se deduce, debe ser aplicado con mucho cuidado y corrección en todos los casos que no coincidan con las premisas, cayó en un malentendido completo del principio presentado por Adam Smith, imputándole a tan elevada autoridad el absurdo de sostener que las variaciones de la cantidad de dinero son causa de que el valor nominal de todas las otras mercancías varíe en iguales proporciones, en tanto que el valor de las mercancías, el de una en relación con las demás, varían en proporciones desiguales. Los razonamientos derivados de esta extraordinaria falsedad por fuerza habrían de conducir a conclusiones extraordinarias. Convencido de que Adam Smith había establecido correctamente como un principio universalmente verdadero el de que las variaciones del poder adquisitivo de la moneda producen una alteración en iguales proporciones de los precios de todas las mercancías, y como no descubriera, a medida que proseguía la investigación de los fenómenos de los mercados en diferentes épocas, casos en los que la expansión o contracción de la circulación provocara una caída o una elevación de iguales proporciones de los precios de las mercancías, llegó, mediante una estricta inferencia lógica, de las premisas así supuestas ilógicamente a su gran descubrimiento de que ningún aumento de los medios de cambio puede tener el efecto de aumentar los precios" (The Principles and Operation of Sir Robert Peel's Act of 1844 Explained and Defended, 1ª ed., 75).

Ahora bien, es indudable que el mismo hecho de que los acontecimientos sean, en general, incontrolables,<sup>136</sup> y de que el margen de los datos conocidos sea tan extenso y tan expuesto a influencias extrañas, hace que la obra de predicción, por mucho cuidado que en ella se ponga, resulte azarosa en extremo. En muchos casos los pequeños cambios de los datos se hallan tan expuestos a una compensación con otros susceptibles de ocurrir independiente y simultáneamente, que es muy reducido el valor de predicción del conocimiento de las tendencias que intervienen. Pero existen cambios de cierta amplitud que comprenden generalmente diversos renglones de gasto o de producción, en los que el conocimiento de las consecuencias es una base muy firme para hacer conjeturas. Tal es, en particular, el caso en la esfera de los fenómenos monetarios. Es indudable que un conocimiento completamente elemental de la teoría cuantitativa fué de un inmenso valor de prognosis durante la guerra y durante las perturbaciones que la siguieron. Si los especuladores que compraron marcos alemanes después de la guerra con la seguridad de que el marco volvería a tener automáticamente su antiguo valor hubieran tenido un conocimiento de la teoría monetaria como el que tenía, digamos, Sir William Petty, se habrían dado cuenta de que era ridículo lo que hacían. Asimismo, cada vez es más y más claro, por razones puramente analíticas, que en cuanto han aparecido los signos de un auge, la depresión es casi segura, aunque el momento de su llegada, así como su duración, son cuestiones que no pueden preverse, pues dependen de actos volitivos humanos que tienen lugar después de que los síntomas en cuestión han aparecido. Es casi seguro también que en la esfera del mercado de trabajo ciertos tipos de política de salarios se traduzcan en desocupación si los otros factores permanecen iguales; y el conocimiento de cómo los "otros factores" deben cambiar para evitar ese resultado permite con frecuencia predecir con bastante seguridad los verdaderos resultados de esa política. Estas cosas han sido verificadas en la práctica una y otra vez. Hoy día sólo puede negarlas el que se rehúsa a ver la realidad. Si ciertas condiciones se presentan, y no se interponen nuevas complicaciones, determinadas consecuencias son inevitables.

§ 6. Las leyes económicas, sin embargo, tienen sus límites y es importante, si queremos usarlas en forma conveniente, que conozcamos exactamente en qué consisten ellas. No debería ser difícil a la luz de lo que ya hemos dicho.

El elemento irracional del mundo discursivo del economista está tras la valoración individual. Como ya hemos visto, no hay medio de determinar el probable

---

<sup>136</sup> La pretendida ventaja de la "planeación" económica (la de que procura una mayor seguridad respecto del futuro) depende del supuesto de que, dentro de un "plan", las fuerzas dominantes, la elección individual del que gasta y del que ahorra, quedan también sometidas a la autoridad de los que formulan el plan. De ahí que surja la paradoja de que los planeadores están desprovistos del instrumento para calcular los fines de la comunidad a la que intentan servir, o que si restauran ese instrumento, suprimen la razón de ser del "plan". Por supuesto, el dilema no aparece si la autoridad se considera capaz de interpretar estos fines o -lo que es mucho más probable- si no tiene intenciones de servir propósitos distintos de los que ella considera propios. Esto sucede no pocas veces, por extraño que parezca. Rascando a un posible "planeador" se descubre con frecuencia un posible dictador.

movimiento de las escalas relativas de valoración.<sup>137</sup> Por consiguiente, en todo nuestro análisis consideramos las escalas de valoración como dadas. Sólo lo que se deriva de esos supuestos tiene el carácter de inevitabilidad. El imperio de la ley lo encontramos en este único campo.

Se sigue, por consiguiente, que las leyes económicas no pueden limitarse a describir los movimientos de las escalas relativas, y que la causación económica sólo abarca la amplitud de sus supuestos originales. Esto no quiere decir que no podamos considerar las alteraciones del valor, que son, por supuesto, la principal preocupación de la economía teórica. Lo único que queremos decir es que, como economistas, no sabríamos ir más allá de los cambios de las valoraciones individuales. Podemos explicar, en términos de ley económica, las relaciones que se derivan de determinadas condiciones técnicas y de las valoraciones relativas. Podemos explicar los cambios debidos a variaciones de los datos; pero no los cambios de los datos mismos. Para delimitar éstos, los austríacos<sup>138</sup> distinguían los cambios endógenos de los exógenos. Los primeros ocurren dentro de una estructura determinada de supuestos. Los otros vienen de fuera.

Para darnos cuenta de la oportunidad de estas distinciones para el problema de la prognosis, debemos considerar una vez más las derivaciones de la teoría monetaria. Dados ciertos supuestos acerca de la demanda de dinero, podemos afirmar justificadamente que un aumento del volumen de la circulación originaría la caída del valor externo del dinero. Este es un cambio endógeno: se deriva de los supuestos originales y, mientras éstos subsisten, el cambio es absolutamente inevitable. No estamos autorizados para asegurar, sin embargo, como a menudo se ha asegurado en los últimos años, que si los tipos de cambio bajan, necesariamente debe haber inflación. Sabemos que esto acontece a menudo. Sabemos que los gobiernos son a menudo estúpidos y cobardes y que son muy generales las opiniones equivocadas acerca de las funciones del dinero. Pero no hay ninguna conexión inevitable entre la baja de los tipos de cambio y la decisión de poner a trabajar la impresora de billetes. Un nuevo acto volitivo interrumpe la cadena de la "causación"; pero entre la emisión de papel moneda y la caída de su valor externo no se observa ninguna variación de la disposición a la acción que hemos supuesto en los diversos sujetos económicos interesados. Todo lo que acontece es que, por así decirlo, el índice de los tipos de cambio se desplaza hacia un nivel inferior.

Un ejemplo más de la misma distinción lo encontramos en la controversia sobre las reparaciones. Supongamos que pudiera demostrarse que la demanda exterior

---

<sup>137</sup> Debiera observarse que no es lo mismo decir que no hay medios disponibles para definir el movimiento probable de la curva de la demanda. Es importante comprender que la curva de la demanda debe concebirse como una derivación del sistema de indiferencia, que es más importante, y a éste es al que se refiere nuestra proposición.

<sup>138</sup> Ver especialmente STRIGL, "Aenderungen in den Daten der Wirtschaft", Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik, CXXVIII, 641-662.

de productos alemanes era muy inelástica, de manera que, al menos en un plazo corto, resultaba muy grande la carga del grado de traspaso necesario que habría de hacerse además de la carga de pagar los impuestos interiores. En semejantes circunstancias podría afirmarse que la presente crisis se debió directamente a meros factores económicos. Es decir, que hasta el momento en que el pánico sobrevino, las diversas complicaciones fueron consecuencias de los obstáculos implícitos en las condiciones de la oferta y la demanda mundiales.<sup>139</sup> Mas supongamos que pudiera demostrarse que la causa fundamental de la dificultad fué el pánico financiero, debido al temor de una rebelión política a la que inducía la magnitud del peso del impuesto original. En este caso no podría decirse que las causas fueran puramente económicas, pues ha intervenido la reacción política provocada por la carga del impuesto. La "crisis del traspaso" proviene de causas exógenas.<sup>140</sup>

Ahora bien, no siempre es fácil establecer esta distinción. En algunos casos puede haber una conexión funcional entre la tasa de remuneración y los incrementos de la cantidad y calidad de la población trabajadora. ¿Cómo debemos considerar esto? Por lo que se refiere a la respuesta, la causa es endógena; pero por lo que se refiere a la configuración de la demanda del mercado, la causa es exógena. Aparecen nuevas personas con nuevas escalas de valoración relativa. Además, como el profesor Knight lo ha señalado a menudo, la situación se complica todavía más por el hecho de que en algunas sociedades existen incentivos financieros definidos para ciertos individuos que alteran los datos. Existen recursos destinados a la investigación que acaban por modificar el conocimiento técnico, en tanto que los gustos de los sujetos económicos pueden cambiar por la persuasión. Es muy difícil aplicar la distinción a semejantes cambios. Debemos admitir que el sistema es "abierto". Sin embargo, la clasificación es bastante clara e indudablemente es una ayuda positiva para el pensamiento. Conviene, pues, retenerla hasta que la solución de los problemas se halle mucho más adelantada.

Del mismo modo, debe reconocerse que en la discusión de problemas prácticos se halla implícita a menudo cierta clase de cambios exógenos, íntimamente conectados con los cambios dentro de la cadena de la causación económica. En la esfera de los problemas monetarios el peligro de que la baja del tipo de cambio

---

<sup>139</sup> Este es el caso limite discutido en el ensayo del doctor MACHLUP, "Transfer und Preisbewegung", Zeitschrift für Nationalökonomie, I, 555-561.

<sup>140</sup> El profesor Souter dice que le faltan palabras para describir el tipo mental que encuentra placer al establecer semejantes distinciones (op. cit., 139); pero aparte de consideraciones metodológicas, seguramente hay muy sólidas razones para observarlas. Me atrevo a decir que si algún gobierno hubiera pedido consejo al profesor Souter sobre semejantes cuestiones después de haber diagnosticado los factores económicos, se habría detenido para decir: "pero naturalmente surge en seguida el problema político: ¿lo soportará el pueblo?" Y podría añadir con Cantillon: "pero ese asunto no me corresponde". O, como verdadero hegeliano, invadiendo otros campos, podría haberse lanzado hacia una disquisición acerca de lo que es y no es posible políticamente; mas habría tenido que hacer la distinción. Podríamos discutir después amistosamente cómo habría podido llamarla.

pueda inducir a las autoridades monetarias a la inflación debe ser considerado como una parte de la discusión. En la esfera de la política arancelaria la tendencia a otorgar una tarifa protectora para crear comunidades monopolísticas, de interés para los productores nacionales, indudablemente es una probabilidad que no deben pasar por alto los encargados de administrar un negocio. En esta y en otras conexiones hay una especie de penumbra de probabilidades psicológicas que, por meras razones prácticas, conviene frecuentemente tomar en cuenta.<sup>141</sup> No cabe duda de que la comprensión que suelen requerir estos problemas es de un orden muy elemental, no obstante lo cual es sorprendente el número de personas que carecen de ella. Sin duda, la mayor parte de las probabilidades son certidumbres virtuales. Quizá ningún hombre sensato discuta su utilidad como máximas de política práctica. Por desgracia no todos los que participan en discusiones de esta clase son sensatos, y aunque es muy conveniente que el economista que desea que las aplicaciones de su ciencia sean provechosas tenga una amplia preparación en otras disciplinas afines que pueda invocar en su ayuda, también lo es que se reconozca una distinción entre las generalizaciones económicas en el sentido en que hemos venido usando este término y las generalizaciones de la "penumbra sociológica" que no tienen el mismo grado de probabilidad. El economista nada tiene que perder al subestimar más que exagerar el alcance de su certidumbre. En efecto, sólo cuando se hace esto puede esperarse que el enorme poder de convencimiento de lo que resta pueda funcionar libremente.

§ 7. Todo esto tiene una íntima relación con la cuestión que dejamos pendiente al terminar el capítulo anterior. ¿No será posible ampliar nuestras generalizaciones hasta incluir en ellas los cambios de los datos? Hemos visto en qué sentido se puede concebir la economía dinámica: el análisis a través del tiempo del derrotero de un sistema que se ajusta como consecuencia de la existencia de condiciones dadas. ¿Será posible ampliar nuestra técnica para que podamos predecir los cambios de estas condiciones? Más brevemente: ¿no podemos construir una teoría completa del desenvolvimiento económico?

Las perspectivas son muy dudosas si el análisis anterior es correcto. Si fuésemos capaces de conocer de una vez por todas la elasticidad de la demanda de todas las mercancías imaginables y la de la oferta de todos los factores, y si pudiéramos suponer que estos coeficientes fueran constantes, estaríamos en aptitud,

---

<sup>141</sup> Como en la primera edición, me atrevo a llamar la atención sobre las palabras usadas en esta receta. Argumento en favor de una mayor exactitud en la forma de presentación no de una austeridad excesiva en el alcance de la especulación. Estoy muy lejos de sugerir que al discutir problemas prácticos los economistas deben abstenerse de considerar la probabilidad de aquellos cambios de los datos cuya causación queda fuera de los límites estrictos de la ciencia económica. Mas me inclino a creer que este es un campo de especulación sociológica en el que los economistas pueden tener una marcada superioridad sobre otros, e indudablemente es un campo en el que hasta hoy han hecho mucho más que otros. Baste pensar en las diversas discusiones sobre las posibles formas de una comisión de aranceles en una comunidad democrática o en las condiciones necesarias de la administración burocrática de empresas productivas para darse cuenta de cuál es mi idea. Todo lo que discuto es la conveniencia de reconocer la distinción entre la clase de generalización que corresponde a este campo y la que corresponde a la economía propiamente dicha.

ciertamente, de hacer un cálculo que nos permitiera pronosticar -como un Laplace de la Economía- el panorama económico del mundo en cualquier momento del futuro; pero como ya hemos visto, por útil que pueda ser este cálculo para juzgar de la inmediata potencialidad de situaciones particulares, no hay razón para atribuirle una validez permanente. Nuestro Laplace económico fracasaría porque en nuestro sistema no hay constantes de esta clase. Tenemos, por así decirlo, que redescubrir de momento en momento nuestras diversas leyes de gravitación.

Pero ¿no será posible en un sentido más formal pronosticar los cambios importantes de los datos? Podemos no ser capaces de predecir cuáles serán los gustos particulares y cuáles las relaciones entre mercancías determinadas; pero incluyendo en nuestra concepción del cambio endógeno cambios semejantes a los señalados arriba -la actitud de la población frente a un cambio de los ingresos, el estímulo para las invenciones, etc.- ¿no podríamos delinear en términos generales un plan de probable desarrollo que nos fuera útil?

Por lo que se refiere a los cambios que se operan en la población, es indudable que se les puede concebir como el resultado de incentivos monetarios. Podemos concebir, como lo hicieron los economistas clásicos, un equilibrio final en el que el valor de una futura remuneración descontada del trabajo es igual a los costos descontados del sostenimiento, de la educación y del adiestramiento de los obreros. Es dudoso que convenga suponer esta conexión funcional particular tratándose de otras sociedades que no sean las de propietarios de esclavos. Porque debe recordarse que, con excepción de este caso, no podemos suponer, como lo hicieron alguna vez los economistas clásicos, que son de carácter objetivo los costos que son equivalentes a las ganancias: el ritmo del equilibrio, fuera de una sociedad de esclavos, es aquel que estimula la oferta constante de obreros, y no el que sólo hace posible fisiológicamente sostenerlos. No obstante, semejante supuesto, en lo que vale, puede hacerse.

Pero, aun así, lo único que hemos hecho es describir en términos formales una condición de equilibrio final. No hemos hecho nada que nos permita pronosticar los cambios de las condiciones finales de la oferta de trabajadores. Quedan fuera de nuestra técnica de predicción las grandes vicisitudes de las opiniones acerca de la posible magnitud de la familia o el más apetecible cortejo de esclavos. ¿Quién dirá si persistirán las influencias actuales sobre la magnitud de la familia, que presagian, de continuar por unos cuantos milenios, reducir la población de Europa a pocos cientos de miles de habitantes, o si cederán el paso ante el brote de una nueva fe, de nuevos conceptos del deber, de una concepción distinta de lo que es esencial en una bella vida? Podemos dar rienda suelta a nuestra imaginación; pero es indudable que el análisis económico tiene muy poco que ver con esto.

Las perspectivas no son mejores por lo que se refiere a los cambios técnicos y a la invención. Como el profesor Schumpeter lo ha subrayado, aun aquí es muy difícil

concebir un ajuste del equilibrio. Quizá podría concebirse con un poco de maña. Pero ¿de qué nos serviría ello para pronosticar -lo que sería necesario para una teoría del desenvolvimiento en el sentido en que ahora estamos usando el término -la naturaleza de los cambios por venir? ¿Qué técnica analítica podría predecir las tendencias de las invenciones que condujeron, por un lado, a la aparición del ferrocarril y, por otro, al motor de combustión interna? Aun si pensamos que, conociendo la técnica, podemos pronosticar la clase de relaciones económicas asociadas a ella, lo que, naturalmente, es muy discutible ¿cómo podemos pronosticar la técnica? Como los ejemplos citados lo ilustran bastante, no es exacto en manera alguna que la tendencia apunta en general en un solo sentido. No necesitamos postular un indeterminismo final si suponemos que, desde el punto de vista de nuestro sistema, semejantes cambios son impredecibles.

Sucede lo mismo cuando se trata de los cambios en el marco jurídico dentro del que concebimos los ajustes que estudiamos. Hay un sentido importante en que el objeto de la Ciencia Política puede considerarse que cae dentro de los límites de nuestra definición de lo económico. Los sistemas de gobierno, las relaciones de propiedad y otras cosas semejantes pueden ser consideradas como el resultado de una elección. Es conveniente que esta concepción sea examinada más cuidadosamente de acuerdo con el método del análisis mejor conocido. Pero ¿cómo podremos decir de antemano qué elección habría de hacerse? ¿Cómo podemos pronosticar la sustancia de la inferencia política de los sistemas?

Se ha pretendido interpretar la evolución de las formas políticas en términos de la distribución de la fuerza "económica" y por el papel que juega el interés "económico". Sería una necedad negar que, dentro de ciertos límites, pueden darse explicaciones que, por lo menos sean inteligibles. Pero cuando se examinan más rigurosamente los límites dentro de los cuales esto es posible, se ve que son mucho más estrechos de lo que a menudo se cree. Quizá podamos explicar cambios políticos particularidades en términos del "interés" de grupos particulares de productores; el mecanismo del mercado, por lo menos, proporciona un índice vago y superficial de los intereses durante un breve período que es susceptible de una definición objetiva. Pero la verosimilitud de las explicaciones más grandiosas de esta clase descansa en el supuesto de que los intereses de grupos más numerosos son igualmente susceptibles de una definición objetiva, lo que es inexacto. Lejos de que el análisis económico justifique una explicación económica de esta clase, afirma que es completamente falsa. El concepto de interés implícito en todas estas explicaciones es subjetivo. Es una función de lo que el público cree y siente. Y en la Economía no existe ninguna técnica que nos permita pronosticar estas perturbaciones del espíritu. Podemos pronosticar sus efectos cuando han ocurrido, especular acerca de los efectos de cambios hipotéticos, considerar formas alternas e investigar lo concerniente a su estabilidad y a su tendencia a cambiar; pero por lo que se refiere a nuestra capacidad real para predecir el proceso de un cambio, con su manifiesta dependencia de elementos heterogéneos de contingencia, persuasión y fuerzas ciegas, si somos humildes, tenemos que ser modestos en nuestras pretensiones.

Así, pues, el estudio de la Economía nos muestra, en último análisis, una región en la que la conducta humana está sujeta a leyes económicas, y otra en la que no operan. Esto no quiere decir que dentro de esta última región no existan leyes, o uniformidades. Esta cuestión no la investigamos. Lo único que se quiere decir es que, desde el punto de vista del análisis económico, hay por lo menos ciertas cosas que deben considerarse como datos finales.

## VI. SIGNIFICACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA

§ 1 Llegamos ya a la última etapa de nuestras investigaciones. Hemos examinado el objeto de la Ciencia Económica, la naturaleza de sus generalizaciones y su alcance respecto a la interpretación de la realidad. Por último, tenemos que preguntar ¿cuál es su significación para la vida social y para la conducta? ¿Cuál su alcance práctico?

§ 2. Con frecuencia se cree que ciertos desarrollos de la teoría económica moderna proporcionan por sí mismos un conjunto de normas capaces de constituir la base de una política práctica. Se afirma que la ley de la utilidad marginal decreciente nos proporciona un criterio para todas las formas de la actividad política y social que afectan la distribución. Todo lo que tienda a establecer una mayor igualdad y que no afecte adversamente la producción -se dice-, está justificado por esa ley, al mismo tiempo que se condena todo lo que tienda a provocar desigualdad. Estas proporciones han merecido la aprobación de muy respetables autoridades. Son la base de mucho de lo que se ha escrito sobre la teoría de las finanzas públicas.<sup>142</sup> Los ha invocado no otra que la gran autoridad del profesor Cannan para justificar la actitud de los economistas hacia el socialismo fabiano.<sup>143</sup> Han recibido la más amplia aprobación en innumerables trabajos de economía aplicada y no es exagerado decir que la gran mayoría de los economistas ingleses las aceptan como axiomáticas. A pesar de ello, me atrevo a sugerir con gran modestia que no tienen el menor apoyo de ninguna doctrina de economía científica y que, fuera de Inglaterra, han perdido casi toda su influencia.

El razonamiento en que se apoya la defensa de esas proposiciones es familiar, pero vale la pena repetirlo explícitamente para señalar con exactitud los puntos en que resulta defectuoso. De acuerdo con la ley de la utilidad marginal decreciente, a medida que poseemos un mayor número de unidades, de una cosa cualquiera, menor es el valor que atribuimos a unidades adicionales. Por consiguiente, se dice, cuanto mayor es el ingreso real que se obtiene, menor es el valor de las unidades adicionales de ese ingreso. De ahí se concluye que la utilidad marginal del ingreso de un millonario es menor que la del ingreso de un pobre. Por tanto, la utilidad total aumentará si se hacen algunos traspasos que no afecten en forma apreciable la producción. Por consiguiente, tales traspasos están "justificados económicamente". Quod erat demonstrandum.

A primera vista el razonamiento parece avasallador, aunque, si se le examina con más cuidado, resulta simplemente especioso, ya que descansa sobre una prolongación del concepto de la utilidad marginal decreciente a un campo en el que resulta del todo ilegítimo. La "ley de la utilidad marginal decreciente" que aquí se invoca no se desprende, en modo alguno, de la concepción fundamental de los

---

<sup>142</sup> Ver, por ejemplo, EDGEWORTH, "The Pure Theory of Taxation", Papers, Relating to Political Economy, II, 63.

<sup>143</sup> Ver "Economics and Socialism", The Economic Outlook, 59-62.

bienes económicos. Descansa, además, en supuestos que, verdaderos o falsos, nunca pueden ser verificados por observación o introspección. La proposición que examinamos da por demostrada la gran cuestión metafísica de la comparabilidad científica de las diferentes experiencias individuales, lo cual requiere un examen más cuidadoso.

La ley de la utilidad marginal decreciente, como hemos visto, se deriva de la concepción de una escasez de medios respecto de los fines a que sirven. Supone que para cada individuo los bienes pueden clasificarse conforme al orden de su significación para la conducta y que, en el sentido en que se los prefiera, podemos decir que cierto uso de un bien es más importante que otro. De acuerdo con este criterio, podemos comparar el orden en que puede suponerse que un individuo opta por ciertas soluciones, con el orden en que otra persona las prefiere. De este modo es posible elaborar una teoría completa del cambio.<sup>144</sup>

Pero una cosa es suponer que las escalas pueden construirse de acuerdo con el orden en que un individuo prefiere una serie de soluciones, y comparar los dispositivos de semejante escala particular con otra, y una muy diferente suponer que esos dispositivos representan magnitudes que pueden compararse entre sí. El análisis económico moderno no requiere este supuesto, que, por lo demás, es completamente diferente al de las escalas individuales de valoraciones relativas. La teoría del cambio supone que yo puedo comparar la importancia que para mí tienen diez centavos de pan y diez centavos gastados en otras cosas que ofrece el mercado. Supone también que el orden de mis preferencias así manifestado puede compararse con el orden de preferencias del panadero; pero de ningún modo que sea necesario comparar la satisfacción que yo derivo de gastar diez centavos en pan con la que el panadero obtiene de recibirlos. Esta es una comparación de naturaleza del todo diversa. Jamás se hace necesaria en la teoría del equilibrio y nunca se encuentra implícita en sus supuestos. Es una comparación que por necesidad está más allá del alcance de cualquier ciencia positiva. Afirmar que la preferencia de A está por encima de la de B en un orden de importancia, es completamente distinto de afirmar que A prefiere  $n$  a  $m$ , y que B prefiere  $n$  y  $m$  en un orden diferente. Esto supone un elemento de valoración convencional. De ahí que sea esencialmente normativo. No tiene lugar en la ciencia pura.

Las siguientes consideraciones debieran ser decisivas si todavía hubiera duda. Supongamos que existen diversas opiniones acerca de las preferencias que A tiene. Supongamos que yo creo que, a cierto precio, A prefiere  $n$  a  $m$ , y que otro piensa que, a los mismos precios, prefiere  $m$  a  $n$ . En este caso es muy fácil resolver la diferencia de un modo puramente científico, preguntando a A que nos diga cuáles son sus preferencias, o, si consideramos que la introspección de A no

---

<sup>144</sup> Tantas han sido las equivocaciones derivadas de un imperfecto conocimiento de esta generalización, que el doctor Hicks ha sugerido que se descarte su actual nombre y se adopte, en su lugar, el de ley de la tasa creciente de sustitución. Personalmente prefiero la terminología establecida, pero es claro que tiene bastantes ventajas esta sugestión.

es posible, lo sometemos a prueba y observamos su conducta. Cualquiera de los dos métodos nos dará una base para zanjar nuestra diferencia de opinión.

Pero supongamos que nuestro desacuerdo estribe en la satisfacción que A deriva de un ingreso de mil pesos y la satisfacción que obtiene B de un ingreso doble. No podría obtenerse la solución interrogándolos porque quizá tengan una opinión diversa. A podría decir que en el margen su satisfacción es mayor que la de E. En tanto que E podría sostener, por el contrario, que su satisfacción es mayor que la de A. No es necesario ser un empedernido behaviorista para comprender que ésta no es una prueba científica. No existe medio de comprobar la magnitud de la satisfacción de A comparada con la de B. Si examinamos su circulación sanguínea, examinaríamos la sangre, no la satisfacción. La introspección no permite a A conocer lo que acontece en la mente de E ni a E lo que acontece en la de A. No existe, pues, medio de comparar las satisfacciones de diversas personas.

Empero, suponemos constantemente en la vida diaria que se hace esa comparación. Mas la prueba de su naturaleza convencional es la misma diversidad de supuestos que hacemos en épocas diferentes y en lugares diversos. En el mundo occidental suponemos, para ciertos propósitos, que el hombre, en circunstancias semejantes, es capaz de obtener satisfacciones iguales. Del mismo modo que para los propósitos de justicia. Suponemos, en situaciones semejantes, una igualdad de responsabilidades entre sujetos jurídicos, para los propósitos de las finanzas públicas también convenimos en suponer, en circunstancias semejantes, igualdad de capacidades para gozar de las satisfacciones derivadas de ingresos iguales entre sujetos económicos. Pero aunque puede ser conveniente suponerlo así, no hay modo de comprobar que el supuesto descansa en un hecho susceptible de ser demostrado. También es cierto que si un representante de alguna otra civilización nos asegura que estamos equivocados, que los miembros de su casta (o de su raza) son capaces de experimentar una satisfacción diez veces mayor con un ingreso determinado, que los miembros de una casta inferior (o una raza "inferior"), no podríamos refutarlo. Podríamos mofarnos de él. Podríamos indignarnos y decir que la valoración es odiosa, germen de guerra civil, de infelicidad, de privilegios injustificados, etc., etc. Pero ni podríamos demostrar objetivamente su error, ni que la razón estuviera de nuestro lado. Y como no podemos considerar, desde el fondo de nuestro corazón, que las satisfacciones derivadas por dos diferentes personas de objetos semejantes sean igualmente valiosas, sería muy insensato seguir pretendiendo que nuestro modo de ver las cosas es susceptible de una justificación científica. Podemos justificarlo por razones de conveniencia general, o apelando a patrones últimos obligatorios, pero no recurriendo a la ciencia positiva.

En consecuencia, es ilegítima la extensión de la ley de la utilidad marginal decreciente postulada por las proposiciones que estamos examinando. Los razonamientos que en ella se apoyan carecen, pues, de fundamento científico. El reconocimiento de esto significa, sin duda, reducir en forma importante las

pretensiones de mucho de lo que ahora tiene el carácter de generalizaciones científicas en las discusiones corrientes de la economía aplicada. La concepción de la utilidad relativa decreciente (la convexidad hacia abajo de la curva de indiferencia) no justifica la conclusión de que los traspasos del rico al pobre aumentan la satisfacción total. Tampoco puede deducirse que un impuesto progresivo sobre la renta es menos gravoso para el dividendo social que un impuesto de capitación indiscriminado. De ahí que la parte de la teoría de las finanzas públicas que se refiere a la "utilidad social" deba tener una significación diferente. No puede deducirse de los supuestos positivos de la teoría pura, por muy importante que sea como desarrollo de un postulado ético. Es, simplemente, el depósito accidental de la asociación histórica de la economía inglesa con el utilitarismo. Y tanto los postulados utilitarios de que se deriva como la economía analítica con la que ha sido asociada serán más convincentes si esto se reconoce con claridad.<sup>145</sup>

Pero supongamos que esto no sea así, que pudiéramos llegar a creer en el carácter positivo de estos supuestos convencionales, en la comensurabilidad de experiencias diferentes, en la igualdad de capacidad para la satisfacción, etc. Supongamos, además, que partiendo de esta base, pudiéramos demostrar que ciertas políticas produjeron el efecto de aumentar la "utilidad social". Aun en este caso, sería completamente ilegítimo afirmar que semejante conclusión, por sí misma, justifica la conclusión de que esas políticas deben seguir en vigor, pues se daría por solucionado el problema de si el aumento de satisfacción en este sentido es o no socialmente obligatorio.<sup>146</sup> Y no existe medio alguno para decidir esta cuestión en el conjunto de generalizaciones, aun ampliada con la inclusión de elementos de valoración convencional. Las proposiciones que suponen un "debe"

---

<sup>145</sup> Ver DAVENPORT, Value and Distribution, 301 y 571; BENHAM, "Economic Welfare" (Economica, junio de 1930, 173-187); M. S. BRAUN, Theorie der Staatlichen Wirtschaftspolitik, 41-44. Aun el profesor Irving Fisher, deseoso de justificar su método estadístico para la medición de la utilidad marginal, nos dice -no pudiendo encontrar mejor disculpa- que la "duda filosófica es buena y recomendable, pero que los problemas de la vida no pueden ni deben esperar" (Economics Essays in Honour of John Bates Clark, 180). No creo que el problema de la medición de la utilidad marginal entre individuos sea un problema particularmente urgente. De cualquier modo, el hecho es que el profesor Fisher sólo resuelve su problema haciendo un supuesto convencional. La pretensión de que los supuestos convencionales tienen una justificación científica no parece ayudar en nada, sin embargo, a resolver los problemas prácticos. El hecho de que se diga que yo soy igualmente capaz de experimentar satisfacción que mi vecino, no me convierte en un demócrata más dócil; por el contrario, me inflama de indignación. No obstante, estoy plenamente dispuesto a aceptar la declaración de que es conveniente suponer que así es. También estoy completamente dispuesto a aceptar el razonamiento -y creo que mucho más resueltamente que los creyentes en mitos raciales o proletarios- de que en las condiciones modernas la sociedad que procede de acuerdo con otro supuesto padece de una inestabilidad inherente. Pero ya han pasado los días en que la democracia podría haber sido aceptable por la pretensión de que los juicios de valor son juicios sobre hechos científicos. Temo que esta misma crítica sea válida para el muy ingenioso Methods for Measuring Marginal Utility del profesor Ragnar FRISCH.

<sup>146</sup> En la medida en que el hedonismo psicológico va más allá del individuo, puede tener implícito un supuesto no científico, sin que sea, en sí mismo, una justificación necesaria del hedonismo ético.

son de un plano enteramente diferente al de las que encierran un "es". Pero más adelante volveremos sobre la cuestión.<sup>147</sup>

§ 3. La misma crítica puede hacerse, exactamente, a cualquier intento de hacer que el criterio de equilibrio libre del sistema de precios sea, a la vez, el criterio de "justificación económica". La teoría pura del equilibrio nos permite entender cómo puede concebirse, dadas las valoraciones de los diversos sujetos económicos y las características del ambiente legal y técnico, un sistema de relaciones sin tendencias a la variación; nos permite describir cuál distribución de recursos, de acuerdo con las valoraciones de los individuos interesados, satisface más plenamente la demanda; pero por sí misma no proporciona ninguna justificación ética. Demostrar que en ciertas circunstancias se satisface la demanda más convenientemente que en cualesquiera otras condiciones diversas no demuestra que ese conjunto de condiciones sea conveniente. Alrededor de la teoría del equilibrio no existe una penumbra de aprobación. El equilibrio es el equilibrio. Nada más.

Ahora bien, en la concepción del equilibrio es esencial que, conocidos sus recursos iniciales, cada individuo pueda elegir libremente dentro de un margen limitado solamente por el ambiente material y por el ejercicio de una libertad similar de parte de los otros sujetos económicos. En equilibrio, cada individuo es libre de moverse a cualquier punto dentro de sus líneas de preferencia, aunque no lo hace porque, en las circunstancias descritas, cualquier otro punto será menos preferido. Dadas ciertas normas de filosofía política, esta concepción puede arrojar mucha luz sobre la clase de instituciones sociales necesarias para alcanzarlas.<sup>148</sup>

Pero la libertad de elegir puede no ser considerada como un objetivo último. La creación de un conjunto de condiciones que ofrezca la máxima libertad de elección puede no ser muy conveniente, si se tienen en cuenta otros propósitos sociales. Demostrar que, en ciertas condiciones, se alcanza un máximo de libertad de esta clase no es demostrar que se debe tratar de establecer esas condiciones.

Más aún, la posibilidad de formular propósitos en la fijación de precios tropieza con ciertas limitaciones evidentes. Para lograr las condiciones dentro de las cuales puedan surgir las tendencias equilibradoras, debe existir un cierto aparato jurídico, que además de inmune al "regateo" sea esencial para su ejecución ordenada.<sup>149</sup> La inmunidad a una enfermedad infecciosa, esto es, la condición negativa de la salud, no es un fin que pueda lograrse completamente por la acción individual. Dentro de las condiciones urbanas, el individuo que desacate ciertas exigencias

---

<sup>147</sup> Ver más adelante, § 4.

<sup>148</sup> Ver dos trabajos muy importantes del profesor PLANT: "Coordination and Competition in Transport" (Journal of the Institute of Transport, XIII, 127-136), y "Trends in Business Administration" (Economica, nº 35, 45-62).

<sup>149</sup> Respecto al lugar que corresponde al marco jurídico de la actividad económica, o la "organización" de la Economía, como lo llama el doctor STRIGL, ver su obra antes citada, que es muy ilustrativa, 85-121.

sanitarias puede poner a los demás en peligro de una epidemia. La garantía de fines de esta clase debe suponer, necesariamente, el uso de factores de la producción en una forma no muy compatible con la plena libertad para gastar los recursos de cada quien. Y es evidente que la sociedad, actuando como un grupo de ciudadanos políticos, puede formular fines que interfieran mucho más drásticamente la libertad de elección que poseen los individuos que la integran. En el análisis económico no existe ninguna justificación para considerar estos fines como buenos o malos. El análisis económico sólo puede señalar las consecuencias que puedan tener los diferentes fines que se elijan respecto de la disposición de los medios de producción.

Por esta razón resulta muy equívoco el uso de los adjetivos "económico" y "antieconómico" para describir ciertas actividades. El criterio de economía que se desprende de nuestras definiciones originales no es otro que el de la consecución de determinados fines con el menor número de medios. Por consiguiente, resulta completamente inteligible decir que cierta política es antieconómica si para lograr determinados fines usa más medios escasos de los necesarios. Una vez que los fines mediante los cuales valorizamos aquellos medios son conocidos para la disposición de los medios, los términos "económico" y "antieconómico" pueden usarse inteligiblemente.

Pero no es inteligible usarlos respecto de los fines mismos. Como ya hemos visto, no existen fines económicos.<sup>150</sup> Lo económico o antieconómico sólo puede aplicarse a los medios para lograr determinados fines. No podemos decir que la prosecución de determinados fines es antieconómica porque los fines lo sean; lo único que podemos decir es que lo es si se logran con un gasto innecesario de medios.

Así, pues, no es correcto decir que ir a la guerra es antieconómico si, tomando en consideración todos los problemas y sacrificios que por fuerza trae consigo, se decide que el resultado anticipado compensa el sacrificio. Pero es legítimo decir que es antieconómico si para lograr el fin propuesto el sacrificio es innecesariamente considerable.

Lo mismo puede decirse respecto de algunas medidas más específicamente "económicas", para usar el término en su confuso sentido popular. Si suponemos que los fines de la actividad pública consisten en asegurar las condiciones dentro de las cuales las demandas individuales, tal como se reflejan en el sistema de precios, se satisfacen tan plenamente como sea posible dentro de ciertas condiciones, entonces es correcto decir que, excepto en circunstancias muy especiales que, por lo general, no son conocidas por quienes imponen semejantes medidas, un arancel protector del trigo es antieconómico en el sentido de que dificulta la satisfacción de este fin. Esto se desprende con claridad de un análisis puramente neutral. Pero si el objeto que se persigue trasciende estos fines, si el arancel se establece para conseguir un fin no formulado en los precios que

---

<sup>150</sup> Ver capítulo n, § 2, 3.

ofrecen los consumidores -la salvaguarda de los productos alimenticios frente al peligro de guerra, por ejemplo-, no resulta correcto decir que es antieconómico sólo porque se traduce en el empobrecimiento de los consumidores. En semejantes circunstancias, la única justificación para considerarlo como antieconómico sería una demostración de que se consigue este fin con un sacrificio innecesario de medios.<sup>151</sup>

Veamos también el problema de la regulación del salario mínimo. Una generalización bien conocida de la Economía teórica es la que afirma que un salario superior al nivel de equilibrio acarrea necesariamente la desocupación y la reducción del valor del capital. Esta es una de las deducciones más elementales de la teoría del equilibrio económico, y la historia de Inglaterra, desde la guerra, es una prolongada reivindicación de su exactitud.<sup>152</sup> La creencia popular de que la validez de estas deducciones "estáticas" se halla viciada por la probabilidad de los "mejoramientos dinámicos" provocados por la presión de los salarios, depende de que se pasa inadvertido el hecho de que éstos mismos "mejoramientos" son una de las manifestaciones del despilfarro del capital.<sup>153</sup> Pero una política semejante no puede calificarse necesariamente de antieconómica. Si en la sociedad que la adopta se cree, en general, que la ventaja de un salario superior al nivel de equilibrio compensa más que suficientemente la desocupación y las desventajas que lleva implícitas, no puede decirse que es antieconómica. Como particulares, podemos pensar que semejante sistema de preferencias sacrifica incrementos tangibles de los ingredientes de una felicidad real en aras de un falso fin o de una mera reducción de la desigualdad. Podemos sospechar que los que acarician semejantes preferencias tienen una imaginación muy escasa; pero en la Economía científica nada hay que nos garantice la legitimidad de estos juicios. La Economía es neutral por lo que se refiere a los fines; no puede pronunciar una sola palabra acerca de la validez de los juicios finales de valor.

§ 4. En los últimos años, algunos economistas, comprendiendo esta incapacidad de la Economía, así concebida, para darnos una serie de principios aplicables en la práctica, han sostenido que las fronteras impuestas al objeto de nuestra ciencia deben ser ampliadas para incluir dentro de ellas los estudios normativos. Hawtrey

---

<sup>151</sup> Ver mi estudio "The Case of Agriculture", en Tariffs: The Case Examined (editado por sir William Beveridge).

<sup>152</sup> HICKS, The Theory of Wages, IX, X. Sobre la historia de la post-guerra, ver "Wages, Prices and Unemployment" por el doctor BENHAM (Economist, junio 20, 1931).

<sup>153</sup> Es curioso que esto no se haya comprendido con más amplitud, pues normalmente los más entusiastas exponentes de este punto de vista son los que también denuncian con más vigor la racionalización como "causa" de la desocupación. La necesidad de convertir el capital a sus formas remuneradoras al nivel más alto de salarios, es la responsable, naturalmente, de la reducción del capital social y de la creación de una estructura industrial incapaz de proporcionar ocupación a toda la población trabajadora. No existe razón alguna para esperar una desocupación permanente como resultado de la racionalización no provocada por los salarios superiores al nivel de equilibrio.

y J. A. Hobson, por ejemplo, han sostenido que la Economía no sólo debiera tener en cuenta las valoraciones y las normas éticas como datos conocidos en la forma explicada más arriba, sino que debiera pronunciarse acerca de la validez final de estas valoraciones y normas. Hawtrey dice que "la Economía no puede disociarse de la Ética".<sup>154</sup>

Por desgracia, parece imposible asociar lógicamente los dos estudios si no es por una mera yuxtaposición. La Economía opera con hechos susceptibles de comprobación; la ética con valoraciones y obligaciones. Los dos campos de investigación corresponden a planos diversos. Entre las generalizaciones de los estudios positivos y las de los normativos existe un abismo lógico que no puede disfrazarse ni salvarse por yuxtaposición en el espacio o en el tiempo. La proposición de que el precio de la carne de puerco fluctúa de acuerdo con las variaciones de la oferta y la demanda se desprende de una concepción de la relación entre la carne de puerco y los impulsos humanos que, en último análisis, es susceptible de comprobación por introspección u observación. Podemos preguntar a varias personas si están dispuestas a comprar carne de puerco y en qué cantidades a diferentes precios. O podemos observar cómo se conducen con el dinero en la mano frente al estímulo de los mercados de la carne de puerco.<sup>155</sup>

Pero la afirmación de que es equivocado que la carne de puerco deba ser valorizada, aunque ha influido considerablemente en la conducta de diferentes razas, es una afirmación que no podemos concebir como susceptible de verificarse de esta manera. Las proposiciones que suponen los verbos "debe ser" son de naturaleza diferente a las que suponen el verbo "ser". Es difícil, además, percibir qué propósito se persigue al no conservarlas separadas, o al dejar de reconocer su diferencia esencial.<sup>156</sup>

---

<sup>154</sup> Ver HAWTREY, *The Economic Problem*, especialmente 184 y 203-215, y HOBSON, *Wealth and Life*, 112-140. Yo, por mi parte, he examinado las afirmaciones de Hawtrey con algún detalle en un artículo titulado "Mr. Hawtrey on the Scope of Economics" (*Economica*, nº 20, 172-178). Pero en ese artículo hice ciertas afirmaciones con relación a las pretensiones de la "economía del bienestar" que deseo formular ahora de modo un poco diferente. Por otra parte, en aquel tiempo no había comprendido la naturaleza de la idea de precisión en las generalizaciones económicas, y mi razonamiento encerraba una concesión completamente innecesaria para los críticos de la Economía. Sin embargo, respecto del punto fundamental a discusión, no tengo nada de qué retractarme, y en lo que sigue incluyo una o dos frases de los últimos párrafos de dicho artículo.

<sup>155</sup> Me parece que sobre todas estas cuestiones las aclaraciones de Max Weber son completamente definitivas. Es más, confieso que soy completamente incapaz de entender cómo podría ponerse en duda esta parte de la metodología de Max Weber. (Ver "Der Sinn der 'Wertfreiheit' der Soziologischen und Okonomischen Wissenschaften", *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 451-502.)

<sup>156</sup> J. A. Hobson, comentando un pasaje de la crítica que hice a Hawtrey, formulada en términos muy similares, protesta porque "esto es rehusarse a reconocer cualquier *modus vivendi* empírico o cualquier contacto entre los valores económicos y humanos" (HOBSON, *ob. cit.*, 129). Pero ¿por qué es Hobson precisamente, entre todos, el único que había de quejarse? Lo único que mi procedimiento pretende es suprimir en la Economía -y el mismo Hobson nunca ha dejado de proclamarlo como una intrusión ilegítima- toda presunción "económica" acerca de que las valoraciones del mercado son éticamente respetables. No puedo dejar de pensar que la mayoría

Esto no quiere decir que los economistas no puedan adoptar como postulados juicios diversos de valor, inquirir cuál es el juicio sobre determinados propósitos particulares para la acción. Por el contrario, como veremos después, la utilidad de la Economía consiste en que, gracias a ello, nos damos cuenta de la significación y consistencia de las diferentes valoraciones finales. La Economía aplicada consiste en proposiciones del tipo de: "si quiere usted hacer esto, tiene que hacer aquello". "Si esto y aquello debe considerarse como el bien final, entonces es claro que esto es incompatible con aquello". Todo lo que supone la distinción que aquí estamos subrayando es que la validez de los supuestos que se refieren al valor de lo que existe o de lo que puede existir no es una cuestión de comprobación científica, como lo es la validez de los que se refieren a la mera existencia.

Tampoco quiere decir que estén vedadas a los economistas las cuestiones éticas. El hecho de que se diga que la botánica no es la estética no significa que los botánicos no deben opinar acerca del trazado de los jardines. Por el contrario, es muy de desear que los economistas hayan especulado mucho sobre estos asuntos, pues sólo así podrán apreciar las consecuencias de determinados fines de los problemas que se les sometan. Podemos no estar de acuerdo con J. S. Mill en que "es probable que un hombre no sea un buen economista si no es más que eso"; pero, por lo menos, debemos convenir que esa persona no sería tan útil como podría serlo de otra manera. Nuestros axiomas metodológicos no prohíben dedicarse a otras cuestiones. Todo lo que se discute es que no existe conexión lógica entre los dos tipos de generalización y que no se gana nada invocando las demostraciones de uno para reforzar las conclusiones del otro.

Independientemente de todas estas cuestiones de metodología, hay una justificación muy práctica de semejante procedimiento. Del ardor de la lucha política pueden surgir diferencias de opinión como resultado de diferencias acerca de los fines o acerca de los medios para lograrlos. Ahora bien, respecto de la primera diferencia, ni la Economía ni ciencia alguna pueden ofrecer solución. Si estamos en desacuerdo acerca de los fines, se trata de un caso irreductible, de tú o yo, o de vivir y dejar vivir, según la importancia de la diferencia o de la fuerza relativa de nuestros oponentes; pero si estamos en desacuerdo acerca de los medios, el análisis científico puede ayudarnos con frecuencia a resolver nuestras diferencias. Si estamos en desacuerdo acerca de la moralidad del préstamo con interés (y entendemos lo que discutimos)<sup>157</sup> entonces no hay posibilidad de entendimiento; mas si estamos en desacuerdo acerca de las consecuencias objetivas de las fluctuaciones del tipo de interés, entonces el análisis económico puede permitirnos arreglar nuestra disputa. Si designáramos a Hawtrey secretario de un comité integrado por Bentham, Buda, Lenin y el director de la United States Steel Corporation, creado para decidir acerca de la ética de la usura, sería muy

---

de las críticas que Hobson endereza al método de la Ciencia Económica caerían por tierra si se adoptara explícitamente el punto de vista señalado más arriba acerca del alcance del objeto de nuestro estudio.

<sup>157</sup> Ver más abajo § 5.

poco probable que nuestro secretario pudiera redactar un documento que aprobaran todos ellos; pero si organizamos el mismo comité para determinar los resultados objetivos de la regulación estatal del tipo de descuento, quizá no sea necesario un gran esfuerzo de inteligencia para lograr la unanimidad o por lo menos, la mayoría, quizá con el disenso de Lenin. Desde luego, para obtener un acuerdo, hasta donde se pueda en un mundo en el que son comunes las diferencias de criterio susceptibles de evitarse, vale la pena separar con cuidado los campos de investigación en que ese acuerdo es posible de aquellos en que no es de esperarse; <sup>158</sup> esto es, separar el área neutral de la ciencia del campo más discutible de la filosofía moral y política.

§ 5. Pero ¿cuál es, entonces, la significación de la Ciencia Económica? Ya hemos visto que, dentro de su propia estructura de generalizaciones, no ofrece normas de carácter práctico. Es incapaz de decidir la cuestión de la conveniencia frente a fines diferentes. Nuestra ciencia es por esencia distinta a la Ética. ¿En qué consiste, entonces, su indiscutible significación?

Consiste, precisamente, en que cuando nos hallamos en la necesidad de elegir, nos permite hacerlo con pleno conocimiento de las consecuencias de lo que estamos escogiendo. Frente al problema de decidir entre esto y aquello, la Economía no puede ayudarnos a tomar nuestra última decisión. No puede relevarnos de la obligación de escoger. Y no sólo la Economía: ninguna ciencia puede decidir el problema final de la preferencia. Mas, para ser racionales del todo, tenemos que saber qué es lo que preferimos. Debemos conocer las consecuencias de las distintas soluciones, pues la racionalidad de la elección consiste, ni más ni menos, en elegir con un pleno conocimiento de las soluciones rechazadas. Y aquí es, justamente, donde la Economía adquiere su significación práctica: gracias a ella podemos ver con claridad las consecuencias de los diferentes fines entre los que podemos elegir. La Economía nos permite ejercer

---

<sup>158</sup> Esta ha sido, de hecho, la práctica de los economistas de la tradición "ortodoxa" desde que nació la economía científica. Ver, por ejemplo, CANTILLÓN, *Essai sur la Nature du Commerce* (Ed. Higgs, 85) (Ensayo sobre la Naturaleza del Comercio en General, México, Fondo de Cultura Económica, 1950). "También queda fuera del objeto de mi trabajo la cuestión de determinar si es mejor disponer de un gran número de habitantes pobres o mal provistos, que de un número más reducido que vivan cómodamente." Ver también RICARDO, *Notes on Malthus*, 188: "Say ha dicho muy bien que no corresponde al economista político aconsejar; ha de decirnos cómo enriquecemos, pero no debe aconsejarnos que prefiramos la riqueza a la indolencia o ésta a aquélla." Por supuesto que entre los economistas que tienen un prejuicio hedonístico se han confundido a veces las dos clases de proposiciones, aunque a nadie le ha ocurrido en la medida que comúnmente se afirma. La mayor parte de las afirmaciones de quienes padecen de aquel prejuicio se deben a la resistencia para aceptar los hechos que el análisis económico pone en claro. La proposición de que los salarios reales superiores al nivel de equilibrio provocan la desocupación es una deducción perfectamente neutral de una de las más elementales proposiciones de la teoría económica. Sin embargo, es difícil mencionarla en algunos círculos sin ser acusado, si no de tener un diabólico interés, sí de un arraigado prejuicio contra el pobre y el desgraciado. Del mismo modo, hoy día es difícil enunciar la perogrullada de que un arancel general sobre las importaciones afecta la demanda extranjera de nuestras exportaciones sin ser acusado de traidor a la patria.

nuestra voluntad con conocimiento de qué es lo que queremos. Gracias a ella podemos elegir un sistema de fines congruentes entre sí.<sup>159</sup>

Uno o dos ejemplos nos servirán para ver esto con mucha claridad. Examinemos primero un caso en que se diluciden los resultados de un acto de elección. Para ello podemos volver al ejemplo que ya hemos considerado: el de implantar un arancel protector. Ya hemos visto que la Economía científica no nos autoriza a calificar semejante política de buena o mala. Hemos dicho que si la adoptamos con pleno conocimiento de los sacrificios que supone, no hay razón para llamarla antieconómica. La elección deliberada de un grupo de ciudadanos que actúen colectivamente para frustrar, en aras de propósitos como el de la defensa, la conservación del campo, sus diversas elecciones como consumidores, etc., no puede ser calificada de antieconómica o irracional si se hace con pleno conocimiento de causa. Sin embargo, no será así, a menos que el grupo de ciudadanos en cuestión tenga plena conciencia de las consecuencias objetivas del paso que está dando. Y en una gran sociedad moderna sólo pueden tener ese conocimiento gracias al intrincado análisis económico. Pero si se plantea la conveniencia, digamos, de fomentar la agricultura, la gran mayoría, aun de las personas cultas, sólo piensa en los efectos que tendrá semejante medida en la actividad que trata de fomentarse. Y considera que dichas medidas quizá se traduzcan en un beneficio para la industria. De ahí concluyen que las medidas son buenas; pero como todo estudiante de primer año sabe, apenas aquí empieza el problema. Para juzgar de otras repercusiones del arancel, se requiere el auxilio de una técnica analítica. Esta es la explicación de por qué en los países en que el conocimiento de la Ciencia Económica no es muy amplio existe una tendencia constante a aprobar aranceles cada vez más protectores.

La utilidad de semejante análisis no debe considerarse limitada a las decisiones de carácter aislado como la de implantar un arancel único. Nos permite apreciar sistemas más complicados: ver qué conjuntos de fines son compatibles entre sí y cuáles no, y de qué condiciones depende esa compatibilidad. Y aquí es, justamente, donde se da uno cuenta de que, si se quiere que la política sea racional, aquella técnica es del todo indispensable. Es posible desear racionalmente la consecución de objetivos sociales determinando supeditando las valoraciones individuales sin la ayuda del análisis. Ejemplo de ello es la creación de un subsidio para asegurar el aprovisionamiento de los artículos alimenticios

---

<sup>159</sup> Quizá convenga subrayar que la consistencia que es posible es una consistencia de la consecución, no de los fines. La consecución de un fin puede ser inconsistente con la de otro, ya sea en el plano de valorización o en el plano de la posibilidad objetiva. Así, pues, puede decirse que se es inconsistente éticamente si se sirve a dos amos al mismo tiempo. Intentar servir a uno de ellos al mismo tiempo en diferentes lugares, es inconsistente objetivamente. La Economía científica debiera hacer todo lo posible para eliminar de la esfera de la política social este último tipo de inconsistencia.

esenciales. Casi es imposible concebir la ejecución de una política más elaborada sin la ayuda de semejante instrumento.<sup>160</sup>

Tomemos un ejemplo de la política monetaria. De acuerdo con una deducción ineludible de los principios fundamentales de la teoría monetaria, no es posible estabilizar los precios y los cambios al mismo tiempo en un mundo cuyas condiciones se modifican con un ritmo diverso en las diferentes áreas monetarias de que se compone.<sup>161</sup> Los dos fines -en este caso los "fines" se hallan subordinados en absoluto a otras normas más importantes de la política- son lógicamente incompatibles. Se puede tratar de conseguir uno u otro (es inexacto que la estabilidad de precios sea permanentemente asequible o sea un medio de llegar al equilibrio general). Pero no se puede intentar racionalmente conseguir los dos; intentarlo es ir al fracaso. Estas conclusiones son muy bien conocidas de todos los economistas. Y, no obstante, sin el aparato analítico ¡qué pocos son los que perciben la incompatibilidad de los fines por alcanzar!

Y aun este es un ejemplo de alcance muy limitado. Sin el análisis económico es imposible elegir racionalmente entre sistemas diversos de organización social. Ya hemos visto que si consideramos como un mal en si mismo a una comunidad que tolera la desigualdad de ingresos, en tanto que a otra, igualitaria, la consideramos como un fin que debe perseguirse de preferencia a todos los demás, es ilegítimo considerar semejante preferencia como antieconómica, aunque no es posible considerarla como racional si no se formula con un pleno conocimiento de la naturaleza del sacrificio que ella supone. Sin embargo, esto no puede hacerse a menos que se conozca no sólo la naturaleza esencial del mecanismo capitalista, sino también las condiciones necesarias y las limitaciones a que quedaría sujeta una sociedad como la propuesta para sustituirla. No es racional proponerse un fin si no se es consciente del sacrificio que supone su consecución. Y en esta suprema elección de variantes sólo un conocimiento cabal de las deducciones del análisis económico moderno puede conferir la capacidad de juzgar racionalmente.

Pero, si esto es así ¿qué necesidad hay de reclamar para la Ciencia Económica un campo de acción más amplio? ¿Acaso el estigma de nuestro tiempo es otro que el de no entender lo que hacemos? La mayor parte de nuestras dificultades provienen, no de un desacuerdo respecto a los fines que nos proponemos, sino justamente de que pretendemos realizar algunos de ellos que son incompatibles

---

<sup>160</sup> Esto bastaría para responder a los que constantemente plantean el problema de que "la vida es demasiado compleja para ser juzgada por el análisis económico". Precisamente porque la vida social es tan complicada, es indispensable que el análisis económico nos capacite para entender, por lo menos, una parte de ella. Generalmente, aquellos que más hablan de la complejidad de la vida y de que la conducta humana no es susceptible de ningún análisis lógico, son quienes demuestran poseer la dotación intelectual y emocional más simplista. Quien haya percibido realmente lo irracional de los impulsos humanos, no "temerá" que lo mate la lógica.

<sup>161</sup> Ver KEYNES, A Tract on Monetary Reform, 154-155. Ver también el interesante trabajo de D. H. ROBERTSON, "How do we Want Gold to Behave?", reimpresso en The International Gold Problem, 18-46.

entre sí sin darnos cuenta de su incompatibilidad. Tal vez en la sociedad contemporánea existan diferencias respecto a determinados fines fundamentales que den origen a conflictos inevitables; pero es indiscutible que muchas de las más graves dificultades son resultado, no de esos conflictos, sino de que nuestros propósitos no están coordinados. Como consumidores aspiramos a la baratura; como productores preferimos la seguridad. Valorizamos la distribución de los factores de la producción como particulares que gastamos y ahorramos. Como hombres públicos autorizamos una serie de medidas que frustran esa distribución. Reclamamos dinero barato y precios más bajos, menos importaciones y un mayor volumen de comercio.<sup>162</sup> Las diferentes organizaciones dentro de una sola sociedad, aunque integradas por los mismos individuos, constituyen preferencias distintas. Nuestras dificultades surgen por doquier, no tanto como resultado de divisiones entre los miembros de la organización política que constituyen, cuanto como, digámoslo así, de una doble personalidad de cada uno de ellos.<sup>163</sup>

Para semejante situación la Economía ofrece la solución del conocimiento. Gracias a ella podemos concebir las más remotas consecuencias de las varias posibilidades de la política. Pero no nos permite -ni puede permitirnos- eludir la necesidad de elegir, aunque, eso sí, nos da la posibilidad de armonizar nuestras elecciones. La Ciencia Económica no puede suprimir las últimas barreras con que tropieza la actividad humana. Lo que nos permite es obrar coherentemente dentro de esas fronteras. En el mundo moderno, con sus infinitas interconexiones y relaciones, nos permite afinar nuestras facultades de percepción. La Economía nos procura una técnica para la acción racional.

Esto es, pues, un nuevo sentido en el que verdaderamente puede decirse que la Economía adopta un aspecto racional en la sociedad humana. La Economía no sostiene, como se ha dicho muy a menudo, que la acción es necesariamente racional en el sentido de que los fines propuestos no son mutuamente inconsistentes. Nada hay en sus generalizaciones que suponga por necesidad una consciente deliberación de la valoración final. No descansa en el supuesto de que los individuos actúan siempre racionalmente, aunque depende, por lo que se refiere a su razón de ser práctica, del supuesto de que es conveniente que así sea. Afirma que, dentro de los límites de la necesidad, es recomendable elegir fines que puedan lograrse armónicamente.

Así, pues, en último análisis, la significación de la Economía, sino su propia existencia, depende de una valoración final: de la afirmación de que es conveniente la racionalidad y la capacidad para elegir con conocimiento. Si la

---

<sup>162</sup> Ver M. S. BRAUN, *Theorie der Staatlichen Wirtschaftspolitik*, 5.

<sup>163</sup> Dentro de este orden de cosas, el análisis económico revela otros muchos ejemplos de un fenómeno hacia el cual se ha venido enfocando frecuentemente la atención en las recientes discusiones sobre la teoría de la soberanía. Ver FIGGIS, *Churches in the Modern State*; MAITLAND, *Introduction to Gierke's Political Theories of the Middle Ages*; LASKI, *The Problem of Sovereignty and Authority in the Modern State*.

irracionalidad, la capitulación ante las fuerzas ciegas de los estímulos externos y de los impulsos desordenados, es un bien que debe preferirse a otros, la verdadera razón de ser de la Economía desaparece. Y la tragedia de nuestra generación, ensangrentada por una lucha fratricida y traicionada hasta lo increíble por quienes debieran haber sido sus directores intelectuales, es que hayan surgido algunos que sostengan esta última negación, esta escapatoria de la dramática necesidad de elegir que ha llegado a ser consciente. Para semejantes personas no puede haber argumento válido. La rebelión contra la razón es, esencialmente, una rebelión contra la vida misma. Pero para todos aquellos que todavía creen en valores más positivos, esa rama del conocimiento que, sobre todas las demás, es el símbolo y la salvaguarda de la racionalidad, en la organización social, debe tener, en los trágicos días por venir, en razón misma de esta amenaza de lo que representa, una significación peculiar más elevada.